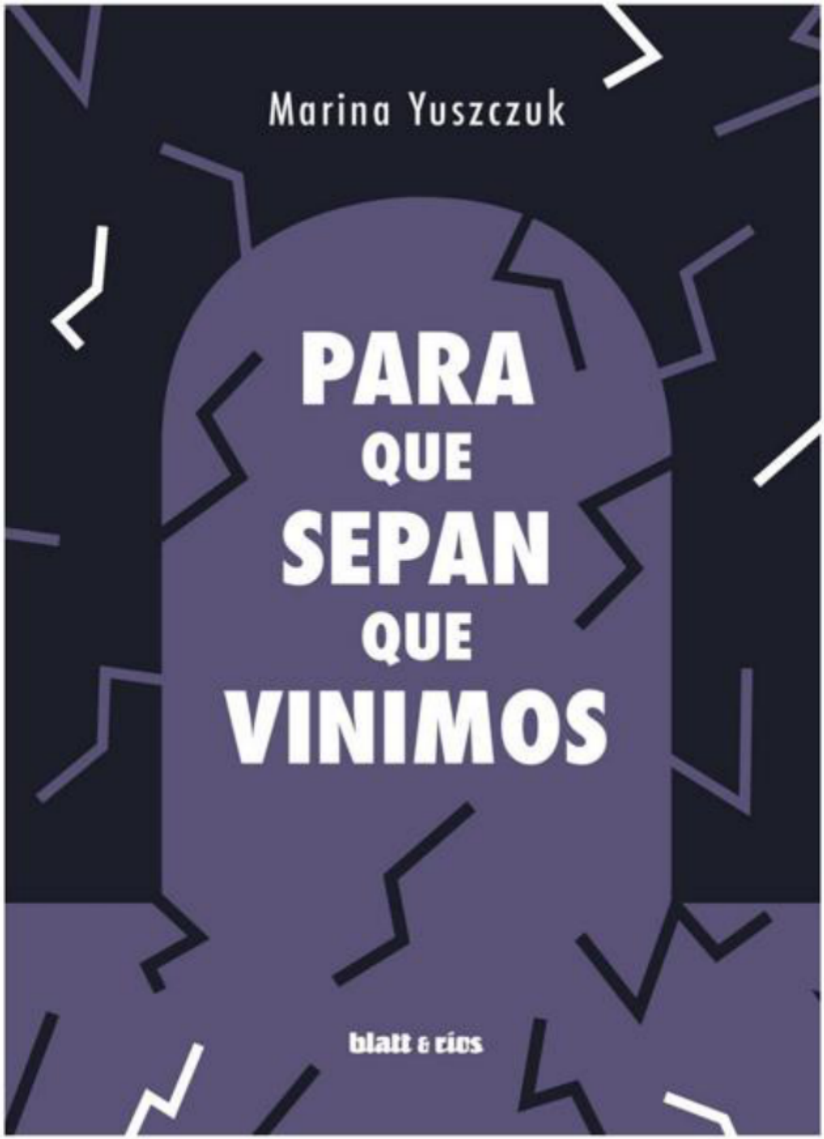
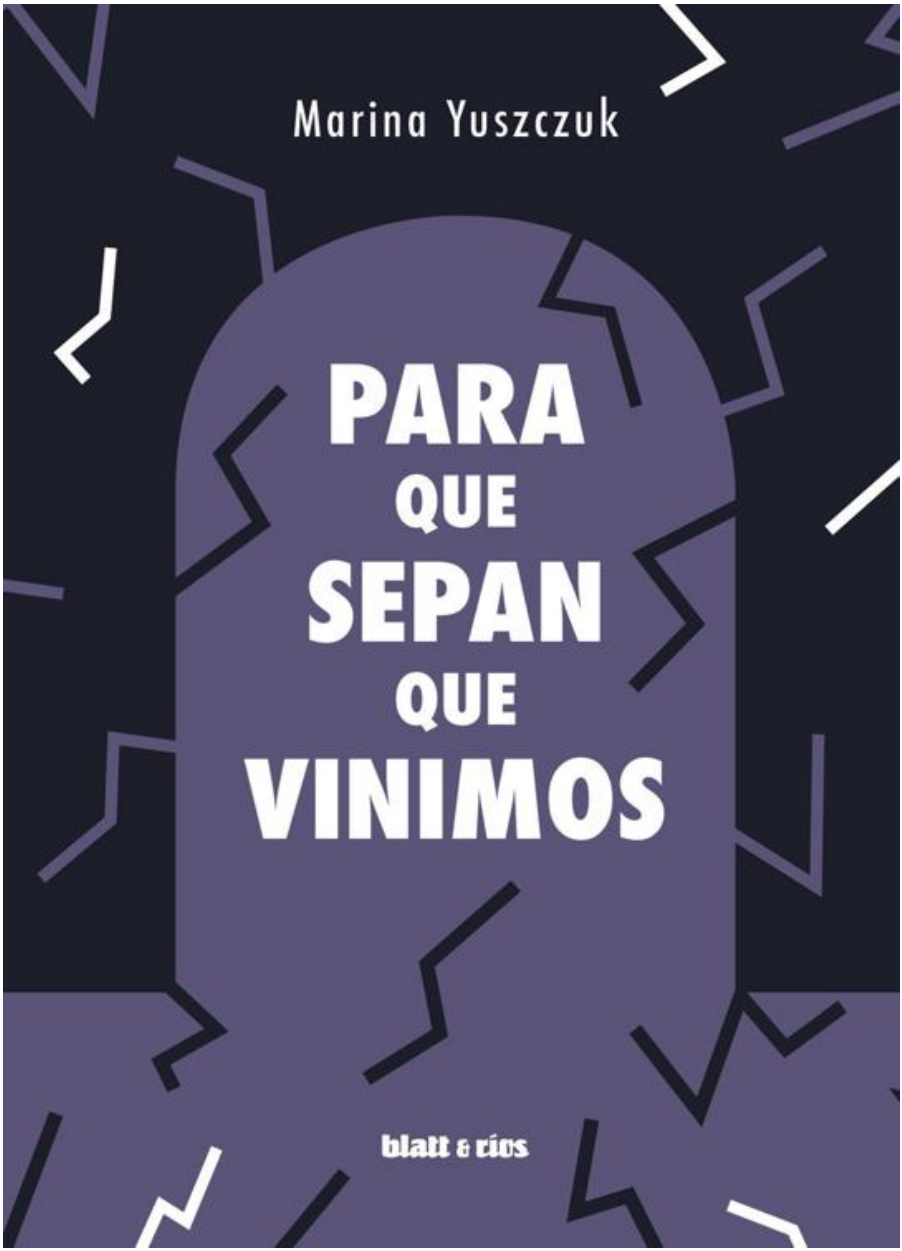
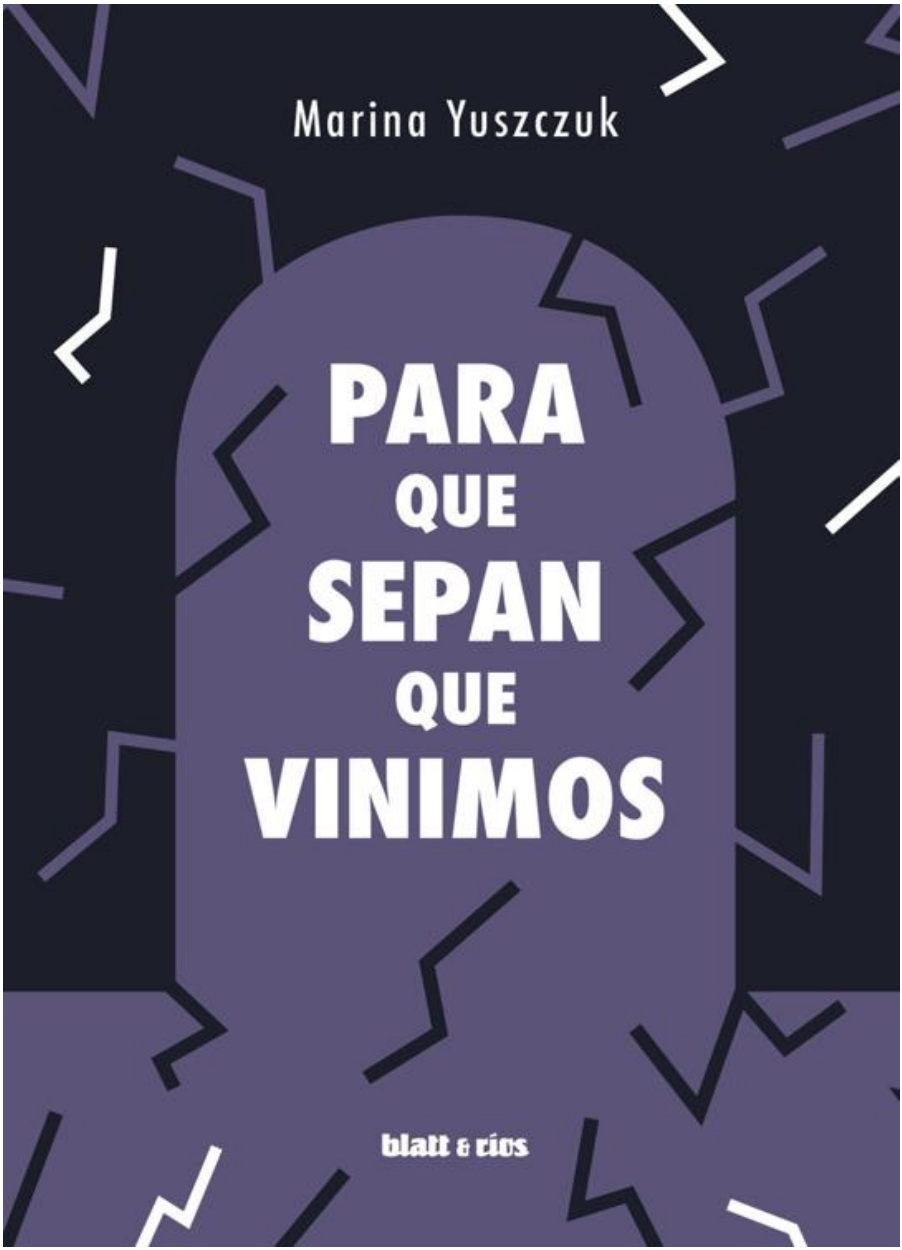

Marina Yuszczuk
PARA QUE SEPAN QUE VINIMOS
blatt & ríos


Marina Yuszczuk
PARA QUE SEPAN QUE VINIMOS
blatt & ríos



PARA QUE SEPAN QUE VINIMOS

Podríamos decirnos adiós —dijo ella—, porque ninguno de los dos será nunca

muy distinto de lo que es ahora.

Patricia Highsmith, El precio de la sal

La muerte es una niña que cura con las manos.

Un toque basta.

Tilsa Otta, Mi niña veneno en el jardín

de las baladas del recuerdo

Mucho tiempo después, se acuerda de esas noches cuando volvían al departamento que los esperaba con las luces encendidas. Las prendían antes de irse, para sentir después que llegaban a casa. Las calles inmóviles y las veredas anchas. La sombra de los árboles, las cajas con libros y juguetes para donar al frente de las casas, sobre los escalones de la entrada, los almacenes ya cerrados y con las luces apagadas. La aparición, primero misteriosa y luego no tanto, de los faros de un auto en la oscuridad, esos autos solitarios que rompen el estatismo y siempre parecen perseguirte, hasta que pasan y el corazón se acomoda otra vez en el pecho. Pero no sabían, a pesar de que los autos siempre pasaban de largo, si se trataba de un lugar en el que debían o no debían tener miedo.

Llegaron una mañana soleada de otoño, mientras la ciudad empezaba a amarillear.

Durante el vuelo, una figura de avión diminuta había atravesado América del Sur en dirección al norte en la pantalla de cada asiento, emitiendo un fulgor del que algunos pasajeros se protegían con antifaces de dormir. Al otro lado de las ventanillas la oscuridad era total, tanto que costaba mirarla. Después del despegue en Buenos Aires a medianoche, Fernanda había visto las luces de unos pocos pueblos y ciudades imposibles de identificar. Se había quedado mirando hasta que las aglomeraciones de brillos ya no se parecieron a ciudades, no se parecieron a nada. Y después, esa negrura, ya sin el punto de referencia de las luces que señalaban la presencia de la tierra. Porque la noche era rotunda; era inútil tratar de atisbar algo ahí, como en el fondo de un pozo negro. Se había tenido que

conformar con la miniatura del avión en la pantalla, que avanzaba increíblemente despacio a pesar del rugido de las turbinas que indicaba lo contrario.

De todas formas era incómodo estirar el cuello para ver por encima de Rosa, su hija de seis años, que se empecinaba en sentarse del lado de la ventanilla aunque le daba miedo y enseguida la quería cerrar. Ella no podía competir con Rosa para ver quién se quedaba con la ventanilla, así que ahí estaba, en el pasillo.

Expuesta.

Con la cabeza doblada sobre el apoyabrazos y las rodillas contra el pecho, Rosa ahora respiraba con la boca apenas abierta mientras dormía en la paz más absoluta después del despliegue de excitación antes del vuelo. El aeropuerto era un parque de diversiones y Rosa había mirado y comentado todo, desde las

cintas transportadoras y las escaleras mecánicas hasta los kioscos y las máquinas de gaseosas, de las que había visto caer una lata de Fanta como si fuera un milagro. Era más fácil volar con ella a esta edad, de todos modos. Al menos no lloraba durante el despegue, no gritaba, se quedaba sentada en su lugar y se dedicaba a elegir película tras película en la pantalla de su asiento, como una reina, a explorar el contenido de los bolsillos, los botones, mantas, almohadas, bajar la bandeja una y otra vez, probarse los auriculares. Cuando la nena por fin se durmió le acomodó la manta de polar sobre los hombros, le miró las mejillas redondas, la nariz todavía de bebé, y sintió, como siempre, que todo se ordenaba alrededor de una única certeza: la amaba. La quería. Había deseado tenerla y aún quería.

Se inclinó sobre la cabecita de la hija y le sacó de entre el pelo castaño una hebilla que la debía estar incomodando. Después se agachó para levantar a TwinBee, su muñeco de apego, que Rosa sin querer debía haber tirado al piso.

Era, o había sido alguna vez, un pingüino de tela que Fernanda le había cosido antes de que naciera, el primer muñeco de la marca de juguetes artesanales que inauguraba al mismo tiempo que su maternidad. Rosa, cuando empezó a hablar, lo había bautizado con el nombre de un videojuego que a Fernanda le gustaba cuando era chica, y había pasado cada día de su vida con ese muñeco al lado, o colgando de su mochila, o aplastado junto a ella en la cuna, después en la cama, sucio, cada vez más desarmado a pesar de que la madre lo había reparado una y otra vez, le había vuelto a coser los ojos, el pico,

tratando de disimular las puntadas, aunque no podía hacer nada con la tela desteñida y cada vez más fina.

A Rosa no le importaba para nada que hubiera varios muñecos iguales esperando para ser vendidos en una habitación de la casa que Fernanda usaba como depósito; quería el suyo, lo reconocía, y ni siquiera cuando era muy chiquita habían podido cambiárselo por uno más nuevo. Fernanda siempre pensaba que TwinBee tenía fecha de vencimiento, igual que la infancia de su hija, y esperaba que la nena lo abandonara primero.

Le daba pena que Rosa se perdiera la comida, que insólitamente estaban por servir a las dos de la mañana, cuando la mitad de los pasajeros dormía. Ni bien vio a la azafata empujando su carrito al final del pasillo se dio vuelta con dificultad y descubrió a Mariano dormido, con la cabeza caída en una postura incómoda sobre un hombro, al lado de una chica que no tenía cómo competir por el espacio que él ocupaba. Lo llamó.

—Mariano, despertate. Viene la cena.

Trató de nuevo, levantando un poco la voz, pero era inútil. Pasó la mano por entre medio de los respaldos y le alcanzó el hombro con la punta de los dedos.

—¡Mariano!

Entonces sí, con un espasmo y la misma desorientación de siempre cuando se despertaba, él la miró primero a ella y luego alrededor para confirmar dónde estaba. Abrió los ojos marrones, enormes, de cejas gruesas, y trató de estirar los brazos sin golpear a su compañera de asiento, cosa que no fue fácil. Después se pasó la mano por la barba de tres días, que nunca se dejaba salvo en vacaciones.

—Están por servir la comida —repitió ella, y trató de no cruzar miradas con la chica de al lado, que ahora fingía concentrarse en alguna película, por si se encontraba con la expresión que ella misma hubiera puesto unos años atrás.

Él se limitó a señalarse los oídos para indicarle que no la escuchaba.

—La comida —dijo Fernanda una vez más, articulando con exageración.

Finalmente optó por hacer un gesto como de sostener algo con la mano y llevárselo a la boca. Había funcionado: él enderezó el respaldo

de su asiento y bajó la bandeja. Le levantó un pulgar, como agradeciendo, y solo cuando giró para volver a mirar hacia adelante Fernanda notó hasta qué punto se había olvidado de él en las últimas horas. Se preguntó si él también se habría olvidado de ella.

Era la primera vez que hacían un viaje de ese tipo, tan lejos, durante tantos días, con un gasto semejante. Lo habían soñado mucho tiempo, pero durante los primeros años de vida de su hija siempre había pasado algo: o internaban al padre de él, o no podían parar de trabajar, o Rosa les parecía demasiado chica para cargarla por toda Nueva York durante días o calmarle el llanto en el vuelo, en subtes, restaurantes. O la madre de ella se enfermaba de cáncer, después moría, después estaban de duelo y era impensable hacer turismo. Cuando Rosa tuvo edad suficiente como para quedarse sentada durante bastante tiempo en la misma posición, cuando el duelo de Fernanda llegó a un punto en que no le daba culpa pensar en divertirse, cuando Mariano por fin se decidió a gastar la mayor parte de sus ahorros en el viaje, fue por fin el momento.

Pero quizás porque habían esperado tanto tiempo, las expectativas eran enormes.

Y porque las expectativas eran enormes, las semanas anteriores al vuelo habían sido insoportables. Las fantasías placenteras con relación al viaje habían dado lugar a sentimientos ominosos, discusiones que trataban de no explotar, nerviosismo, desencuentros. Fernanda, todavía con una muerte encima, imaginaba que morían. A veces su preocupación no tenía ninguna forma concreta, era solo una sensación de peligro, la idea primitiva de que si se alejaban de casa quedaban a la intemperie, cuando lo cierto era que todo lo malo les había pasado dentro de la casa, o por lo menos de la familia. Todas las noches soñaba lo mismo: se agachaba para mirar algo en el suelo, o en el ángulo entre el piso de madera y la pared, y veía un agujero en el zócalo, como una ratonera, con los bordes rajados. Otras veces era un hueco en los tablones del piso, que dejaba entrever el sótano abajo. Se daba cuenta de que el hueco la perturbaba no tanto por lo que pudiera llegar a salir de ahí, así fueran bichos, cucarachas o ratones. Era más bien la sensación de que algo no estaba cerrado. De que existía esa abertura.

Cuando se despertaba pensaba en la conexión evidente con la enfermedad de la madre, en el tajo que le habían abierto en la garganta, y sentía esa pesadez de las cosas de las que no es posible librarse, que se quedan pegadas. Pero también miraba a Rosa, miraba el hueco que tenía en la sonrisa desde que se le había caído una de las

paletas, que tardaba muchísimo en crecer, y se imaginaba que todos los dientes se le aflojaban y caían, que la boca volvía a ser toda encía, como cuando era bebé. Entonces buscaba a la nena y le hacía abrir la boca empujándole los labios con un dedo: a ver, mostrame. Recién ahí, cuando veía todos los dientes de leche menos uno perfectamente alineados, se quedaba tranquila. Rosa estaba creciendo; era eso nada más. Pero todas sus fantasías de los últimos meses iban en una sola dirección, se derramaban por ese agujero, y tenía que hacer un esfuerzo para decirse: esto es real, esto no.

Preocupado de verdad, pero no muy sutil, Mariano googleaba "duelo" y le mandaba artículos por email. Algunos decían que tres meses, otros que dos años, pero no más, era el tiempo que le tenía que llevar procesar "lo de su madre", como decía él. A la noche, después de dormir a Rosa, Fernanda se metía en la cama con un libro pero en lugar de leer se quedaba mirando la pared y Mariano, incómodo, le preguntaba qué estaba pensando, aunque ya lo sabía.

—Nada, estoy un poco distraída nada más —decía ella.

—¿Pero qué pensás?

—Nada, te juro.

—¿Leíste lo que te mandé?

—Sí, Mariano, lo leí. Pero ya sabés que no me interesan esas notas. Son todas generalidades, no le hablan a nadie en especial. Se piensan que somos todos iguales.

—Y bueno, un poco es así, somos todos iguales. ¿O vos sos tan distinta que nadie te puede ayudar?

Ahí Fernanda lo miraba con hostilidad, cerraba el libro, apagaba el velador y le daba la espalda para dormirse. Pero él seguía, le decía frases que la oscuridad amplificaba:

—¿No estarás usando todo esto para alejarte de mí?

Fernanda hacía un esfuerzo para no levantar la voz, para no explotar, y contestaba:

—¿"Todo esto" le decís? ¿A la muerte de mi madre? ¿Todo esto? No podés ni nombrar las cosas, Mariano, por favor.

—Ponele que yo no puedo nombrar las cosas, pero por lo menos no

me agarro del pasado. Vos no las podés soltar.

Y así, cuando aparecía esa palabra que Fernanda detestaba más que a nada en el mundo, se terminaba la conversación con un silencio tajante de parte de ella, que cerraba los ojos y se hacía un ovillo y no sabía cómo explicar que había algo que no la soltaba a ella.

Agobiada con ese tipo de discusiones, no se ocupaba de resolver ciertos asuntos concretos como el armado de las valijas o la confección de un cronograma de lugares a visitar, y Mariano perdía la paciencia cada vez que se lo recordaba.

Ella, tan ordenada y responsable, como una especie de mejor alumna permanente y en todos los órdenes, no podía distraerse justo en ese momento. Desde el principio se había encargado de la gestión de las visas, la búsqueda de un departamento, la contratación de un seguro de viajes, la gestión de las tarjetas de

crédito, la investigación sobre sistema de transporte público, pases turísticos, formas de pago. Era más fácil hacer todo sola, más rápido; pedir y esperar a Mariano, con sus tiempos tan distintos a los de ella, suponía un derroche de energía que la dejaba agotada. Porque además, tenía que cuidarse de no opinar sobre la forma en que él hacía las cosas para evitar una pelea. Si le pedía que se ocupara de la valija de Rosa y a él le parecía genial proponerle a la nena de seis años que armara su propia valija y la hija la llenaba de juguetes y vestiditos lindos, pero no ponía nada que sirviera de verdad, era una trampa; Fernanda cuestionaba los resultados y Mariano gritaba "¿Y para qué me pedís si no te gusta cómo lo hago?". Entonces, en un reparto de tareas que no siempre recordaba comunicarle a él, pero que él tampoco ponía en discusión porque le resultaba conveniente, ella las había asumido casi todas.

Solo dos noches antes del viaje, mientras Rosa visitaba a sus abuelos paternos, habían tenido el tiempo y la disposición para sentarse a armar juntos una serie de salidas que no les costó demasiado negociar. La mayoría eran lugares que querían visitar juntos, pero también se reservaron algunos días para pasear separados. Ella quería conocer el Jardín Botánico de Brooklyn y Saint John The Divine, porque había leído que era una de las catedrales más grandes del mundo y que no estaba terminada; él apuntó varias librerías y lugares donde habían tocado bandas que le gustaban, como el CBGB. Cuando Fernanda lo miró sorprendida por esa elección, Mariano le había dicho: no te olvides que yo también tuve mi pasado rockero. Se refería a una banda que había tratado de armar con sus amigos antes de empezar la

carrera de Derecho. Se juntaban a tocar en el garage de uno de los chicos, se compraron instrumentos buenos. Pero después se ponían a tomar cerveza, se dispersaban, cada uno le echó la culpa a los otros integrantes de la banda por su falta de compromiso y de lo poco que lograron: apenas un par de presentaciones en el bar de un amigo. Al final vendieron los instrumentos y se dedicaron a sentir nostalgia toda la vida por la época en que habían "tocado".

A Mariano le brillaron los ojos cuando tuvieron enfrente la lista de nombres tan deseados, y Fernanda lo vio. Le gustaba sentirlo entusiasmado, la conmovía. En momentos como ese pensaba que quizás había otra clase de vida para ellos, más allá del agobio de la adultez, del desencanto; quizás estaba muy cerca. Abrieron una cerveza y se sintieron jóvenes.

Por eso pensaban que todo iba a salir bien: porque se aferraban a cualquier señal de mejoría en la relación, de felicidad, de amor a pesar de todo. Era esta idea de

que el amor se construye lo que les permitía seguir viviendo en un edificio en ruinas.

No era fácil reconstruir la historia de cómo habían pasado del horror adolescente a las parejas y a cualquier cosa relacionada con la idea de familia, en sus veintes, a formar una familia propia, ya pasados los treinta, ni de cómo habían pensado, durante las primeras peleas fuertes, que todo era un error y eventualmente se terminarían separando. Pero lo más difícil de explicar era cómo, después, se habían acostumbrado al ciclo de peleas y reconciliaciones cada vez menos emocionadas. Con la idea de que ser adultos no era lo que ellos esperaban y de que la vida era difícil y la realidad no era como las fantasías y un cúmulo de verdades por el estilo, que de vez en cuando los hacía sentir maduros, soportaban el malestar. Y en un momento de esos años que no lograban identificar se había instalado en ellos la idea, que de más jóvenes no tenían, de que, si no lograban seguir juntos, era un fracaso.

A él, un abogado como tantos otros, con un trabajo en el que recién ahora había empezado a ganar bien y una noche de fútbol semanal con compañeros de trabajo, le encantaba su familia y solo pedía, reclamaba incluso, que Fernanda tuviera mejor predisposición para ser su pareja, más tiempo para él, más ganas.

Le había explicado desde el principio que necesitaba de ella una especie de combustible, algo que le diera sentido, que validara todo el

esfuerzo que él hacía por ser un padre de familia. Lo decía todo el tiempo, que necesitaba sentir que su mujer lo apoyaba, y Fernanda, casi siempre agotada, pensaba: qué más querés.

Cómo le podía explicar que ella estaba habitada, que había estado habitada por demasiado tiempo, primero por la hija, después por la madre, ahora por la muerte. Que hacía años que ya no sabía más quién era. Pero la verdad era que Mariano ofrecía todo a cambio: estaba presente, cuidaba a Rosa, ponía toda su plata para mantenerlas, a pesar de su resistencia a someterse al costado más perfeccionista de su mujer. Ella, que se las arreglaba como podía para trabajar en su marca de juguetes desde que había tenido a Rosa, y ganaba menos que él, se sentía tironeada por todos los flancos y se preguntaba cuánto más podía dar.

Mientras tanto Rosa crecía y los arrasaba por completo, a cada uno por separado y a los dos juntos, como la pareja que ya nunca podrían ser. Y en los asientos de los aviones, de los subtes, en las camas de hoteles y de las casas de abuelos, en la de su propia casa muchas veces, Rosa había usurpado el lugar al lado de Fernanda. Mariano entendía. Podía tener paciencia y esperar: a que la nena creciera, a que ya no necesitara tanto a la mamá. Pero cuando Rosa tuvo cinco,

seis años, siguió ocupando su lugar al lado de la madre y ninguno de los adultos percibió que ya Mariano no intentaba recuperar su puesto junto a su mujer.

Simplemente se subía al avión, como en este caso, ponía música y se disponía a disfrutar del viaje. En el asiento de adelante, Fernanda no se ocupaba de él pero de vez en cuando pensaba con rencor: por qué no me pregunta cómo estoy. Por qué le resulta tan fácil aislarse. Por qué no nos ofrece nada. Y en secreto, o al menos eso pensaba ella, le deseaba cosas horribles.

Un rato después de cenar, con el rugido persistente de los motores que le vibraba en el estómago, Fernanda se dio cuenta de que estaba lejos de dormirse. Trató de elegir una serie para pasar el rato, pero enseguida registró en la boca esa sensación conocida de la náusea cuando se volvía inconfundible. En un reflejo, se llevó la mano a la boca. Se dio cuenta de que iba a necesitar algo más; estiró el brazo para tantear el bolso que estaba debajo del asiento y agarró un Dramamine. Se inclinó sobre el apoyabrazos que daba al pasillo y miró hacia atrás para medir la distancia que la separaba del fondo de la cabina. Un hombre que estaba un poco más atrás en la fila del medio despegó la cara de su pantalla para mirarla; Fernanda se puso

tensa y lo miró con hostilidad, como para obligarlo a que desistiera. Después se paró y avanzó por el pasillo hasta la parte de atrás del avión, donde una de las azafatas, entredormida, inclinaba la cabeza mientras descansaba en uno de esos asientos plegables que se bajan de la pared, rígida en su camisa celeste y su falda tubo.

—Perdón, te desperté —dijo Fernanda, casi antes de que la azafata abriera los ojos y enderezase la cabeza alarmada.

—No pasa nada. ¿Necesita algo?

—Te quería pedir un poco de agua para tomar una pastilla. Se me terminó la que tenía y la verdad que no me siento bien, necesito un Dramamine.

Sin contestar, la mujer se pasó las manos por el pelo para acomodárselo y abrió un compartimento, sacó una botella grande de agua mineral y sirvió un poco en un vaso de plástico. Fernanda se metió la pastilla en la boca y se tomó toda el agua para empujarla, pero se demoró unos segundos antes de devolver el vaso y de pronto dijo, mirando al suelo:

—Lo que pasa es que mi madre murió, sabés. Estoy un poco sensible.

La chica hizo una pausa, sin saber qué decir, y finalmente optó por lo más convencional:

—Lo siento.

—Sí, o sea, nunca fui una persona miedosa, pero desde que se enfermó mi mamá… No sé. Está tan oscuro afuera.

—No se preocupe. Nunca pasa nada en estos vuelos. Lo hice mil veces —

contestó la azafata, abandonando el tono más formal que había tenido al principio.

Fernanda no se movió. La azafata la miró con un asomo de interrogación; parecía esperar que Fernanda se fuera para volver a acomodarse en su asiento, y a la vez estaba pendiente de lo que diría a continuación. Pero como no hubo más que silencio, finalmente agregó:

—¿Fue hace mucho?

—No sé, la verdad —dijo Fernanda, abstraída en sus pensamientos.

Entonces levantó la vista hacia la otra, que la miraba extrañada, y aclaró:

—O sea, obvio que sé, fue hace un año. Pero eso qué tiene que ver.

La azafata agachó la cabeza sin responder, incómoda, y se dio vuelta para poner el agua de nuevo en su lugar. Fernanda entendió que estaba dando por terminada la conversación y volvió a su asiento. ¿Cómo le iba decir que para ella el tiempo se había detenido, o que pasaba muy distinto? Que no importaba el tiempo, porque la que hacía duelo adentro de ella era una hija que veía cumplido por fin un temor muy antiguo, el de perder a su mamá, el de quedarse sola en este mundo. Y no había a quién decirle.

A mitad de la noche miró alrededor y notó que todo el mundo dormía. Con la cabeza colgando en posiciones que parecían incómodas, con las piernas estiradas como podían, tapados o no. Era la única insomne. Era una clase particular de soledad la de estar entre tantos cuerpos dormidos, con una pequeña luz amarilla que la iluminaba desde arriba, en la oscuridad, y ese rugido que no se detenía

nunca.

De pronto tuvo frío; la campera liviana que había traído consigo a la cabina no servía de mucho y le había puesto las dos mantas a Rosa, una sobre el apoyabrazos donde recostaba la cabeza y otra cubriéndola hasta los pies. Prender la pantalla para seguir una vez más el recorrido del avión en el mapa no ayudó: en ese mismo momento volaban sobre el mar. Se lo imaginó: una masa sin forma, desconocida, a su alrededor, y otra abajo, negrura sobre negrura, sin límites. Cerró los ojos, como si el gesto pudiera borrar ese abismo. Enseguida los volvió a abrir, porque sintió que le tocaban el pelo desde atrás. Debía haberse quedado dormida por unos segundos; parecía una de esas sensaciones tan nítidas en el sueño que siguen presentes al despertar. El tirón en el cuero cabelludo todavía estaba ahí. Miró hacia atrás, pero ni Mariano ni su compañera de asiento se movían. Estaban dormidos. Se estiró con dificultad para abrir la ventanilla al otro lado del cuerpo de Rosa. Lo primero que encontró fue su propio reflejo débil en el vidrio. Después de atravesarlo con la mirada, lo pudo comprobar: negro profundo afuera, nada. Ni una luz. Sintió vértigo, el de asomarse a la nada, y retiró la cara para volver a su posición en el asiento, pero un movimiento fuera de lugar en la superficie de la ventanilla la hizo volver a mirar. Había algo en la oscuridad. Algo que parecía tener ojos, o por lo menos uno, y la miraba a ella.

Tuvo un instante de confusión, pensó que era su propio reflejo lo que veía, pero enseguida se convenció de que no era. Mientras sentía cómo se le tensaba todo el cuerpo, miró alrededor. Los pasajeros dormían, todo seguía igual, con una inmovilidad tan antinatural que la hizo sentir que algo se había detenido. Había un rugido persistente, el ruido de una máquina desmesurada en su esfuerzo por sostenerse en el aire, pero parecía haberse desprendido de su origen. No era el avión sino algo rugiendo, así lo sintió, como si hubiera sido la oscuridad misma.

A pesar de la angustia que empezó a cerrarle la garganta, volvió a girar hacia la ventanilla con la esperanza de que estuviera vacía, como antes. Pero estaba ahí.

Y esta vez, no le impresionó tanto la extrañeza de ese ojo como lo que creyó reconocer en él.

El resto de la noche no fue fácil. Fernanda se había quedado asustada y lo enfrentó de la única manera posible en ese espacio estrecho en el que estaba: cerró los ojos y se quedó inmóvil, todo el tiempo que pudo. La tensión no la abandonaba, sentía los dedos clavados en el apoyabrazos y los oídos alertas, pero estaba decidida a no mirar. No supo cuánto tiempo permaneció en esa posición;

la inquietud no cedía pero la certeza de lo que había visto sí, se volvió más lejana, y un largo rato después pudo abrir los ojos y verificar eso que apenas la aliviaba: que no había nada en el vidrio.

En las horas siguientes trató de dormir, y cuando no dormía trataba de convencerse de que estaba equivocada, de que había una continuidad entre los sueños, los pensamientos pesimistas de los días anteriores y lo que había visto en la ventanilla. Le costó tomar la decisión de abandonar el asiento para ir al baño.

Le temblaron un poco las manos cuando entró y cerró la puerta a sus espaldas, cuando se quedó a solas con el espejo en ese cubículo de plástico, con el rugido bajo sus pies, que no se detenía ni por un segundo y le hacía sentir que las paredes estaban a punto de salir disparadas hacia el vacío. Tenía los ojos hinchados y la piel brillosa; el pelo suelto, largo y despeinado, que se ató en la nuca. Nunca lo había tenido tan largo, como si hubiera hecho una promesa, aunque ella no creía en nada. Le caía espeso hasta la cintura y todo el mundo le decía, ¿cuándo te lo vas a cortar? Lo mismo que las cejas gruesas, que no se depilaba nunca. Tenía algo excesivo en la cara, en la boca ancha, aunque ahora estaba adquiriendo las formas angulosas de una

mujer cuando deja de ser una chica.

Acercó la cara al espejo y trató de no apoyarse sobre la pileta, de no tocar nada.

Quería lavarse la cara pero le daba asco ese baño que ya estaba tan usado, así que se conformó con enjuagarse las manos. Antes de volver a su asiento se tomó un clonazepam, sin agua, y sintió la pastilla dura que bajaba y se atascaba en la garganta. Esta vez no vio, sin embargo, lo que a sus espaldas siguió cada uno de sus movimientos, como una sombra. No bien salió del baño y cerró la puerta plegable, la luz se apagó sola y el cubículo quedó vacío, a oscuras. El espejo no reflejó nada: lo que fuera que viajaba con Fernanda se fue con ella.

Cuando se hizo de día y todos empezaron a abrir las ventanillas, Mariano se despertó y le tocó el hombro a Fernanda.

—¿Qué pasó con el desayuno?

Ella lo miró con cansancio.

—Estabas durmiendo —dijo, y levantó los hombros como para sacarse de encima la responsabilidad, una vez más, de haberlo despertado.

La luz del día trajo normalidad, conversaciones entre los pasajeros, consejos sobre los mejores lugares para hacer compras en los que se repetían palabras como mall, dólares, descuentos. La gente se movía, se levantaba del asiento para buscar algo en el portaequipaje, ir al baño, estirar las piernas. Un par de horas después por fin apareció la tierra allá abajo, una tierra decolorada, como vista a través de un filtro que le quitaba todo interés, todo relieve. Pero después de todo era una especie de tierra prometida y, cuando la voz de una azafata anunció por el altavoz “Bienvenidos a la ciudad de Nueva York”, Fernanda sintió esa descarga eléctrica del entusiasmo. Estaban de viaje, podía estar bueno y una mala noche no tenía por qué arruinarle eso. Incluso lamentó que Mariano no estuviera sentado al lado de ella para mirarlo. Se dio vuelta apenas, y él le sonrió por entremedio de los asientos.

Rosa miraba contenta por la ventanilla cuando aterrizaron, Mariano también, estaba todo en orden. La espera del avión para acercarse a la manga fue larga, pero la cola en migraciones fue sorprendentemente fluida y el empleado que les revisó las visas apenas les preguntó lo básico. Miró la de Fernanda, la hizo firmar con un lápiz electrónico, le sacó una foto. Con Rosa igual, y hasta demostró una puntada de ternura cuando tuvo que pedirle que se pusiera en puntas de pie para

la foto. A Mariano lo miró varias veces mientras escribía en la computadora y buscaba algo en la pantalla, muy serio. Mariano miró a Fernanda, que levantó las cejas en señal de no saber y fingió naturalidad, aunque en el fondo le divertía que él pareciera sospechoso. Un hombre de familia: parecía lo más confiable del mundo, el disfraz perfecto para ocultar lo peor. Claro que es sospechoso, y culpable también, pensó Fernanda, pero no se animó a reírse en voz alta. Por fin los dejaron pasar.

El aeropuerto estaba casi vacío, tenía pasillos revestidos en fórmica símil madera y alfombras azules, que parecían de los setenta. Fernanda miró esas alfombras

gastadas y pensó que las transiciones eran lo peor: toda la sordidez del mundo concentrada en un lugar de paso, que a nadie le importaba. Después de seguir a la fila de pasajeros que serpenteaba a través de pasillos, buscaron el equipaje, se alegraron de que no se hubiera perdido ninguna valija y llegaron hasta una sala de espera del tamaño de una terminal de ómnibus, que daba al exterior. Se quedaron un rato a esperar que la persona a la que habían reservado el alojamiento les mandara un mensaje diciendo que ya podían ingresar. Mariano se sentó al lado de Rosa y sacó el teléfono.

—Quedate vos, que yo le voy a comprar algo de comer a Rosa —propuso Fernanda.

—¿Para qué quiere comer ahora? —contestó Mariano enojado, levantando tanto la voz que varias personas se dieron vuelta para mirarlo. Las horas de viaje estaban empezando a hacerle efecto.

—Dice que tiene hambre. Aparte no sabemos cuánto tiempo vamos a esperar.

—Bueno, pero llevate a Rosa.

—No, yo me quedo con papá —dijo la nena.

Fernanda no les dio tiempo a empezar una discusión y se apuró a irse, mientras pensaba en lo distinto que se sentía el mundo ahora que no estaba la madre para decirle, como en otro tiempo: ¡cómo grita Mariano! Pidió una dona y un jugo en un Dunkin Donuts, pagó cinco dólares asombrada de pensar que eran ciento cincuenta pesos, aunque ya habían chequeado precios antes de viajar. No pensaba decirle a Mariano, que iba a criticarla por gastar desde el primer minuto; todos los días caminaba sobre vidrios partidos, cuidando que no se le clavase uno. No había que hacer enojar a Mariano, toda la vida

familiar dependía de eso: no hacer enojar a Mariano, pensó mientras recibía el vuelto sin contarlo.

Cuando volvió, Rosa estaba dibujando y le mostraba su cuaderno al papá.

Fernanda se acercó para darle la comida.

—¿Es un pirata? —decía él—. ¿Por eso tiene un solo ojo?

—Sí, como la abuela Bea —contestó Rosa.

—Pero la abuela Bea no tenía un solo ojo.

—Sí, tenía.

—No, tenía los dos.

—No, tenía uno.

—No, hija. Ella tuvo un problema en la garganta, por eso se murió. Vos ya te estás empezando a olvidar porque eras muy chiquita.

Rosa se quedó pensando.

—Ah —dijo al final, porque quería dar por terminada la conversación, aunque era evidente que no se había quedado convencida.

Fernanda trató de contenerse, pero no pudo.

—No me gusta nada que hables así de la abuela —le dijo a Rosa—. No es un personaje de tus cuentos.

—Pará, me parece que estás exagerando —dijo Mariano—. No lo dijo a propósito. Es chica, Fernanda.

Rosa se acercó y le pidió perdón, pero Fernanda se dio cuenta de que no era con ella el enojo. Tuvo una sensación desagradable que venía de la noche anterior, de esa especie de cara que había visto en la ventanilla. Hasta ese punto estaba sugestionada: pensaba que veía cosas. Tal vez el viaje era una oportunidad para que ella también empezara a olvidarse un poco, a tomar distancia. Después de todo, sí que había pasado tiempo: un año. En algún momento la tierra tenía que cerrarse. Era una imagen que se le había presentado durante el entierro, y no la abandonaba: la de esos personajes de películas ambientadas en otro siglo que, enloquecidos de dolor, tenían el impulso de arrojarse a la fosa a la que bajaban el cuerpo de un ser

querido. Ella no lo hubiera hecho, pero lo entendía. Había una verdad ahí. Por eso la madre, la muerte, ella, eran todo lo mismo. En algún momento tendrían que empezar a separarse.

Mariano la trajo de vuelta; le agarró el brazo y la hizo sentar al lado de él.

—¿Vos cómo estás? —le dijo—. Siento que no hablamos nada en todo el viaje.

—La verdad que no sé. Pero el viaje no cuenta, ¿no? Digo, dormimos mal,

estuvimos re incómodos, no sé. Mañana vemos.

—Yo dormí re bien, Rosa más todavía. Igual sí, estamos nerviosos. Pero qué sé yo. No quiero que estemos así, sin hablarnos.

Fernanda se quedó callada y lo miró porque sintió que, si no tenía nada que decir, por lo menos tenía que hacerle ver que estaba ahí, presente.

—¿Pensás que vamos a ser felices? —dijo Mariano sorpresivamente, y agarró la mano que Fernanda había dejado en el apoyabrazos del asiento.

Ella enredó los dedos en los de él y por un segundo tuvo el impulso de decirle la verdad, pero no lo hizo. Había una especie de optimismo que tenían que apuntalar entre los dos, aunque cada uno tuviera sus dudas.

—Sí —respondió mientras se paraba, y le dedicó una sonrisa que le costó—. A eso vinimos.

Unos minutos después recibieron el mensaje de que el alojamiento estaba listo y salieron arrastrando las valijas. Se subieron al primer taxi de la fila, una minivan enorme, y Fernanda le dio al taxista la dirección de Classon Avenue. Rosa quiso sentarse junto a la ventanilla y, mientras los padres le recordaban que no se apoyara en la puerta y no tocara nada, contó a los gritos cada autobús amarillo y se colgó del asiento del conductor para espiar el GPS.

El auto agarró una autopista y después avenidas que corrían por una zona despoblada, de grandes depósitos. Más tarde aparecieron los suburbios con escuelas y casas bajas, carteles publicitarios viejos, talleres mecánicos. Cuando por fin aparecieron los brownstones se

dieron cuenta de que debían estar cerca.

Se miraron entusiasmados; el barrio por el que estaban pasando les pareció precioso, con árboles altísimos; a veces las copas se tocaban en lo alto y formaban una especie de túnel verde. Apenas cruzaron palabra porque el taxista no había abierto la boca en todo el viaje y les imponía un silencio extraño; lo más normal, para ellos, era que les hubiera preguntado de dónde venían, si estaban de vacaciones, si era su primera vez en Brooklyn, cuánto tiempo se quedaban. Los taxistas en Buenos Aires preguntaban tanto y con semejante falta de pudor que poco tiempo atrás, para que uno dejara de hablarle, Fernanda le había dicho "Vengo del velorio de mi madre". Y, lejos de intimidarse, el hombre

la había torturado con un relato pormenorizado de la enfermedad y muerte de su propia madre, por más de cuarenta minutos.

Por fin el auto frenó y reconocieron la fachada del edificio que habían mirado tantas veces por Google Street View. Eran solo tres pisos, con un cuadrado de pasto adelante y una reja no muy alta. Pero todo era mucho mejor, tenía cuerpo, el ritmo de la vida cotidiana en una calle por la que pasaban autobuses escolares y transporte público, y el colorido extra de los lugares iluminados por el sol.

Había bocinazos, agitación de mediodía. Era un día de otoño perfecto, con un frío suave. Bajaron las valijas y repasaron en sus teléfonos las instrucciones para abrir el departamento. Nadie les entregó la llave; la sacaron de una cajita que se activaba con una clave numérica que un tal Alexander les había pasado por mensaje de texto y debían dejarla en el mismo lugar antes de irse, como para hacer lo más fantasmal posible su paso por ese departamento.

Cuando el taxi se fue, Mariano y Fernanda se quedaron mirando esas llaves rarísimas, con la punta en forma de estrella. Estaban ordenadas de afuera hacia adentro: puerta de calle, puerta del vestíbulo, departamento. Ella trató de abrir pero la llave no entraba. Quizás era al revés: departamento, puerta del vestíbulo, calle. Tampoco. Hizo más fuerza. Sintió cómo le subía el calor por el cuerpo.

Mientras Rosa descuidaba las valijas que habían dejado en la vereda se tomó un minuto para pensar, convencida de que las puertas se abrían con inteligencia, y trató de nuevo: nada. Al final se dio vuelta y no tuvo más remedio que darle el llavero a Mariano para que probara. Él la miró divertido, agarró las llaves como si fuera a dar una lección avanzada de abrir puertas y eligió una con seguridad.

La probó, pero no dio resultado. Rosa pedía con insistencia:

—¡Quiero entrar!

Mariano siguió intentando, ahora con toda la fuerza que podía, y que era mucha.

—¡Pará, vas a romper la llave y después qué hacemos! —le gritó Fernanda.

—¿Vos querés entrar o querés ganar una pelea? —contestó Mariano, con la voz durísima que usaba para retarla cuando discutían. Siguió forcejeando con la puerta un rato hasta que logró abrirla y dijo:

—La puta madre, era para el otro lado. ¿Por qué carajo hacen una cerradura así?

—¡Papá dijo malas palabras! —gritó Rosa, y Fernanda se dio vuelta para

indicarle con un dedo en la boca que se callara.

Mariano abrió una puerta batiente, después una segunda, y frente a ellos apareció una escalera de madera pintada de rojo. Metieron las valijas al vestíbulo y después las fueron subiendo de a una. Les habían dicho “second floor” pero cuando probaron la llave arriba no funcionó, tuvieron que bajar un piso.

Fernanda dijo que ellos contaban los pisos distinto, y Mariano la miró como si quisiera asesinarla.

El departamento les pareció mejor que en las fotos. Era grande, luminoso, y parecía limpio. Las paredes estaban desnudas; solo un mapa enorme de Brooklyn pasado de moda decoraba una zona del living. Cuando se acercó, Fernanda pudo ver que sobre un punto rojo en el mapa decía, en inglés, “Usted está aquí”.

Decime algo que no sepa, pensó Fernanda; de hecho, es lo único que sé. Los muebles eran genéricos; apenas un sofá negro y un juego de comedor en el living, una cama matrimonial y otra individual en el único dormitorio. Donde alguien había tratado de poner algo de belleza, el resultado era terrible: la mesa estaba cubierta por una carpeta tejida al crochet y un plástico transparente, que Fernanda se apuró a doblar y guardar en un cajón de la cocina.

Rosa estaba feliz, recorrió las habitaciones arrastrando a TwinBee,

saltó en las camas, abrió todas las puertas de los cuartos y las alacenas y, cuando terminó, pidió prender la tele. Los padres se miraron. No era su horario habitual de ver pantallas.

—Y dejala, total —dijo Mariano.

—¡Y a TwinBee también! —agregó Rosa.

Fernanda les alcanzó el control remoto. Al rato Mariano estaba sentado con Rosa en el sillón recorriendo canales y ella distribuía las valijas, sacaba algunas prendas y las colgaba en los armarios, elegía dónde dormir y googleaba lugares para comprar comida. Encontró algunos almacenes y le propuso a Mariano que fuera a comprar mientras ella terminaba de acomodar el equipaje.

—Es que ya lo hablamos, yo no sé tanto inglés. Capaz otro día me animo, pero me parece que esta vez tenés que ir vos —dijo él desde el sillón.

Fernanda tomó aire y asimiló la idea: era eso o no comer. Se puso las zapatillas y bajó a la calle. A dos cuadras, justo a la salida del metro, había un grocery que le llamó la atención, pulcro y ordenado. Se sintió perdida entre los estantes donde se apilaban paquetes lustrosos, con una paleta de colores naranjas, marrones, amarillos, una superficie cálida por la que daban ganas de pasar la mano pero no sacar ninguna caja de su lugar, para no estropear el efecto. Se preguntó si era comida, o solo cosas con sabor a otras cosas: spicy, pumpkin, chai. Eligió una botella de aceite, un paquete de sal, algunas cosas para el desayuno, una caja de macarrones con queso, y se impuso la tarea de averiguar dónde vendían carne.

En el camino de vuelta vio almacenes con el nombre pintado en letras doradas sobre la vidriera y ramos de flores a la venta, bares con mesas plegables de colores pastel en la vereda, tazas blancas, aroma a cinnamon rolls, a budines de amapola y lavanda, todos los signos de una calidez fríamente diseñada.

Cuando volvió al edificio empujó la puerta batiente y tuvo que pedir perdón a un hombre muy rubio, altísimo, que estaba al otro lado. No lo había visto, él entendió. Tenía el pelo largo hasta los hombros y debía ocupar el departamento de la planta baja, porque se estaba descalzando para entrar. Había otro par de zapatillas al lado de la puerta, de mujer, y una especie de afiche colorido, solo con dibujos, que Fernanda no alcanzó a ver bien mientras pasaba junto al cuerpo enorme de su vecino y trataba de no golpearlo con sus bolsas. Él no se

inmutó, de todas formas; parecía nórdico, de alguno de esos países donde la gente es seria pero amable. Su inglés con acento reforzó la idea porque cuando ella estaba subiendo los primeros escalones le preguntó en ese idioma, ajeno para los dos, si estaba bien. Fernanda se paró y se dio vuelta, le pareció que había escuchado mal.

—¿Estás bien? —repitió él.

—Sí. Gracias —dijo, incómoda, y se alejó pensando que quizás él no manejaba bien el inglés y en realidad solo había querido decirle buen día, qué tal, cómo se encuentra, algún saludo por el estilo.

La tarde pasó rápido; apenas salieron a pasear por Clinton Hill y sacar algunas fotos. A la noche Rosa se durmió primero, rendida sobre la cama matrimonial y abrazada a su muñeco. En el living Mariano se quedó despierto mirando una película con la computadora mientras Fernanda, que ya había elegido su lugar

junto a la ventana, trataba de terminar la novela que estaba leyendo.

Un lugar propio, una casa en la que viva sola y acomode todo lo que adoro; una casita que sea solo mía. El bosque alrededor está oscuro, pero el fuego brilla en el interior, y baila en distintas tonalidades sobre los muros pintados y los libros y la única silla; sobre la chimenea están las cosas que yo coloqué ahí. Me sentaré en la única silla o me recostaré sobre la suave alfombra junto a la chimenea, y nadie me dirigirá la palabra ni me escuchará; solo habrá un ejemplar de cada cosa: una taza, un plato, una cuchara, un cuchillo. En las profundidades del bosque, vivo en mi pequeña cabaña y nunca nadie me podrá encontrar.

Fernanda puso el señalador en esa página y cerró el libro. Le estaba costando leer en medio del viaje. Aunque era la segunda vez que la leía, todavía no podía entender del todo de qué se trataba El reloj del sol, tan extraña, pero había algo ahí que la interpelaba, que le resultaba familiar. Era gracioso decirlo así. Es un poco como jugar a la casita, pensó. Con lo despiadados que son los chicos. El departamento en miniatura, armado en el piso superior, como un museo. El horror de quedarse atrapada en la casa, incluso si te ponían una corona y te nombraban reina.

Pero lo que le pasaba con el libro no era intelectual, era otra cosa. Le hacía acordar a su madre. No se la podía imaginar lavando un solo plato, un solo cubierto, ella que siempre había lavado para muchos: eran un matrimonio, tres hijos varones más grandes que Fernanda, que dejaron la casa paterna ni bien pudieron, y la hija, que desde

entonces había sido la única compañía de su mamá. La recordaba en la cocina, dándole la espalda mientras trabajaba sobre la mesada, o ante la máquina de coser, con la cabeza ladeada para ver más de cerca las puntadas bajo la lámpara de la Singer. O en el patio, descolgando ropa que doblaba y ponía en un canasto. O entrando a la habitación de la hija, cuando Fernanda era adolescente, un caos de libros y ropa tirada, para pedirle que ordenara y ella sin excepción le contestaba: no. Cuando todos habían terminado de trabajar, ella seguía, juntando los restos de la cena, recogiendo las migas que quedaban sobre la mesa. Solo al final podía sentarse a hacer un crucigrama, prepararse un té. Y nunca la había escuchado quejarse; tenía incorporado el

trabajo como si fuera un apéndice del cuerpo. Si algo se caía, lo iba a levantar; si algo se ensuciaba, se apuraba a limpiarlo. Reparaba, ordenaba. Organizaba la vida juntos, como la castellana de un castillo, y trataba a la casa como un dominio en el que todo estaba a su cargo, hasta el último rincón. A cambio recibía una extensión de la tarjeta de crédito y, de vez en cuando, algún objeto decorativo. No para ella: para la casa. Porque la casa y ella eran lo mismo.

Fernanda se acordaba de esos largos años de vida doméstica, solo interrumpidos por algún estallido ocasional. Pero en esos estallidos surgía algo que debía estar siempre, aunque oculto. La madre, harta del vozarrón que a sus espaldas la apuraba para que sirviera la cena, sacaba la fuente de lasagna del horno y la estrellaba contra el piso. La madre, después, agachada limpiando el desparramo de vidrios, pasta, salsa que se había salpicado por toda la cocina, como una escena del crimen.

Quizás por eso, de vez en cuando Fernanda se la había imaginado viuda. Se preguntaba si la vida le tendría preparado ese regalo en sus últimos años: una casa para ella sola. Un solo plato, un cuchillo. No más un hombre encerrado en el escritorio con sus botellas, del que solo salía para gritar, dar portazos. No más levantarse a la noche, cuando él caía rendido, para vaciarlas en la pileta de la cocina, tal como hacía ahora Fernanda cada vez que visitaba la casa del padre, sabiendo que no servía de mucho pero sin saber qué otra cosa se podía hacer. Esa casa a la que entraba temblando. Ser un hijo es terrible, había pensado Fernanda mil veces, y lo volvía a pensar. Había que encontrar la manera de no ser un hijo.

Por eso miraba crecer a Rosa y, aunque la idea le hiciera parar un poco el corazón, le deseaba que pudiera irse. Algún día. Ella le iba a abrir la puerta, y si Rosa a pesar de todo no se iba, tendría que empujarla.

Cuando por fin sintió el agotamiento del día, se fumó un cigarrillo parada junto a la ventana abierta, justo al lado del cartel que decía "No fumar". El movimiento de la calle era escaso. Con un ojo vigiló los reflejos en el vidrio pero solo estaba su cara, con varios grados menos de realidad, casi diluida, los ojos cansados, el pelo suelto, y las luces del departamento.

Mariano se sacó los auriculares cuando ella se levantó para irse a la cama.

—¿Todo bien? —dijo, y le buscó la mano.

—Sí.

—Lo vamos a pasar bien.

—Sí, de una —respondió Fernanda, y le apoyó la mano en la mejilla antes de ir a acostarse al lado de Rosa.

En una zona de Clinton Hill, cerca de Fort Greene Park, hay una boca de subte en la esquina de Classon Avenue. Es vieja y utilitaria como la mayoría de las bocas de subte en Brooklyn, con escalones de hierro y cemento oscuro, de color granito. No necesitan, estas escaleras, los suplementos antideslizantes que se colocan en las más modernas; sus materiales son ásperos, indestructibles, procedentes de un mundo donde las cosas debían durar y funcionar antes que tener diseños bellos.

Al bajar esas escaleras se ingresa a un espacio duro, práctico. En la cabina vidriada un empleado está presente para nadie, y más allá las máquinas ofrecen instrucciones básicas para comprar, cargar y recargar los pases para el subte. Al otro lado de los molinetes, una explanada llena de columnas pintadas de color verde inglés parece un monumento a lo que fue moderno hace más de un siglo.

Por una escalera de barandas despintadas se baja a los andenes. Acá los trenes de color metal aparecen zumbando, con una letra iluminada al frente y una regularidad que constituye un tipo de belleza. Los azulejos blancos en las paredes, un par de bancos de madera sólidos, sin respaldo, que recuerdan a esas oficinas postales y estaciones de trenes abandonadas o convertidas en museos, y el mismo piso de cemento oscuro, se combinan con más columnas de hierro, columnas, cientos de columnas, que sostienen los distintos niveles del metro y la ciudad allá arriba.

Durante dos semanas, Classon fue la estación de la que salieron y a la

que llegaron todos los días. Solo de vez en cuando el trayecto los dejó en Franklin Avenue, un poco más lejos. Ocuparon el segundo piso de un brownstone al que se llegaba subiendo una escalera de piedra marrón y luego otra, interna y algo desvencijada. Los pisos de madera plastificados y los radiadores antiguos eran detalles que hablaban de cómo el departamento había atravesado las décadas; al frente, las ventanas de doble panel quedaban a la altura de las copas de los árboles y aunque el lugar no era ruidoso se podía sentir, al asomarse, el ritmo de la ciudad afuera, los autobuses, los bocinazos. Atrás, las ventanas daban a una escalera de incendios que un cartel pedía por favor no usar, ni siquiera para salir a tomar aire. Un patio en estado salvaje y cercos vivos era todo lo que se veía al fondo; sobre el piso, la aglomeración de hojas en distintos tonos de ocre parecía indicar que los ocupantes de la planta baja no le daban demasiado uso. Solo llamaba la atención, entre los parches de césped reseco, un autito de juguete olvidado, de color azul.

De vez en cuando, la escalera de incendios rechinaba sola; las hojas del patio se elevaban en el aire y cambiaban de lugar. De las muchas personas que habitaban cada mes el departamento no quedaba rastro; la casa parecía inmune a ellos, decidida a olvidarlos.

Muy pronto notaron que Classon era una esquina del Brooklyn colonizado que encantaba a los turistas. Chicos y chicas de treinta deambulaban por el barrio, salían a pasear al perro, tomaban lattes en bares con mesitas de chapa y de vez en cuando cruzaban miradas con los negros que pasaban en dirección al subte para ir al trabajo, o las mujeres gordas de uñas esculpidas y cargadas de glitter que hacían cola con carritos de supermercado para recibir alguna especie de caridad.

En los días siguientes, cuando pudieron recorrer el barrio, otro Brooklyn hizo su aparición en Franklin Avenue. Había un Dunkin Donuts en la esquina, un Family Dollar y un supermercado elegante de verduras baby empaquetadas en cajitas de plástico. Pero también un restaurante africano y una rotisería de pollo frito y pizza a un dólar la porción atendida por un árabe. En Franklin los pobres pedían por la calle, los negros se llamaban a los gritos, había latinos y borrachos.

Classon parecía un lugar de transición entre esa zona y otras partes de Clinton Hill; un recorrido desplegaba en capas la historia del barrio. Estaban los porches destartalados, las escaleras de tablas hundidas, los jardines descuidados al frente, canteros con tulipanes de plástico, tablones pintados de celeste, el color de la madera que asomaba bajo la pintura gastada. Algún flamenco rosado en la puerta y sobre todo

madera reseca, desprotegida, arruinándose al sol. Y luego estaban las macetas cuidadas con flores rojas y amarillas, los edificios de piedra marrón con puertas que habían sido lijadas y laqueadas, el número de calle pintado sobre el vidrio, las vidas de clase media que prometían calidez con una luz encendida en la entrada.

De Nueva York les sorprendió todo esto y muchos detalles más, pero más les sorprendió que fuera real. Absoluta, incuestionablemente real, una estructura gigantesca que descendió del aire donde vivía como ciudad imaginaria y se volvió un territorio que se desplegaba frente a ellos, inabarcable, lleno de zonas grises, autopistas que se cruzaban por encima de sus cabezas y estas veredas por las que caminaban, lisas, de concreto, concretas ellas mismas.

—¿Y si tomamos un subte y nos bajamos en cualquier parte? —propuso Mariano la mañana después de llegar, cuando estaban terminando el desayuno.

Enseguida miró a Fernanda y adivinó lo que ella se contenía para no decir.

—Sí, el cronograma, ya sé. Pero por un día. ¿No te parece la mejor manera de empezar a conocer la ciudad?

Fernanda miró a Rosa, que los miraba atenta.

—¿Podemos ir a la juguetería hoy? —pidió Rosa.

—Capaz que sí, pero si me prometés que no vas a insistir todo el día —contestó Fernanda, impostando seriedad.

—¿Y qué hora es?

—Las once —intervino Mariano—. Se hizo tardísimo. ¿Nos vamos? Espero que no vaya a ser siempre así.

—Estamos de vacaciones, Mariano —respondió Fernanda, y empezó a untar una tostada con lentitud extrema mientras lo miraba, como para mostrar el ritmo que pensaba imprimirle a la mañana—. Yo también quiero hacer un montón de cosas, pero te pido que no me tengas dos semanas corriendo.

—¿Y estamos en Nueva York? —preguntó Rosa.

—Sí, en realidad en Brooklyn. Ahora vamos a ir a Manhattan, que es una isla. Te va a gustar.

—¿Podemos ir en auto?

—No. En subte. Tenemos que cruzar el río, pero no lo vamos a ver porque va por abajo de la tierra. Ponete las zapatillas.

Un rato después salieron, Rosa casi corriendo delante de ellos, Mariano de mal humor porque no solo habían perdido toda la mañana en el departamento sino que le tocaba llevar la cámara, los abrigos, todo lo pesado, y Fernanda pensando que hubiera preferido almorzar en el departamento y salir a la tarde. Estar afuera les cambió el ánimo, de todos modos. El día estaba espléndido y a los pocos

minutos volvieron a sentir que era increíble estar ahí, inmersos en el escenario de tantas novelas y películas que les gustaban: el lugar en el que transcurrían las ficciones.

En el subte les costó entender cómo comprar la MetroCard a través de la máquina expendedora, pero una mujer latina que hablaba español los ayudó.

Pensaban que sería difícil comunicarse en inglés, pero empezaban a notar que adonde fueran todo el personal de servicio o de limpieza, empleados del subte, cajeras del supermercado eran latinos también, y siempre había alguien que podía guiarlos en su propio idioma. Enseguida se empezaron a dar cuenta de que ellos también eran latinos, especialmente cuando se encontraban gritándole a Rosa en el andén mientras esperaban el subte, o cuando se hablaban unos a otros en voz alta en bares, negocios, al andar por la calle. Cada vez, en medio del silencio general y las escasas conversaciones en voz baja, eran los únicos que se hacían oír.

Esa mañana el subte estaba casi vacío. En un asiento largo dormía un hombre que parecía pasado de alcohol, con un olor a pis tan fuerte que revolvía el estómago. Nadie se inmutaba. Incluso un par de personas se le sentaron enfrente, sin mirarlo.

Rosa sacó un libro de historietas y se puso a leer, pero de pronto levantó la cabeza para decirle a Fernanda:

—¿Sabés qué vimos en la biblioteca?

—¿Qué biblioteca?

—¡La de mi escuela! Ayer fuimos.

—No, ayer no fuiste a la escuela, estábamos en el aeropuerto.

—Ah, bueno. El otro día. Dos hombres muertos y llenos de sangre.

La madre se dio vuelta para mirarla.

—Yo no los vi mucho porque estaba atrás, no fui adelante.

—¿Y por qué estaban muertos?

—No sé. Creo que hubo una pelea. Además había un montón de arañas. Hicimos hora de lectura, yo agarré un libro y me quedé leyendo pero algunos niños murieron, los picaron las arañas.

—Uau.

—Sí. Eran arañas asesinas.

—Entonces, cuando volvamos a Buenos Aires, ¿no vas a tener más escuela?

—Me parece que no. Murieron todos —confirmó Rosa, y volvió a inclinarse sobre su libro.

A Fernanda se le hizo rara la mención de Buenos Aires. Pensó en el subte allá, la línea B, un mundo paralelo donde la voz de mujer en los altoparlantes hablaba como ellos. Después miró a los pasajeros y la indiferencia absoluta con que habitaban su propia ciudad.

—¿No te parece como que todos están viviendo sus vidas y nosotros somos impostores? —le preguntó por lo bajo a Mariano—. Ser turistas es como estar todo el tiempo en el zoológico.

Mariano no dijo nada y se encogió de hombros. Rosa la escuchó y le divirtió el comentario; Fernanda le guiñó un ojo.

—Estamos de incógnito —le susurró.

Al rato, en una estación elegida al azar, Fernanda se levantó del asiento y dijo que bajaran ahí. En vano buscaron escaleras mecánicas: las próximas semanas las pasarían subiendo y bajando escaleras. A la salida del metro, las miradas se les fueron hacia lo alto sin poder evitarlo. Entre medio de edificios espejados en los que se replicaba un cielo sin nubes se encontraron con Bryant Park, con sus kioscos de toldos a rayas y su calesita de caballos de madera. El cuadrado de césped en el medio del parque brillaba como una esmeralda. Los canteros estaban repletos de tulipanes blancos y rosados. Decenas de neoyorquinos almorzaban al aire libre, hablaban por teléfono o

escribían con la laptop sobre la mesa, sin preocupación aparente. El olor a caramelo y a café inundaba el aire.

Un grupo de viejos, negros y blancos, jugaba al ajedrez en una zona donde las mesas tenían tableros pintados encima. Fernanda se acordó de las ilustraciones del paraíso en algunos folletos religiosos, ese exceso de placidez y de color.

Rosa se entusiasmó y pidió jugar una partida, una vuelta a la calesita y waffles.

Ajedrez no, pero lo demás puede ser, dijo la madre, solidarizándose con la hija que de pronto quería todo porque a ella le pasaba algo parecido.

—¿En qué burbuja estamos? —le dijo riéndose a Mariano—. Tengo ganas de ir a tocar los tulipanes para ver si no son de plástico. Aparte, ¿cómo puede ser que todos tengan el teléfono y la computadora arriba de la mesa y no estén mirando alrededor re paranoicos a ver si los roban? No lo puedo creer.

—La policía debe ser brutal —opinó Mariano.

Mientras tanto Rosa fue corriendo hasta la entrada de la calesita y esperó a que terminara la vuelta para subirse. Eligió un caballo blanco que subía y bajaba al compás de la música. Mariano le compró varias vueltas, y después con Fernanda se quedaron mirando a la nena que aparecía en cada giro y los saludaba al pasar.

Fernanda trató de imaginarse la postal de familia feliz que parecerían en ese instante.

—No hay nada como estar con un chico para saber que no sos más un chico —le dijo a Mariano.

—¿Por qué lo decís?

—Porque para Rosa este es un momento perfecto, ¿no? En cambio nosotros no podemos dejar de sentir todo lo que está abajo. Incluso en los momentos lindos.

—¿Abajo de qué?

—Ya sabés, qué sé yo. Que venir acá salió carísimo, que estamos rotos, que nos preocupamos… Ser adultos.

—Mirá… a mí me parece que uno elige si se quiere enfocar en lo negativo. Vos a veces te ponés…

—¿Cómo? ¿Cómo me pongo?

—Medio oscura, no sé. Cuando te conocí no eras así.

—Cuando me conociste tenía veintipico y no me habían pasado muchas cosas.

La música de la calesita seguía sonando y Fernanda se calló porque, aunque había empezado a reconocerse como una persona melancólica, a veces le daba culpa su "mala onda", como le decía Mariano.

—¿Me sacás una foto? —pidió.

Él agarró el teléfono y lo apuntó a la cara de su mujer. Sacó una, dos fotos, las miró, y por algún motivo decidió que no estaban bien, así que sacó algunas más.

Por último le acercó el teléfono a Fernanda para ver qué le parecían. Ella se vio y la reacción fue inmediata: no. No era así. Cada vez que Mariano le sacaba fotos empezaba una pelea. Ella le reclamaba que por qué la sacaba tan mal, tan irreconocible, y él le decía: pero si sos así. Si ese era el caso, no entendía cómo le podía gustar, cómo la veía él, porque lo que ella encontraba en esas fotos era una señora, enfocada siempre desde los ángulos menos favorecedores, con una especie de amargura en la cara. Igual no dijo nada; era mejor dejarlo así. Pero antes de devolverle el teléfono a Mariano volvió a repasar las fotos, eligió una en particular y le hizo zoom con los dedos, hasta que su cabeza ocupó toda la pantalla y se volvió borrosa. No estaba muy segura de lo que buscaba, pero no lo encontró, y le devolvió el teléfono a Mariano.

—Sacale a Rosa, ¿querés? Está re linda.

Pero cuando miró a la nena, que pasaba con la mano levantada en una de sus tantas vueltas, le llamó la atención a la distancia un hilo rojo que le bajaba por la barbilla. Fernanda se asustó y corrió hasta la reja que la separaba de la calesita.

Se agarró con las dos manos, estuvo a punto de gritarle a Rosa. Enseguida lo pensó mejor y se contuvo para no ponerla nerviosa.

—¿Qué pasó? —preguntó Mariano alarmado.

—No sé, le está sangrando la boca. Capaz que se chocó cuando subió al caballo, pero no la quiero asustar. Esperemos a que baje.

Un momento después Rosa, sonriente, se acercó a los padres y le cambió la expresión cuando los vio tan preocupados. Fernanda le agarró la cara con las dos manos y la empezó a revisar.

—Ay, mami, ¡dejame! —protestó.

—Tenés sucio —explicó la madre.

No le dijo que tenía sangre porque a veces Rosa, cuando se lastimaba, se ponía a temblar sin poder controlarse. Fernanda sacó un pañuelo de papel y lo mojó para limpiarle la cara. Después la hizo abrir la boca y vio que el hueco en los dientes de arriba se había agrandado: ahora le faltaban las dos paletas. Al costado de la lengua de Rosa asomaba algo blanco; Fernanda metió dos dedos y se lo sacó.

Era el diente, con un borde rojo en la parte que antes había estado incrustada en la encía.

—¿Por qué no me dijiste, hija, que se te había caído?

—Porque estaba en la calesita —dijo Rosa, como si fuera demasiado evidente.

Mariano se agachó a la altura de la nena y le ofreció una botella de agua.

Fernanda se puso el diente en la palma de la mano y lo miró. No podía creer lo chiquito que era.

—Mami, guardalo para el Ratón Pérez —dijo Rosa.

—Sí, lo guardo. Hoy a la noche lo ponemos abajo de tu almohada.

Antes de metérselo en el bolsillo del abrigo, Fernanda se lo llevó a la boca para limpiarlo. Sintió con la lengua un borde más filoso y otro liso. En el fondo de su bolso tenía una cajita, un pastillero que se había llevado de la casa de su mamá cuando desarmaron su habitación, con el otro diente de Rosa. En unos días pondría también este diente nuevo, pero ahora no. Primero tenía que cumplir todo el ritual de pasar la noche bajo la almohada de Rosa, de donde Fernanda lo sacaría mientras la hija dormía para cambiarlo por un billete. Y después sí, sería solo para ella, ese diente que Rosa pensaría que no existía más, o que un ratón se había llevado vaya a saber adónde y

que la madre guardaría siempre, como un tesoro. Con el tiempo tendría varios dientes más, y algunas muelas. A veces fantaseaba con hacerse un collar, pero solo con uno, que fuera discreto y que de lejos no se notara lo que era. Parecería una perla muy chica, algo común, y solo mirándolo de cerca se podría adivinar su procedencia.

Sobre la Quinta Avenida el cielo, antes todo celeste, se llenaba de nubes que ocultaban la aguja del Empire State. Las banderas con barras y estrellas flameaban a lo largo de la calle sobre edificios cubiertos por andamios, murales de colores explosivos, negocios para turistas que vendían souvenires de una vulgaridad universal: Estatuas de la Libertad en miniatura, rascacielos diminutos con dedicatorias en la superficie espejada, muñequitos de Obama y Trump, gorritas y pelotas de béisbol que eran llaveros, un Empire State al que se trepaba King Kong y abría los brazos como para golpearse el pecho.

—Mami, ¿lo podemos comprar? —dijo Rosa señalándolo cuando se pararon a mirar una vidriera.

—No —la cortó Fernanda, mientras perdía la vista entre ceniceros, tazas, globos que traían adentro lugares de la ciudad en los que nevaba al agitarlos, porquerías que decían “Amo Nueva York”, “Amo Brooklyn”, “Amo USA”, cajitas, encendedores, fundas para celulares y petacas con barras y estrellas.

—Parece Florida, ¿no? —dijo Mariano.

—Callate —contestó Fernanda mirándolo de reojo, pero se reía.

Se le borró la sonrisa, sin embargo, cuando vio que Mariano entraba en el local.

Se apuró a seguirlo mientras le preguntaba para qué, qué podía querer ahí, y le decía por lo bajo dale, vámonos, mirando de reojo a la señora coreana del mostrador, tan seria.

—Quiero llevarle algo a mi mamá —explicó él, y se paró frente a una góndola que tenía miniaturas de edificios famosos. Agarró una del Empire State y la dio vuelta para mirar el precio.

—¿En serio? Comprémosle un perfume en el free shop, esto es horrible.

—Puede ser, pero el perfume se lo puedo comprar en cualquier lado. A ella le va a gustar, dejame a mí.

Fernanda levantó una de las estatuillas y la observó con desconfianza. Estaba recubierta de una especie de brillantina y no parecía demasiado sólida; quizás tenían suerte y no llegaba entera a Buenos Aires. Pero enseguida se acordó del aparador en el que su suegra tenía una colección de adornos y souvenires: la

virgencita de Mar del Plata, el lobo marino que cambiaba de color según el clima, los caracoles grabados con los nombres de Santa Teresita, Miramar, la cabañita de madera que decía Bariloche. Mariano tenía razón. A ella le iba a dar orgullo poner un Empire State al lado de esos objetos, y cuando fueran visitas les contaría que el hijo había estado en los Estados Unidos. En ese momento Fernanda se dio cuenta de que ella no iba a elegir ningún regalo para su madre, y tuvo el impulso de irse. Tampoco para el padre, porque era imposible regalarle nada. Se ponía incómodo, miraba los regalos como si no comprendiera su función y decía "No te hubieras molestado", casi enojado por ese momento de contacto al que parecían obligarlo.

Mariano se demoraba probándose camisetas de béisbol, las levantaba y se las apoyaba en el cuerpo para mirarse al espejo, así que Fernanda se dedicó a recorrer el resto del local. Hasta en los lugares más espantosos había algo que valía la pena mirar, era cuestión de buscarlo. A la vuelta de una góndola lo encontró: un surtido de globos de nieve con escenas navideñas, Estatuas de la Libertad, pistas de patinaje sobre hielo, la Quinta Avenida y otros lugares icónicos de la ciudad, a veces todos amontonados: Puente de Brooklyn, Chrysler, teleférico, carrusel, todo pegado, todo junto, como para indicar una esencia, aunque más bien parecían hongos que hubieran brotado en un espacio demasiado estrecho. Se dedicó a agarrar uno por uno para sacudirlos, después de comprobar que la señora del mostrador no le prestaba atención, y a ver cómo caían esos pedacitos de plástico, lentos, sobre la avenida por la que habían caminado unos minutos antes. Pensó: podríamos estar ahí adentro. Me pregunto cómo seríamos.

Se imaginó una escena navideña de película, esas familias alegres con pulóveres haciendo juego, los regalos abajo del árbol y la nieve acumulada afuera, las sonrisas como de niños, fascinados de formar parte de esa especie de club.

Después se imaginó un globo que contuviera el velorio de su madre: una fosa abierta con su ataúd en miniatura, Fernanda parada frente a la tumba, y la nieve que caía, caía, caía sobre Buenos Aires, hasta que dejaba de caer. Sostuvo el globo de la Quinta Avenida en la palma de la mano todo el tiempo que la nieve tardó en acumularse de nuevo

sobre el piso de esa ciudad en miniatura y fantaseó con comprárselo. El precio estaba en la base: 35 dólares. Demasiado para un capricho. Se alejó del estante de los globos de nieve, pero la persiguió la sensación muy nítida, aunque inexplicable, de que estaba cometiendo un error. O

por no comprar el adorno, o por no estar adentro de él, protegida por una esfera de vidrio.

—Te espero afuera —le dijo a Mariano, que ya estaba pagando la estatua y una

gorrita para la hija, porque Rosa no lo iba a dejar en paz si no le llevaba algo también. Eligió una azul con visera que decía “Amo Brooklyn”.

Comieron en Shake Shack; algunos amigos les habían dicho que no fueran a McDonald’s porque, aunque a Rosa le encantaba, al parecer en Estados Unidos era demasiado popular. Este local tenía detalles en madera, luz cálida, las hamburguesas eran mejores, así que Mariano estaba contento, y Rosa miraba las papas onduladas con fascinación. Pero, cuando trató de morderlas, se encontró con el hueco en los dientes que ahora era doble y tuvo que buscar una alternativa, abriendo más la boca y usando los dientes laterales. Frente a la hamburguesa, en cambio, se quedó dura y miró a la madre.

—Comé, hija, no te va a pasar nada.

—¿Y si me sale sangre?

—No creo que te vuelva a salir. ¿Querés que te la corte por la mitad, así es más fácil?

—No, que la coma así —intervino Mariano—. Tampoco es la primera vez que se le cae un diente, no exageremos.

Fernanda solo lo miró, inexpresiva, mientras cortaba la hamburguesa de la hija en dos partes y luego otras dos más. Rosa se dedicó con esfuerzo a comer usando distintas partes de la boca, como una vieja desdentada. Seguramente se acostumbraría enseguida y en cualquier momento iba a estar mordiendo con las encías, pero todavía era nueva esa sensación de no tener más los dientes, y muy reciente el recuerdo de la sangre en el pañuelo con que la madre la había limpiado.

—Esto no me gusta nada —dijo, mientras se metía un sorbete de costado para tomar Coca.

Fernanda se contuvo para no reírse.

—¿Sabés que parece que va a llover? —dijo, mirando a Mariano.

—¿Y por qué me decís eso ahora?

—Nada, para ver qué hacemos. No trajimos ni un paraguas. Vamos a tener que

comprar.

Él resopló con fuerza por la nariz y miró hacia abajo.

—No te lo digo para molestarte —explicó Fernanda—, sino para que nos organicemos. Lo que podemos hacer es dejar los paseos al aire libre para los días de sol.

—Todos los recorridos que armamos son al aire libre.

—No, están los museos. Podemos aprovechar para ir cuando llueva.

—Pero acordate que los viernes el MoMa es gratis, tenemos que ir el viernes sí o sí.

—Bueno, de última podemos pagar —opinó ella, desviando la mirada hacia la calle.

—De ninguna manera. Vos lo decís porque no es tu plata. Qué fácil que es gastar los ahorros de los demás, ¿no?

Fernanda volvió la mirada hacia Mariano y lo atravesó. Nada la ponía más en guardia que cuando él decía “no es tu plata” o “mis ahorros”. El hecho de que él fuera a pagar el viaje había sido un punto de conflicto durante las semanas anteriores, especialmente cuando no llegaban a un acuerdo y él trataba de hacer valer su derecho a tomar decisiones porque se trataba de su plata. Terminó la hamburguesa pagada con la plata de Mariano y dijo:

—Bueno, ya lo vamos a acomodar.

Había aprendido a aceptar con elegancia esos callejones sin salida a los que solían llegar las discusiones, o eso creía. Durante los primeros años de convivencia las peleas habían llegado demasiado lejos demasiadas veces, pero después habían encontrado la manera de no estallar. En general, la manera era que Fernanda ponía paños fríos; la furia de Mariano, instantánea y primitiva, necesitaba ese tipo de respuestas.

—Entonces si mañana llueve me puedo ir al museo del cine —opinó él, después de pensarlo unos minutos.

—Pero, ¿el tercer día acá te vas a ir solo? Habíamos dicho que dejábamos las salidas separados para la segunda semana.

—Y si llueve, ¿qué querés que haga? ¿No es eso lo que me estás pidiendo?

No era eso, pero más le convenía, Fernanda lo entendió al instante, buscarse un plan para hacer con Rosa y dejarlo que hiciera lo que quisiese, porque ante el mínimo comentario sabía lo que Mariano le iba a decir: ¿me decís que me vaya a pasear solo y ahora me lo reprochás? ¿Quién te entiende? La sensación de estar atrapados en una conversación que nunca llevaba a ninguna parte era agobiante.

Ya no era un diálogo, eran líneas que decían, como si otro las hubiera escrito. Un tipo de ventrilocuismo particular, tan aburrido que la sensación era de vaciarse completamente de energía y quedar aplastados cada vez que hacían una escena.

Fernanda se distrajo mirando el tránsito a través de la vidriera y dejó flotar la mente unos segundos; a veces no sabía cómo salir de situaciones como esa, porque no quería seguir hablando pero tampoco fingir, decirle a Mariano que tenía razón, que ella se había equivocado. Él igual se enojaba ante ese tipo de comentarios, decía "me das la razón como a los locos". Era un callejón sin salida. Fernanda se puso el abrigo, viendo que todos habían terminado de comer, y hundió las manos en los bolsillos. En el derecho tocó con la punta del índice una textura que le pareció rara hasta que se acordó: era el diente. Tan chiquito.

Lo sostuvo entre los dedos durante unos segundos, sintió la punta ya gastada por donde Rosa mordía y el hueco de bordes filosos que hasta hace poco se incrustaba en la encía, agarrado por una raíz cada vez más débil. Lo presionó para sentirlo en las yemas y en la palma de la mano, como si fuera un amuleto.

—Vamos, ¿no? —dijo después de unos minutos, esforzándose por cambiar a un tono más feliz.

—¿Adónde? —preguntó Rosa, que hacía rato había terminado su comida y dibujaba la calesita de Bryant Park con crayones.

—Al edificio más alto del mundo.

El aire se despejó; Fernanda y Mariano se rieron un buen rato de la forma en que la nena había abierto los ojos a más no poder frente a ese anuncio, y de las preguntas que siguieron: ¿y nos podemos caer?, ¿y cómo vamos a subir?,

pronunciadas con un flamante seseo debido a la falta de los dos dientes delanteros. Pero como era temprano para el Rockefeller Center –Fernanda había reservado tickets para las seis– decidieron dar una vuelta por Central Park. Rosa quiso sacar a TwinBee de la mochila para mostrarle los edificios más altos porque, según explicó, él venía de la Antártida, y había visto icebergs pero no rascacielos.

Subieron varias cuadras por la Quinta Avenida, atravesando calles que parecían corredores a escala no humana, donde eran diminutos y a cada paso se los invitaba a mirar hacia lo alto y pensar en la propia insignificancia, como en una catedral. Por momentos oscurecía y no era el atardecer, solo pozos de sombra creados por los edificios, que cerca del parque eran más antiguos, menos vidrio, más piedra y ladrillos, Prada, Gucci, Louis Vuitton, por donde Mariano y Rosa pasaron a toda velocidad, indiferentes. Fernanda se paró un minuto frente a Tiffany's y miró los diamantes en la vidriera, no porque le interesaran los diamantes, sino como una cita. Y de repente se abrió frente a ellos el parque, un territorio que Rosa se lanzó a conquistar gritando como una salvaje.

Lo primero que hizo fue escalar unas piedras gigantescas, mientras Fernanda le gritaba que tuviera cuidado de no resbalarse. Los padres habían quedado abajo y la veían aparecer y desaparecer entre medio de las piedras, se paraba en el borde y los saludaba antes de pasar a la siguiente. Fernanda le miraba los pies.

—Manhattan schist se llama esa roca.

—¿Qué? —dijo Mariano.

—Manhattan schist. Es una piedra súper fuerte que tiene millones de años. Por eso en algunas partes de la ciudad puede haber rascacielos tan altos, porque están asentados sobre esa roca que es muy antigua.

Mariano se rio en silencio.

—¡Qué! —dijo Fernanda—. ¡Lo leí en internet!

—Es que sí, te creo. Nerd.

Pero Fernanda se puso seria y agregó:

—Bueno, si Rosa se resbala no nos va a servir de mucho el dato. Ay, Mariano,

por favor, estoy un poco arrepentida de haberla dejado subirse.

—Nosotros no la dejamos, ella se subió sola. Dejala que está re feliz.

—Sí, pero ¿si se lastima? Justo estamos acá…

—Y bueno, para eso pagamos un seguro. Basta.

Fernanda entendió que Mariano tenía razón, pero igual se dio vuelta para no ver a Rosa y en cambio vio, avanzando hacia ellos por un sendero, a un hombre muy viejo en una silla de ruedas moderna, empujada por una mujer más joven.

Llevaba las piernas cubiertas por una manta, y la chica que lo cuidaba tenía esa cara demasiado bondadosa de los folletos religiosos o las publicidades de geriátricos. Algo le resultó familiar en él, se dio cuenta enseguida: era el orificio de una traqueotomía, con el tubo de plástico y la banda elástica alrededor del cuello. El hombre llevaba la cabeza ladeada, como si le costara sostenerla, y miraba sin ver. En otro momento a Fernanda no la hubiera impresionado ver a un enfermo, pero la tomó por sorpresa y el cuerpo reaccionó primero; sintió cómo se le aflojaban las piernas y tuvo que caminar despacio los metros que la separaban de un banco en el que se sentó, con la cabeza entre las manos. Qué maldición, pensó, mientras se despreciaba por desarmarse así. ¿Cómo podía ser?

Después de un año, como si no hubiera absolutamente nada, ninguna barrera, ni distancia, entre ella y ese tipo de imágenes. Como si estuviera en carne viva.

Se acordó de la madre al final, cuando ya no hablaba y tenía ese hueco en la garganta del que a veces salían ruidos inhumanos. Para ese entonces sabía que no le quedaba mucho tiempo pero igual se crispaba cada vez que se acercaba el marido, abría más los ojos y miraba a Fernanda como pidiéndole ayuda, o pidiéndole rescatame, ¿o qué? ¿Qué trataba de decirle?

Nunca lo había entendido, pero tenía una larga lista de recuerdos muy antiguos del sufrimiento de su madre y de ella al lado, cerca, sin poder moverse, sin entender lo que pasaba y sin embargo sintiendo una culpa que nunca supo de dónde venía. Una responsabilidad, sí, porque era solamente una nena de pocos años pero ya se sentía responsable. Se acordaba de los padres peleando, en una casa en la que habían

vivido cuando Fernanda todavía iba al jardín. De los gritos de la madre que llegaban hasta su habitación, en la que se escondía con la puerta cerrada, para no verlos: vos no me querés, había dicho con desesperación, y lo había repetido varias veces, y Fernanda lo había escuchado como una revelación,

algo que nunca hubiera creído posible y que sintió como una amenaza. ¿Qué significaba eso, qué pasaría? ¿De qué manera la involucraba a ella? Su mamá no podía decir algo que no fuera cierto, de eso no tenía dudas. Entonces, era verdad.

Y de alguna manera que Fernanda todavía no podía articular, eso ponía una sombra sobre toda la familia, sobre la vida que compartían en esa casa y que, esto ya lo sabía de sobra, no era feliz. En esas cosas pensaba sola en su pieza cuando la madre había entrado, descompuesta por el llanto, y la había mirado con esa misma expresión que tendría tantos años después, y se había tirado en la cama con la cabeza sobre las piernas de Fernanda, aplastándola mientras se sacudía en espasmos al llorar, mientras le temblaba todo el cuerpo y Fernanda no había podido más que mirarla con los ojos muy abiertos, con la vaga sensación de que estaba presenciando una tragedia que no había manera de comprender, algo que tenía lugar en otra dimensión, muy lejos.

Después, a medida que crecía y la veía callar, Fernanda había entendido que esos estallidos de su madre no eran lo peor que podía pasar. Lo peor era esa entereza horrible para soportar el sufrimiento, el malestar, en nombre de algo que la hija cada vez entendía y aceptaba menos.

En la adolescencia, la relación entre los padres se había convertido en un punto de conflicto entre Fernanda y su madre, que sentía que la hija la juzgaba. Y no podía soportar ese juicio, pero la necesitaba. La buscaba de noche, después de los gritos y los portazos, cuando el marido se encerraba en su escritorio a tomar y ella entraba a la pieza de la hija tratando de no despertarla, como si hubiera alguna posibilidad de que Fernanda estuviera dormida. Y se sentaba en la cama de la hija, y le acariciaba el pelo mientras lloraba en silencio, con un gesto que parecía de consuelo para Fernanda, pero que en realidad la consolaba a ella. Y en cambio Fernanda se quedaba inmóvil, tratando de simular que dormía y rogando por favor, por favor, que se vaya. Todavía le parecía escuchar el roce de las uñas largas sobre el pelo, sobre el cuero cabelludo. Ese ruido seco.

No siempre la extrañaba. A veces sí, y otras veces registraba con

profunda vergüenza todos los aspectos en los que era más fácil que su madre no estuviera en el mundo.

Fernanda levantó la cabeza. Rosa seguía trepada a las piedras con otros chicos de su edad, y Mariano esperaba como un centinela de brazos cruzados que de vez en cuando levantaba el pulgar ante un movimiento acertado de la hija. Tenía un rato para estar sola, y empezó a caminar por un sendero que avanzaba entre

árboles altísimos, con copas que se tocaban en lo alto y no dejaban pasar el sol.

Ese ingreso en la sombra le dio algo de frío. Siguió por el mismo camino, hasta que los gritos de los chicos que jugaban quedaron muy atrás. Era otoño pero en algunos rincones especialmente oscuros, que mantenían la humedad, las plantas que brotaban entre las rocas eran de un verde brillante. Debía haberse nublado, porque de repente el lugar se puso más sombrío. Fernanda no estaba segura de seguir, podía perderse, pero le llamó la atención una especie de puerta de piedra rojiza, o quizás era un túnel, aunque no muy profundo. El interior era negro, pero al otro lado se veía más vegetación. Lo cruzó, y al salir a otra parte del camino todavía más oscura, se acordó de pronto por qué estaba ahí. La habían dejado, porque en el bosque se ocultaba algo que ella tenía que ver. Los dos se habían puesto de acuerdo, porque era así; por más que se pelearan, que se odiaran, al final ella siempre lo elegía a él, encontraba la manera de cubrirlo, y cualquier cosa que hiciera la hija terminaba siendo un paso en falso. Se acordó de la madre diciendo: mañana a la madrugada la llevamos, y le dejaremos un pedacito de pan. ¿Sería verdad? Se fijó en el bolsillo: sí, ahí estaba, junto a un diente que se le debía haber caído. Sacó el pan y empezó a desmigajarlo, no fuera cosa que no pudiera encontrar el camino de vuelta.

Una vez más, miró hacia arriba. Las ramas de los árboles se habían puesto negras; todo el bosque parecía una mano huesuda, petrificada en su intento de extender los dedos para llegar a lo más alto. La vista se acostumbraba a esa noche incipiente, pero ella no: sintió con mucha agudeza la alerta en el cuerpo, el oído que se tensaba para captar el más mínimo ruido, cada movimiento, y la comprobación de que todo se movía alrededor, a pesar de la quietud aparente: cosas que reptaban, caminaban sobre las hojas secas, las hacían crujir. Viento que golpeaba las ramas. En poco tiempo más, la oscuridad iba a ser total, ¿y ella que haría?

—¿Cómo voy a salir del bosque? —se preguntó, como todos los niños.

Brilló lejana, pero muy precisa, una luz a la distancia. Se perdía y volvía a aparecer a medida que avanzaba entre los árboles; se concentró para no perderla.

Sin dejar de caminar, aunque por momentos tropezara con las raíces y ramas caídas, llegó al lugar más recóndito del bosque, donde no había estado nunca. El resplandor estaba cada vez más cerca y pronto se dio cuenta de que allá en un claro la esperaba una casa, una cabaña de madera con una luz que brillaba en su interior. A medida que se acercaba podía ver, a través de las ventanas, que adentro había movimiento y el fuego estaba encendido.

—¿Es mamá, que me espera con la comida? —se dijo.

El interior de la casa brillaba como una lámpara; cuando llegó hasta la puerta, el bosque negro pareció quedar muy atrás. Escuchó desde adentro la voz de una mujer y sí, era su madre, la única persona en el mundo cuya voz hubiera reconocido de inmediato y en cualquier parte. Se puso contenta; entonces no la había dejado sola, solo le había permitido atravesar el bosque porque sabía que al otro lado la esperaba ella. Puso la mano en la manija de la puerta y se detuvo un segundo antes de abrir, el último segundo de inocencia.

La mujer estaba de espaldas y revolvía un caldero; tenía la falda embarrada pero eso era normal: vivía en el bosque. Las manos y los brazos estaban manchados de rojo pero eso era normal: había estado trabajando en la cocina, quizás desmembrando un conejo. El pelo estaba lleno de canas, envejecido, pero era normal: había pasado el tiempo. Sin embargo esa mujer no era su madre y eso no era normal, porque hablaba con la misma voz. Fernanda deseó verla y al mismo tiempo supo que si la mujer se daba vuelta, si lograba verle la cara, se le iba a parar el corazón.

—¿Sos mi madre, o sos otra cosa distinta? —casi le gritó.

Y por toda respuesta la bruja del bosque, sin darse vuelta, dijo:

—Sí.

Aflojó la mano, que hasta ahora había apretado con fuerza, y el último trozo que quedaba del pan cayó al piso. No había ninguna casa a la que volver.

Fernanda abrió los ojos y se dio vuelta para ubicar a Mariano con la mirada, pensando que podía estar buscándola. Él trataba de ayudar a Rosa, que se había quedado paralizada en lo más alto de una piedra y

no se animaba a bajar. Aunque no los escuchaba, Fernanda entendió que Mariano le decía a la nena que se sentara y se dejara caer, para que él pudiera atajarla. Rosa hacía que no con la cabeza pero al final aceptó, se sentó con las piernas para adelante y se impulsó hacia los brazos extendidos del padre, que no estaban tan lejos. Mariano la recibió y le pasó la mano por el pelo, como para decirle “lo hiciste muy bien”.

Fernanda los vio venir hacia ella, él con su campera negra y despeinado,

orgulloso de la hija. Rosa, con la cara colorada, se bajó de los brazos de su papá para correr a contarle cómo había trepado.

—¿Me viste, ma?

—Te vi. Nada más me di vuelta un ratito porque en este parque hay muchas cosas para ver. Y adiviná lo que encontré.

Los ojos de Rosa se abrieron a más no poder; seguro que era algo increíble.

Fernanda le contó que en los árboles había ardillas, y que la gente les daba nueces para que se acercaran.

Rosa quiso comprar nueces; después corrió por los senderos buscando ardillas y llamando a los padres para decirles miren, miren, cada vez que algo le llamaba la atención: un puesto de helados, un puente, un lago con botes. En todas partes había gente paseando, sacándose fotos, y Fernanda, a pesar del ánimo enrarecido que le había dejado la excursión hasta esa puerta de ladrillos, se conmovió. No había ninguna cabaña con una mujer desconocida, y sí un mundo que, al menos por un momento, se les ofrecía. ¿Esto es la felicidad?, se preguntó. Cuando llegue, ¿la voy a reconocer? Cruzaron el Bow Bridge, mientras miraban pasar a las personas que trataban de manejar los remos lo mejor que podían para deslizarse sobre el lago, y después le dejaron algunas monedas al hombre que tocaba “Moon River” en el saxo.

La canción del saxofonista se escuchó menos a medida que se alejaban, pero seguía estando ahí, una música de fondo que no hacía más que terminar y volver a empezar, en un loop que parecía estirar el tiempo. Fernanda se sentó en un banco y se acordó de la muchacha de provincia que solo quería ser feliz y cantaba, “hay tanto mundo para ver”. Era verdad, y ahora les tocaba a ellos ver un poco. Mariano se sentó al lado y le dio la mano; no le habló, pero le conocía la

expresión pensativa. Fernanda llamó a Rosa, la sentó sobre sus rodillas y le pidió a un desconocido que les sacara una foto, una de las pocas que tendrían de los tres juntos. Era un alivio estar con ellos. Eventualmente, la música paró.

Fernanda vio que a lo lejos el hombre del saxo se agachaba para guardar el instrumento en su estuche, y se ponía a contar los billetes.

Un rato después doblaban en la Sexta Avenida y, en la Calle 50, se ponían en la fila para entrar al Rockefeller Center.

—¿De verdad es el edificio más alto del mundo? —preguntó Rosa, doblándose para mirar hacia arriba.

—De los que subiste vos, sí —dijo Fernanda—. Vas a ver toda la ciudad desde arriba.

—¿Y me va a dar miedo?

—No creo, tiene vidrios. Si te da miedo me das la mano.

Fernanda también miró hacia arriba, sin embargo, y le dio impresión. Iban a estar allá, tan alto… ¿y si Rosa se apoyaba en una baranda y se caía al vacío?

¿Era posible que pasara algo así? ¿Y si se rompía el ascensor? Dios, por qué no podía dar dos pasos sin pensar en que algo terrible iba a pasarles. ¿Cuándo se terminaba esa sensación? Había empezado, lo tenía clarísimo, antes de la muerte de la madre. En los últimos meses, cuando el médico les había explicado que ya no había nada por hacer, que no podían volver a operarla, y que de ahí en más el único tratamiento disponible sería para aliviar el dolor. Para ayudarla a irse, había dicho. Pero ese irse tardó varios meses y Fernanda los vivió pegada al teléfono, sobresaltándose ante cada llamado, cada timbre, acompañando el llanto silencioso de la madre cuando ella se iba de la clínica y no sabían si se iban a volver a ver, yéndose a dormir cada noche con la idea de que la muerte podía llegar antes que la mañana, con la sensación de que las perseguía un asesino y ya sabía el final: iba a encontrarlas. Las había encontrado.

La cola avanzó bastante rápido una vez que se habilitó la entrada para el turno de las seis; Rosa la agarró de la mano y la arrastró detrás de la gente. Fernanda miró a Mariano, con la cámara colgada al cuello, la bolsa del local de souvenires, y pensó con ironía que una de las primeras cosas que habían decidido al planear el viaje había sido evitar todo lo que fuera muy turístico. Y sin embargo ahí estaban, con

una manada de turistas, turistas ellos mismos, esperando en fila para entrar.

—No me queda mucha batería en el celular, ¿y a vos? —le preguntó a Mariano.

—Más o menos la mitad. Te dije que sacaras menos fotos hoy.

—Bueno, pero ya está. Se me gastó. Prestame tu teléfono.

—No, ahora te arreglás.

Por primera vez en todo el viaje, Fernanda se dio cuenta de que lo más difícil iba a ser justamente lo que habían pensado como una de las cosas más especiales de las vacaciones: que iban a estar todo el tiempo juntos. En casa era más fácil encontrar un hueco por donde escaparse de los malos humores de Mariano, tan impredecibles. Ahora por ejemplo estaba fastidiado porque ella había sacado entradas para ese horario. De repente extrañó su habitación; no la que usaban para dormir, sino la habitación en la que tenía los juguetes y la mesa de trabajo y se encerraba a cortar moldes y coser durante horas mientras Rosa estaba en el jardín. En silencio, sin hablar con nadie. Sin que le pidieran nada. Era el paraíso.

Qué perfecto era estar sola, no tener ganas de pegarle a nadie como ahora quería pegarle a Mariano cuando le decía "te arreglás", el muy cretino, como si le diera placer quitarle algo.

Los controles de seguridad parecían los de un aeropuerto; había varios guardias, un escáner y un detector de metales. Rosa y Fernanda pasaron, y Fernanda se dio vuelta para esperar a Mariano, que dejó la cámara y el celular en la cinta pero trató de pasar el detector de metales con la mochila puesta. Un guardia se le paró enfrente y le dijo algo en inglés que él, evidentemente, no entendió, porque cuando el hombre se corrió, trató de avanzar de nuevo. Otro guardia se acercó y habló en voz alta con el primero. Se dijeron algo señalando a Mariano y después le habló a él, pero Mariano se había bloqueado y no atinaba a moverse. El primer guardia le habló con más énfasis y, ante la falta de respuesta, le gritó algo al otro y los dos se rieron. Se burlaban de él. Por fin uno le agarró la mochila a Mariano, la puso encima en la cinta y lo hizo atravesar el detector, apoyándole un brazo en el hombro, que Mariano sacó con furia. La gente que estaba esperando en la cola se los quedó mirando, y hasta algunos que ya habían pasado se acercaron para ver. Fernanda rogó que por favor no empezara una pelea, porque después de pasar el detector Mariano se dio vuelta y

enfrentó al guardia, sacando pecho, mientras le gritaba:

—¿Se puede saber de qué te reís?

Por supuesto, el guardia no lo entendió ni pudo contestarle. Mariano se acercó más y le repitió la pregunta, acompañada de un gesto de interrogación con la mano que hizo muy cerca de la cara del otro. Fernanda pensó que en cualquier

momento los echaban. Trató de calmarlo cuando vino hacia ella, pero estaba indignado.

—¿Viste eso? Son unos hijos de puta, quién se creen que son.

—Sí, tenés razón. Estuvieron re mal. Pero vamos —dijo Fernanda, y trató de agarrarlo del brazo para llevarlo adonde estaba Rosa.

—No, pará. Esto no puede quedar así. Voy a presentar una queja.

—Mariano, ya está. ¿De qué te sirve seguirla?

—¿Pero cómo se van a reír? Yo estoy pagando para estar acá. No tienen derecho.

Vos esperame acá con Rosa, les voy a decir que llamen al supervisor.

—¿Y cómo se los vas a decir, se puede saber? Si ni entendías lo que te dijeron.

Mariano, vamos, no vale la pena. Nos vamos a arruinar la tarde.

—No, Fernanda, no entendés: ellos me arruinaron la tarde. Agradecé que no los cago a trompadas.

—Está bien, pero escuchame. Vámonos. No ganás nada con ir a quejarte. Somos extranjeros, ¿qué les importa? Y encima vamos a perder el turno, vamos a terminar el día todos amargados. Ya está, Mariano. Dejalo.

Fernanda le podía ver la mandíbula tensionada, los hombros duros. Las ganas de golpear. La furia, porque se sentía provocado. Esperó unos segundos y deseó con toda el alma que Mariano se aflojara, que pudieran seguir con el día. Fue Rosa la que los rescató: llegó corriendo hasta el papá, le agarró la mano entusiasmada y lo arrastró para mostrarle una foto genial que había visto. Fernanda soltó por fin el aire que había estado conteniendo y los siguió.

Pronto les tocó el turno para entrar al ascensor que los llevaría a la terraza desde ese piso poco iluminado donde había una muestra sobre la construcción del edificio, fotos en blanco y negro, los obreros sonrientes sentados en la viga. Por dentro el ascensor también era oscuro. Cuando empezaron a subir se iluminó con luces flúor y una voz grabada les dio la bienvenida, mientras varias imágenes de la historia del Rockefeller Center se proyectaban en el techo. Rosa se pegó a Fernanda y cerró los ojos; Fernanda le agarró la mano a Mariano y le dio un beso en el brazo. Era su manera de decir "gracias", de tratar de cambiarle el humor.

Dos minutos después, las puertas se abrieron y pudieron salir a una galería vidriada.

Todavía no era de noche, aunque el sol ya empezaba a ponerse, y alrededor la ciudad se veía como una maqueta opaca en colores rosados y pardos, rodeada por el brillo de los ríos. La sensación no era tanto de estar arriba sino observando un modelo a escala, una aglomeración de edificios de distintas épocas que se levantaban del suelo, escalonados a partir de cierta altura para no dejar a los habitantes sumidos en la oscuridad. Ninguna noción de altura, de inmensidad, salvo que uno se acercara mucho al borde y mirara los autos que recorrían las calles como puntos diminutos allá abajo. Rodearon la galería y salieron al exterior. El viento estaba frío; en una terraza cerrada por vidrios gruesos, varios grupos de personas esperaban que otros liberaran espacios para sacarse una foto con Manhattan de fondo. El punto preferido era aquel desde el que se veía el Empire State, por supuesto. Mariano y Fernanda no sacaron fotos al principio sino que recorrieron toda la terraza, y la que estaba en el piso superior, llevando a Rosa de la mano y con instrucciones de que no se alejara. En un momento igual lo hizo; vio unos binoculares que funcionaban con monedas, se soltó de la mano de Fernanda y corrió a mirar a través de uno de esos aparatos. Fernanda sacó una moneda y estaba por ponerla en la ranura para hacerlo funcionar cuando un hombre con acento italiano le dijo que no se molestara, que igual no andaban. Debía tener razón, porque nadie los estaba usando. Rosa se decepcionó y trató de convencer a la madre de que fueran a preguntarle a alguien si los podían encender, pero Fernanda la paró en seco:

—Basta. Están rotos.

Cuando terminaron de explorar, Mariano miró a Fernanda y dijo:

—Bueno, ya está, ¿no?

Los dos se rieron en voz alta.

—Un poco sí, pero quiero sacar fotos. ¿Le comprás algo para tomar a Rosa, que hace rato me está pidiendo?

A su pesar, Mariano dijo que sí y se llevó a Rosa al piso superior, donde había una tienda de souvenires que también vendía latas de gaseosa. Fernanda vio que le quedaba cada vez menos batería y trató de elegir bien; primero sacó algunas fotos del Empire State, porque era lo más obvio que podía hacer, y después a una

chica rubia que posaba contra el vidrio, junto a los binoculares. La chica estaba vestida de negro, tenía zapatillas rosadas y una bandolera del mismo color. Los vidrios de los anteojos de sol y la vincha que le sostenía el pelo también eran rosados y ella probaba posiciones con total seriedad, de frente, de perfil, dirigidas a alguien que la tomaba desde el piso de arriba. De vez en cuando el viento le volaba el pelo contra la cara y le arruinaba la foto; cuando eso pasaba, ella se reía y le indicaba con señas a su fotógrafo que repitieran esa toma. Qué misterio era la gente. A Fernanda la chica le pareció tonta, pero también deseó sentir la misma alegría al posar junto al edificio más famoso del mundo. Se la imaginó mostrando las fotos a todos sus conocidos, orgullosa de haber estado ahí, como si hubiera escalado el Everest.

Enseguida guardó el teléfono y se puso a recorrer una vez más la terraza, buscó el puente de Brooklyn y más allá el barrio del que venían. Quería ver el anochecer y el momento en que se encendieran las luces de toda la ciudad, le parecía que podía ser mágico. Y además pensaba: soy una idiota si pagué cincuenta dólares para subir hasta acá a hacerme la escéptica. Había una relación entre plata, placer y expectativas que se planteaba a cada paso.

Mariano y Rosa volvieron, la nena con una lata en la mano que ya estaba vacía.

Había empezado a hacer frío, así que entraron a buscar un lugar cómodo para esperar el anochecer. El interior del piso parecía el hall de un aeropuerto; la mayoría de la gente se había refugiado del viento cada vez más helado y, ante la escasez de asientos, se habían acomodado en el suelo, con las camperas y mochilas al lado, la espalda contra la pared. Miraban el celular, charlaban.

Apenas quedaba un lugar libre.

—¿Y si nos vamos? —propuso Mariano señalando a Rosa, que ya se

empezaba a fastidiar.

—Pero si aguantamos hasta esta hora… Quiero ver las luces —dijo Fernanda, casi suplicando—. ¿Por qué no le das tu teléfono?

—Igual no tengo señal.

—Pero puede sacar fotos, no sé. Que se entretenga.

Mariano no estaba convencido, pero aceptó; sabía que mucho del viaje iba a ser negociar y ser pacientes para que cada uno pudiera hacer lo que quisiera. Y la verdad era que Fernanda no pedía mucho: solo mirar las luces, como una nena

ante un árbol de Navidad. Buscó un lugar en una esquina, justo al lado de una ventana, y se sentó en el piso con Rosa.

Fernanda se paró frente al vidrio y miró hacia afuera; la cuadrícula de calles y edificios, antes opaca, se había vuelto oscura y empezaba a encenderse. Acercó la cara al vidrio hasta apoyar la frente, pero la retiró de pronto porque su propio reflejo demasiado cerca la sobresaltó. No había vuelto a pensar en el miedo del avión, o mejor dicho había tratado de no volver a pensar en eso, que no sabía cómo llamar: el episodio del avión era demasiado concreto, parecía indicar que algo había pasado y ella prefería pensarlo como algo puramente subjetivo, mental. En el avión, en algún momento de la noche, había tenido miedo. Eso era todo. Pero al parecer la persuasión no había resultado del todo efectiva porque ahora, frente a otra superficie que podía reflejarla, había sentido la necesidad instintiva de apartarse, por temor a que eso que había creído ver durante el vuelo apareciera una vez más y derrumbara esa convicción evidentemente frágil que había construido desde esa noche: la idea de que no había sido nada. Para que el mundo no se tambaleara, había cosas que solo podían pasar una vez, y entonces se podía llamarlas errores o casualidades.

Y además, estaba eso tan raro que había dicho Rosa en el aeropuerto, acababa de acordarse. Lo de los ojos de la abuela. Una frase que por un segundo le había helado la sangre y la había hecho preguntarse si quizás la hija no había visto lo mismo… eso que Fernanda acababa de convencerse de que no existía. Pero Rosa, aunque no era de decir mentiras, fantaseaba mucho, era chica, y vivía en un mundo diferente en el que los límites entre la realidad y la ficción no estaban para nada claros. Fernanda se había dado cuenta más de una vez de que contaba como ciertas cosas que había soñado, o que se le habían ocurrido jugando. Y si bien como madre quería darle valor a la palabra de su

hija, tampoco se podía tomar todo lo que decía Rosa al pie de la letra; hubiera sido un disparate. Así que no, no tenía por qué conectar lo del avión con la frase de Rosa. No quería.

¿Pero entonces por qué, frente a esta ventana, volvía el miedo?

Miró alrededor: un montón de desconocidos compartía el espacio en esa terraza que la caída del sol y la llegada de la oscuridad volvían algo misteriosa, como si estuvieran refugiándose de un desastre que estaba a punto de pasar. Algunos habían llevado latas de cerveza o de gaseosas para acompañar el momento,

charlaban en voz baja y en distintos idiomas, francés, japonés, que llegaban entrecortados. La chica rusa a la que ella le había sacado fotos estaba sentada a un par de metros, abrazada al que debía ser su novio. De pronto un rumor atravesó toda la sala y varias personas corrieron hacia las ventanas del lado de Fernanda. Frente a ellos, el Empire State acababa de encenderse en azul y blanco y una ráfaga de entusiasmo se extendía entre la gente. Fernanda miró a Mariano y se rio, pero la verdad era que ella también estaba emocionada; él se dio cuenta, se paró y se acercó para abrazarla. Rosa los vio y dejó el teléfono para sumarse al abrazo, mientras miraba por la ventana y opinaba que era muy linda la ciudad de noche, pero que ya quería irse.

—Mami, ¿qué hora es? —preguntó.

—Las ocho.

—¿Las ocho y qué?

—Y nada.

—¿Las ocho y nada?

—Sí —dijo la madre—. Las ocho y nada.

—¿Nos podemos ir?

—Un rato más. Acompañame a la terraza de arriba, así miramos juntas.

—No quiero.

—¡Dale! A la noche te doy la tablet.

Rosa ya no quería saber nada con el edificio alto, pero nunca era

difícil convencerla si después la esperaba una recompensa. Fernanda se arrodilló para cerrarle la campera, le puso la capucha y salieron. Afuera el viento soplaba fuerte y Fernanda también se puso la capucha de su abrigo; después subieron la escalera estrecha que llevaba al piso de arriba y, soportando el viento contra la cara, vieron toda la ciudad iluminada.

Desde esa altura lo que importaba era la forma, no las vidas de las personas que hormigueaban en la calle. Solo las grúas que sobresalían por encima de los

edificios en construcción, ya casi tragadas por la noche, daban testimonio del trabajo, del esfuerzo. En la aglomeración de edificios que se extendía en todas las direcciones, hasta el río, ganaban los más altos, los más icónicos, los más brillantes, pero era el conjunto el que hacía de la ciudad una guirnalda de luces suspendida con el espejo de los ríos alrededor, cargada de magnetismo. Una sola hoguera. Tenía algo de calor primitivo y también parecía el futuro, una construcción en el espacio, con sus puentes como brazos tendidos. Era una joya, imposible no sentirlo, alimentada con una cantidad de energía inimaginable, un escenario pensado y construido para imponerse al ojo humano y quizás infundirle esperanza, no importaba de qué. Esperanza en estado puro frente a su esplendor, a la promesa de sus rascacielos y sus luces. Era la diferencia entre el encanto y el desencanto, la posibilidad de que hubiera algo escondido, secreto.

Nuevo. O quizás “ilusión” era la palabra. Fernanda lo entendía y entendía el truco, pero había algo en el pecho que se exaltaba frente al espectáculo, y por qué no: ella quería que se exaltara.

Rosa la sacó de su ensimismamiento tironeándole la manga. Sí, dijo la madre, sí, ya vamos, mientras se sacaba el pelo de la cara y se subía más el cuello del abrigo. Pero no era tan fácil despegarse del hechizo. Parecía la fiesta más grande del mundo, lo que tenía frente a sus ojos, y todos, hasta el más escéptico, a veces querían ser parte de la fiesta.

Al rato Fernanda retiró la mirada como se retira siempre de un objeto que nos fascina: arrancándose de esa visión, con pena. Era cierto que hacía mucho frío.

Sintió que podía haber seguido pensando frente a la ciudad iluminada, que quedaba algo por percibir; también sintió que en otra época, cuando en el mundo la gente fumaba, lo hubiera hecho mientras se terminaba un cigarrillo, pero había que volver a la realidad de esa tarde demasiado larga. Rosa la arrastró de la mano, entraron en la

galería del piso superior y empezaron a rodearla buscando la manera de bajar al hall donde las esperaba Mariano. Había un ascensor, pero parecía exagerado usarlo para bajar solo un piso; toda la gente que lo esperaba iba a la planta baja.

De pronto Fernanda no pudo recordar cómo habían llegado hasta ahí. Dieron un rodeo, pasaron un kiosco donde Rosa hizo una supervisión rápida para comprobar que no había nada parecido a comida y se encontraron frente a una pared vidriada desde la que se veía el piso inferior. En la misma esquina junto a la ventana donde lo habían dejado, rodeado de grupos de personas que parecían estar esperando un micro de larga distancia o un avión, Fernanda pudo ver a

Mariano mirando hacia afuera y empezó a hacerle señas para que las viera, que Rosa enseguida imitó. Debían parecer dos operadores de aeropuerto levantando y bajando los brazos sin parar, pero no importaba; eventualmente Mariano se dio vuelta y levantó la vista. Ni bien las vio, saludó y les hizo señas con una mano abierta para decir "quédense donde están", pero Rosa, entusiasmada, ya se había alejado por el pasillo para ir al encuentro del padre. Fernanda se apuró a seguirla para no perderla de vista; volvieron a rodear la galería, salieron una vez más a la terraza de la que habían venido y ahí sí, encontraron por fin la escalera que llevaba al piso de abajo. Pero cuando llegaron al lugar donde minutos antes habían visto a Mariano, no lo encontraron por ninguna parte. Rosa miró a la madre y se le nublaron los ojos.

—No te asustes —dijo Fernanda—, seguro que papá nos fue a buscar.

—¿Lo perdimos? —contestó Rosa que, cuando se asustaba, casi no atendía razones.

—No, cómo nos vamos a perder. Además tenemos los teléfonos —la tranquilizó la madre, aunque se acordaba de haberse quedado sin batería hacía un buen rato.

—Pero entonces vamos a buscarlo.

—No, lo mejor es quedarnos quietas acá y que nos encuentre él. Vas a ver —dijo Fernanda, aunque no lo creyera del todo, hasta que vio aparecer a Mariano detrás del vidrio desde el que ella y Rosa le habían hecho señas.

—¡Mirá! ¿No te dije? —y le agarró la cara a Rosa con suavidad para mostrarle que desde allá arriba las estaba mirando el padre.

La nena se puso contenta y empezó a saludar, pero Mariano no le correspondía: estaba enojado otra vez. Fernanda lo miró parado ahí, no tan lejos pero inaccesible, atrás de un vidrio grueso, y se le cruzó un pensamiento: ¿y si fuera así de simple? ¿Que nosotras nos quedáramos acá, y él allá, y en el medio algo invisible que nos separara? Una barrera; no se veía pero estaba ahí. Parecía inexplicable la presencia de ese desconocido del piso de arriba. ¿A quién le hacía señas? Era tan simple como darse vuelta y dejar de mirarlo.

Fernanda de pronto volvió a la escena, Rosa le tiraba de la manga. Miró a Mariano. Se lo veía nervioso, y trataba de decirle algo a Fernanda con las manos que ella interrumpió para hacer un "no" rotundo con un dedo levantado, enfático,

y pedirle que volviera adonde estaban ellas. Cualquier otro plan estaba destinado a un nuevo desencuentro. "Nosotras, acá", dijo Fernanda con gestos ampulosos y lo más básicos que pudo, como los buceadores bajo el agua, para que se entendiera, y después agregó, señalándolo: "Vos, vení". Mariano endureció todo el cuerpo; estaba a varios metros pero ella pudo reconocer la actitud que había visto tantas veces: agachó apenas la cabeza y cerró los puños. Se había puesto furioso, y estaba tratando de dominarse. Por un momento Fernanda se imaginó que no lo conseguía y le daba una trompada al vidrio. ¿Sería capaz? Era un vidrio muy grueso, lo más probable era que se rompiera la mano, pero Fernanda no quería ver, así que sacó el celular para llamarlo. No tenía batería, cierto.

Sintió toda la impotencia que le caía sobre los hombros, y la frustración de estar abandonada a las reacciones de él, pero de pronto Mariano, que la estaba mirando, aflojó el cuerpo y le hizo un gesto con la mano: "Esperame".

Cuando se perdió de vista, Rosa empezó a llorar y no hubo nada que Fernanda pudiera decirle para convencerla de que iba a estar todo bien. La realidad era que lloraba por otra cosa: estaba cansada, quizás abrumada también. Un rato después, el padre llegó hasta donde estaban y respondió con rigidez al abrazo entusiasta de la nena; se lo veía cansado a él también, derrotado incluso, y bastó con una mirada abatida para que Fernanda le dijera "vamos".

—Mirá la hora que es, ¿hace cuánto que estamos acá? No sé para qué sacaste entradas para tan temprano —dijo él, sin mirarla—. Si lo que querías era ver el anochecer.

Fernanda no había sabido que eso era lo que quería hasta que lo tuvo

enfrente, pero le pareció mejor no decir nada. Rosa agarró al padre de la mano y lo llevó hasta el ascensor. Ahora ella, que un rato antes estaba hambrienta y dispuesta a quejarse sin parar, los animaba a ellos. Bajaron en silencio, apiñados con un montón de turistas que ya no querían otras emociones más que las de comer, descansar, volver a casa.

En las cuadras que caminaron hasta la boca del subte Mariano iba callado, un poco más adelante de Rosa y Fernanda, que pararon en un puesto callejero para que la nena se diera el gusto de comer un pretzel tibio. Cuando no soportaba más el cansancio, la tristeza o lo que fuera, a Fernanda le alcanzaba con atender a Rosa, alimentarla, abrigarla, y entonces una parte de ella también se sentía abrigada y atendida. Mariano no compartía esa sensación, solo se dirigía al objetivo con una bronca contenida que era mucho más difícil de disipar que

cualquier cosa que le pasara a su hija. Fernanda se apuró para alcanzarlo y le agarró la mano.

—¿Qué hacés? —dijo él, a la defensiva.

—Nada —contestó ella, y le sonrió. Pero él no le soltó la mano, ni en la calle ni en el subte, donde Rosa se enfrascó en un juego y se olvidó del cansancio.

Ocuparon un asiento contra la ventanilla y Fernanda los vio a los tres reflejados en el vidrio de enfrente. Esa vez no pensó en apariciones, pensó en ellos. Una clase distinta de aparición: Mariano y ella tomados de la mano, mirando cada uno en una dirección distinta; Rosa cabizbaja, concentrada en algo que la aislaba en un mundo aparte. Ella misma con un desconcierto en la mirada, una extrañeza, que solo de vez en cuando se daba cuenta que tenía, cuando se veía, los veía así y pensaba quiénes somos, cómo llegamos hasta acá. Cómo pudo pasar tanto tiempo.

En una estación cerca de Clinton Hill, una familia se subió al vagón y ocupó el lugar enfrente de ellos. El nene, de la edad de Rosa, se puso a mirarla boquiabierto, fascinado por el juego que jugaba ella. Entonces Fernanda pudo mirar otra cosa más que a ellos mismos y le apretó la mano a Mariano para señalarle al chico, totalmente embobado con su hija.

Cuando llegaron al barrio, y antes de sumergirse en las calles oscuras, compraron porciones de pizza a un dólar en un local diminuto de Franklin Avenue. Las comieron mientras volvían en silencio al

departamento, aunque Rosa todavía tenía dificultades para morder con el costado de la boca, y decidieron que era lo mejor que habían probado desde que estaban en la ciudad, sin duda. Estaba bueno estar de acuerdo en algo.

A la mañana siguiente los despertó una lluvia estruendosa, que golpeaba contra las ventanas. Fernanda abrió los ojos y sintió la extrañeza de amanecer en un lugar nuevo, de verificar la ubicación de muebles, puertas y paredes, interruptores de luz, valijas a medio deshacer, sus botas tiradas en el suelo; acá estoy yo, allá están ellos, se dijo, estamos en un departamento que conocimos hace dos días pero no estamos en Buenos Aires, afuera no está Buenos Aires sino Nueva York, volamos miles de kilómetros de noche hasta acá y todavía nos quedan dos semanas de estadía. Había que creerlo. Se levantó para buscar las frazadas extra que estaban guardadas en el placard y tapó, primero a Mariano y a Rosa, que dormía al lado de su padre en la cama doble, y después a ella misma.

Él también estaba despierto; desde una cama a la otra empezaron a comentar en voz baja las posibilidades de ese día que, antes de empezar, los hacía cancelar sus planes de ir al High Line y almorzar al aire libre. A Mariano le molestaba bastante el cambio de planes, pero a Fernanda no le parecía mala idea quedarse en el departamento a mirar la lluvia, salir después a buscar un bar donde tomar un buen café, estrenar un paraguas nuevo.

—¿Venís? —le dijo en voz baja a Mariano, y abrió las mantas a un lado de su cama, a manera de invitación.

Él se separó con cuidado de Rosa para no despertarla y, en puntas de pie, se acercó a la cama que ocupaba ella y trató de hacerse más chico para acomodarse al lado de Fernanda. Ella se corrió hasta apoyar la espalda contra la pared, le hizo lugar, y cuando él le pasó un brazo por encima de los hombros, se escondió contra su pecho. Hiciera la temperatura que hiciese, Mariano dormía en remera, así que Fernanda sintió en el cuello y en las mejillas el vello de los brazos, que le encantaba. Tenía olor a desodorante y a otra cosa que era él, algo que ella conocía. Si en alguna parte había quedado guardado algo de lo que habían sentido cuando se conocieron, en los primeros meses de sexo fascinado, de abrazos de los que no querían salir, era ahí, en esa manera de estar juntos. Ella salió a respirar por encima del hombro de Mariano y se volvió a acurrucar contra su cuerpo; él le hundió la cara en el pelo. Enredaron los pies y se quedaron en silencio.

Cuando estaban así, cada uno sentía que el otro era su casa, su

familia, que todo lo demás importaba menos que ese abrazo. Era el núcleo de su relación, eso pensaban, eso se habían dicho. Y, como en el núcleo de la tierra, eran el movimiento y el calor los que daban estabilidad a la corteza, pero cada uno por

su parte se preguntaba si sería suficiente. Demasiadas veces sentían que algo se congelaba y empezaba a resquebrajarse. Peor aún: sentían que ya había sucedido.

—¿Por qué nos enojamos tanto? —dijo Mariano.

—No sé, te juro que cuando estamos así tranquilos no lo puedo creer. Estamos poseídos por el demonio —contestó Fernanda riéndose.

El abrazo no duró mucho más porque Rosa se despertó y saltó a la cama donde estaban sus padres, feliz porque sí, y quiso que le hicieran lugar en el medio.

Enseguida Mariano se levantó para ir a bañarse. Fernanda y Rosa abrieron las cortinas y miraron el patio del departamento de abajo, los montones de hojas humedecidos por la lluvia y los charcos que se habían formado en el terreno irregular, donde el pasto y la maleza crecían sin control. A la derecha el cerco, cubierto de arbustos, parecía a punto de colapsar y se veía parte del patio de al lado, mucho más parecido a un jardín, con una hamaca y un tobogán de plástico.

Rosa pegó la cara al vidrio para tratar de ver más allá, pero Fernanda no la imitó; algo la detuvo. Un pensamiento le cruzó por la cabeza pero no llegó a formarse; solo miró a Rosa y la empujó sin hacer fuerza, agarrándola de los hombros, para despegarla de la ventana.

De repente se acordó del diente de Rosa y se sobresaltó: la noche anterior, Rosa lo había puesto abajo de la almohada, se había dormido contando todo lo que se compraría con la plata del ratón, y Fernanda se había olvidado de sacarlo. Pensó en distraerla y mandarla al living mientras ella se ocupaba, pero era demasiado tarde; Rosa se acordó primero. Corrió apurada hasta la cama y levantó la almohada. Se quedó inmóvil mirando las sábanas, mientras Fernanda se acercaba para consolarla porque adivinaba que la desilusión iba a ser grande.

—Mami, no está —dijo por fin Rosa.

—Ya sé, hija. Perdoname. Me re olvidé.

—¿De qué?

—De avisarle al ratón, quiero decir. Lo hacemos esta noche otra vez.

—Pero no podemos. No está el diente.

—Qué raro, no puede ser. A ver, busquemos. Se habrá caído —dijo Fernanda, y quitó las dos almohadas, la sábana, las apoyó en la silla que estaba al lado de la cama después de sacudirlas, miró el piso alrededor de la cama.

—Vos estás segura de que lo pusiste, ¿no?

—Sí.

Claro que estaba segura. A Rosa no se le iba a pasar una cosa así, era de la máxima importancia. Fernanda decidió correr la cama y buscar atrás de la cabecera; después se agachó y miró abajo, donde estaba lleno de polvo.

—Qué asco —le dijo a Rosa—. Esperame que voy a buscar una escoba.

Cuando volvió de la cocina, Rosa estaba sentada en la cama y lloraba a más no poder. Tenía la cara roja y le corrían por las mejillas dos hilos de lágrimas, que trataba de limpiarse con las dos manos, pero en realidad se desparramaba por toda la cara. Fernanda apoyó la escoba en la pared y corrió a abrazarla.

—¿Y si se lo llevó la abuela? —dijo cuando el contacto con la madre le permitió aflojar un poco el pecho, respirar.

—¿Qué decís, hija?

—Que ella se lo llevó, porque también quería el otro.

—¿Qué otro, Rosa? ¿De qué hablás?

—Del otro diente. Ella a la noche lo vino a buscar.

—¿El primer diente que se te cayó, decís?

—Sí. Pero yo no la dejé. Lo agarré fuerte y le dije que se vaya.

Rosa ya no lloraba, aunque tenía la cara descompuesta. Fernanda se separó un poco de ella y le apoyó las manos en los hombros.

—¿Vos decís que tu abuela fue a tu pieza a buscar el diente que se te cayó la otra vez, y que vos la echaste? Hija, tu abuela está muerta; vos ya lo sabés. Ya estaba

muerta cuando se te cayó el diente.

—Sí.

—¿Y entonces cómo me estás diciendo que estuvo en casa?

—No sé, pero vino. Porque ella puede.

Fernanda sintió que empezaba a enfurecerse y lo trató de controlar.

—¿Vos decís que a veces está con nosotros? —preguntó, tratando de no mostrarse alterada.

Y entonces Rosa miró alrededor, acercó la cara a la de Fernanda y le dijo, casi en un susurro:

—Siempre está.

Desde el baño, y por encima del sonido de la ducha, la voz de Mariano preguntó si estaba listo el desayuno. Fernanda dijo que sí, y fue rápido a la cocina todavía en piyama, llenó la cafetera, cortó pan para hacer tostadas, mientras pensaba en lo que había dicho Rosa y en cómo, por un instante, ella se había sentido persuadida por la historia de la nena, había sentido que estaba asistiendo a una revelación. Pero no, por favor, no se podía dejar llevar así como si nada por una nena de seis años que inventaba cosas todo el tiempo. Porque la verdad era que Rosa revisaba los placares y abajo de la cama antes de dormir, descorría la cortina de la ducha para cepillarse los dientes a la noche o directamente le pedía a la madre que la acompañara al baño. Imaginaba mucho, y creía lo que imaginaba. ¿Cuántas veces se había dado vuelta a la noche, mientras charlaban durante la cena, sobresaltada porque le parecía que había algo atrás? Monstruos, asesinos, criaturas que se agazapaban en la oscuridad: todo lo que para ella era vacío, para Rosa estaba cargado de peligros. Todo lo que los adultos aprendían a ubicar como sugestiones y fantasías, para Rosa era real. Y Fernanda no podía dejar que la arrastrara a ese mundo de miedos tan vívidos; tenía que ser racional y tranquilizarla. Le molestaba particularmente, eso sí, que Rosa fabulara con la abuela, que sabía que era un tema sensible para ella. Con cualquier otra cosa no le hubiera importado, pero le parecía que ya tenía edad suficiente como para entender que con ciertas cosas no tenía que jugar. Pero bueno, se dijo: calma. Es

chica.

Rosa fue atrás de ella, abrió la heladera y sacó una caja enorme de

jugo que habían comprado en un almacén. ¿Puedo?, le preguntó a Fernanda, que se sintió responsable porque Rosa se estaba alimentando a base de cualquier producto artificial desde que habían llegado, pero dijo que sí; no había tiempo para prepararle otra cosa. La ducha se cerró, Fernanda subió apenas el fuego de las tostadas y llevó platos, manteca, mermelada a la mesa, cubiertos, ¿qué más?

Cuando volvió a la cocina sintió el olor a quemado, suave pero inconfundible, y sacó el tostador de la hornalla. Mariano se iba a burlar, porque siempre le pasaba lo mismo. Con un cuchillo raspó las tostadas encima de la pileta y se fastidió con esa lluvia de migas negras que cayó sobre los platos del día anterior, todavía sin lavar. Si dejaba todo ese desorden se iban a terminar peleando así que abrió la canilla, agarró la esponja y lavó mientras el café terminaba de hacerse.

Mariano salió del baño y se sentó en el comedor al lado de Rosa, que devoraba Oreos con jugo. Mejor dicho abría las galletitas, se comía el relleno y dejaba las tapas negras sobre un plato, como si fueran ostras.

—¿Y el café? —preguntó Mariano.

—Ya va —dijo Fernanda desde la cocina—. ¿Qué tal la ducha?

—¿Anotaste los gastos desde que llegamos? Si no nos vamos a olvidar.

—Todavía no, esta noche lo hago.

—No te olvides de los pretzels, los heladitos… todas esas cosas que le comprás a Rosa a cada rato van a sumar un montón.

—Bueno, capaz es mejor que anotes vos entonces, ¿no? —dijo Fernanda, que todavía estaba afectada por la conversación con Rosa y con poca paciencia.

—¿Cómo? —preguntó Mariano, que no la había escuchado o hacía de cuenta que no la había escuchado para hacerla repetir, casi didáctico, la frase que le molestaba.

—Nada, todo bien —dijo Fernanda, tratando de dar por terminada la conversación, y salió de la cocina con una taza de café en cada mano. Le acercó la suya a Mariano, se sentó a la mesa y le preguntó qué pensaba hacer, si iba a

aprovechar para ir al museo del cine, ya que el día no se prestaba para otra cosa.

Pero era tarde; a él le había cambiado el humor, ya no la miraba. Ella sabía por qué: quería que ella anotara todo lo que gastaban cada día y que fuera extremadamente cuidadosa con la plata como una especie de homenaje, así lo entendía Fernanda, al hecho de que él pagara todo. Un reconocimiento, que era prudencia pero también una manera de enrostrarle todo el tiempo la plata, la plata, la plata.

Había escollos en la conversación, imperceptibles para cualquiera que no fuera ellos, que parecían sortear pero en realidad no sorteaban nada, se chocaban de frente. Y esos cortocircuitos les hacían presente lo que estaba bajo la superficie, inamovible: quién pagaba, quién tenía derecho a decidir, a hablar, qué palabra valía. Era agobiante que cada pequeño fragmento de diálogo llegara a las raíces, significara demasiado, que nada se pudiera decir con ligereza o sin que alguno de los dos se entregara a un ejercicio detectivesco: ¿qué me quisiste decir, en realidad? Por eso ahora el aire se había enrarecido, y los dos hacían fuerza para respirar en esa atmósfera. Rosa seguía partiendo sus Oreos como si no existiera otra cosa en el mundo y ya no se acordaba de la abuela ni del diente; mientras tanto, Fernanda sintió la rigidez muscular, ese endurecimiento en el cuerpo de Mariano, que le indicaba siempre y sin lugar a dudas que estaba ofendido.

Cuanto más duro se ponía él, más blanda debía ser ella; era una cuestión de supervivencia. Ya había aprendido lo que podía pasar cuando ella se ponía a la altura y lo enfrentaba.

Sin mirarla, solo pendiente del teléfono en el que buscaba direcciones y recorridos de subte, Mariano terminó su desayuno y fue a la pieza a cambiarse.

Fernanda miró a Rosa y le sonrió; cuando él se alejaba y se llevaba la dureza con él, el alivio era instantáneo. Le preguntó a Rosa si le gustaba la idea de salir con sus botas de lluvia, y adónde le daban ganas de ir.

—¡A la juguetería! —contestó Rosa, y mostró los dientes ennegrecidos, como si hubiera comido tierra. La madre se rio; desde el principio era lo único que le había interesado a Rosa de la idea de ir a otro país: conocer jugueterías nuevas.

Un ruido como de un golpe llegó desde la pieza; por un segundo Fernanda imaginó que Mariano podía haberse caído.

—¿Estás bien? —preguntó, pero no hubo respuesta.

Fue hasta la puerta de la habitación y la golpeó muy despacio.

—Mariano, ¿te pasó algo?

—No pasa nada —contestó él, tajante, desde el otro lado.

Iba a ser uno de esos días.

Ella volvió al comedor, encendió la computadora, abrió un mapa de la ciudad y le mostró a Rosa el recorrido que podían hacer, desde la juguetería con la que Rosa había soñado durante meses hasta otras que Fernanda le quería mostrar.

—¿Y nosotras vamos a subir a este subte chiquito?

—Sí, pero no es chiquito, es un subte normal. El mapa te muestra todo más chico

—explicó Fernanda mientras le servía un té.

El ruido de la calle aumentaba, se estaba acercando el mediodía.

—¿Le pusiste sal? —preguntó Rosa mirando su taza.

—No, le puse azúcar. Cómo le voy a poner sal.

—¿Azúcar? Hmmm… —contestó Rosa pensativa y agregó, como para sí misma

—: primera vez que escucho esa palabra.

Después tomó un par de tragos de su té y se levantó de la mesa para ir hasta la ventana. Se sentó en el alféizar y se puso a mirar el movimiento de la calle.

—¡Hay muchos colectivos amarillos! Como el mío de Playmobil.

—¿Te terminás el desayuno, hija?

—Estoy llena —dijo Rosa convencida, aunque Fernanda supo que ni bien salieran iba a empezar a decir que tenía hambre y a pedir comida.

Pero no tenía ganas de hacer toda la performance de madre: retarla, persuadirla, por último amenazar. Llevaba años tratando de controlar, de que todo no perdiera la forma: que se sentaran a la mesa, que comieran sin la tele prendida, que lo

hicieran despacio, que Rosa no se levantara y se fuera a jugar, que

probara aunque sea la comida. Esta vez no; ella también podía tomarse vacaciones. Es más, si Rosa quería comer hamburguesas y malvaviscos hasta que volvieran a casa, que comiera hamburguesas y malvaviscos. Y pretzels. A lo sumo iba a vomitar.

—Rosa —dijo Fernanda en un impulso—, ¿es verdad lo que dijiste de la abuela?

La nena siguió mirando por la ventana y no respondió; quizás estaba mal predispuesta por la sensación rara que le había dejado todo el episodio del diente, pero a Fernanda le pareció que se esforzaba por parecer concentrada en otra cosa.

—Hija, te estoy hablando. Te pregunté si es verdad lo que dijiste de la abuela, que está siempre con nosotros. ¿Adónde está? ¿En casa? ¿O acá también vino?

—Mmm… Ahora no quiero hablar —contestó Rosa sin mirarla.

A Fernanda le ponía los pelos de punta preguntar algo así, pero peor era quedarse callada. Igual, cuando Rosa decía no hablo era no hablo y no había manera de sacarle una palabra más, así que decidió dejar la conversación para otro momento.

Agarró el teléfono de Mariano, que había quedado encima de la mesa, y lo desbloqueó para mirar las fotos del día anterior en Bryant Park. Había muchas.

Se notaba que Mariano había tratado de encontrar una toma que a ella no le pareciera horrible. Nunca había sabido cómo mirar a cámara cuando le sacaban fotos, pero últimamente estaba empeorando; en las imágenes aparecía algo que no veía cuando se miraba al espejo, y era deprimente. Un rictus de cansancio, podía ser, pero también una falta de espontaneidad, como una pesadez, sin importar dónde estuviera. En una de las fotos se veía a Rosa atrás, pasando en su caballo de calesita y saludando a la cámara. El contraste con la vitalidad de la hija era demoledor. Rosa era feliz y se veía feliz, pero ella… se veía como alguien que estaba tratando. Era algo así. Había un velo, una distancia, algo que no salía en la foto pero que debía estar. Trató de pensar cómo miraba en las fotos de su juventud, pero no hubo tiempo porque Mariano salió de la pieza y se molestó cuando vio que ella tenía su teléfono.

—Quería ver las fotos nada más.

—Me hubieras pedido.

—Tenés razón —dijo ella, porque era cierto. Pero simplemente no le había importado.

Rosa seguía mirando por la ventana; quién podía saber qué de la calle le parecería tan interesante. Se le cruzó, fugaz, la idea de que en realidad no quería mirar hacia adentro de la habitación, adonde estaba ella.

Fernanda juntó los restos del desayuno y se fue a cambiar. En la pieza, que era un lío, toda su ropa seguía en la valija. Cuando se agachó para buscar un suéter y la abrió, le llamó la atención que uno de los lados estuviera notoriamente abollado; no recordaba que se hubiera golpeado en ningún momento. Al contrario, se acordaba de haberla recogido en la cinta de equipaje del aeropuerto y haber pensado que era una suerte que estuviera intacta, sobre todo porque no había pagado por esas envolturas de plástico que ofrecían en el aeropuerto, no le había puesto un candado, nada. Pasó la mano por la parte ahuecada y sintió el armazón de metal debajo del forro; era necesario un golpe fuerte para dejarla así.

Entonces se acordó.

—Mariano —llamó en voz alta, como para que la escuchara desde el comedor

—. Vení, por favor.

Le parecía increíble, había pensado que ese tipo de descargas habían quedado muy atrás, pero no se le ocurría otra explicación, era tan evidente. Sintió como una caída, siempre la sentía ante un episodio así. Se le venía el mundo abajo. Fue hasta la ventana y abrió apenas el vidrio para que entrara un poco de aire. La sorprendió ver en el patio de abajo al vecino altísimo, que no se sorprendió tanto de verla a ella y levantó una mano para saludar. Qué tipo molesto, pensó Fernanda, justo ahora, y cerró con fuerza la cortina.

—¿Qué pasa? —preguntó Mariano, asomando la cabeza por la puerta.

—Escuchame, ¿vos golpeaste mi valija? No sé qué pensar. Estaba perfecta y ahora, mirá. Es como si le hubieran dado una patada.

—Fernanda, ¿vos me estás hablando en serio? ¿En serio pensás que soy capaz de algo así?

—No sé qué pienso, pero hace un rato escuché un ruido, y ahora esto. Qué

querés que te diga. Fuiste vos, Mariano. Me molesta más que lo niegues que que me hayas roto la valija. ¿Para qué, me querés decir? ¿Para vengarte?

—Ah, no —la cortó él, levantando la voz—. No, vos estás loca. No se te puede ni hablar cuando te ponés así. Yo me voy.

Mientras iba hasta el living y agarraba sus cosas, metía la campera en la mochila, guardaba el teléfono, Fernanda lo miró. Sintió que estaba a punto de llorar, pero vio a Rosa y se contuvo.

Él abrió la puerta, hizo una pausa, y antes de irse le avisó:

—Cuando te calmes hablamos.

Después cerró y Fernanda lo escuchó bajar las escaleras con pisadas fuertes, escuchó la puerta de calle, vio a Rosa que lo saludaba por la ventana y fue a esconderse al baño para descargar un llanto lo más silencioso que pudo.

Ella había visto con sus propios ojos cómo él rompía cosas cuando se enojaba.

Había sido al principio de la convivencia, los primeros dos o tres años, y cada vez le había costado creer lo que estaba viendo. Era irreal; no podía ser, porque el Mariano que ella conocía no era capaz de hacer algo así. La primera vez había sido una silla, que había partido de una patada justo al lado de Fernanda, y en esa época ella había tenido miedo de que algún día la golpeara a ella. Después había entendido que eso no iba a pasar nunca, que el mecanismo era más sutil: siempre rompía algo que fuera de ella, o que estuviera al lado de ella. Sin embargo hacía bastante tiempo que no pasaba y la ponía triste que fuera justo ahí, en sus vacaciones, en su viaje soñado, cuando volvía esa violencia que también a ella se le había metido en el cuerpo. Porque si bien las primeras veces se había limitado a quedarse paralizada, a no reaccionar, y después sentir que le dolían el cuerpo y la cabeza durante dos o tres días, en un momento por fin se había sentido fuera de sí y le había clavado un tenedor en la pierna, que en realidad no le hizo nada, ni siquiera llegó a atravesar el pantalón. Nunca se había arrepentido.

Cuando quería a Mariano simplemente lo quería, pero cuando lo odiaba se arremolinaban en su mente el vozarrón de él, su tamaño, el lugar que ocupaba en todas partes, la forma en que estiraba las piernas abajo de la mesa y siempre invadía el espacio de ella, la forma en que comía, como si tuviera diez minutos de recreo en un trabajo de

jornalero, o cómo en tantos años no había podido incorporar pautas básicas como colgar la toalla después de bañarse. Es como

vivir con un gorila, pensaba ella. Es como vivir con una víbora, pensaba él. Ella lo sabía. Siempre agazapada, siempre lista para morder. No se habían casado para no ser un matrimonio y sin embargo, después de diez años de vivir juntos, lo eran hasta la médula: no había escena en el libreto que hubiera quedado sin interpretar. El matrimonio era eso: verse a sí mismos interpretando papeles que conocían demasiado bien, hacía demasiado tiempo. No poder, no haber podido, evitarlo. Lo peor era que los desfiguraba a los dos, los ponía en contacto permanente con la sordidez, como sobrevivientes de un incendio.

Qué día horrendo, pensó. Qué porquería. Se suponía que iban a salir a pasear, a divertirse, y primero pasaba lo de Rosa con la abuela muerta, y ahora esto.

¿Cuándo podría tener un día, uno solo aunque sea, de despreocupación?

¿Cuándo se despejaba el aire?

—Mami —escuchó que la llamaba Rosa—. ¿Qué estás haciendo?

Fernanda se secó la cara y abrió la puerta.

—¿Estás llorando? —dijo Rosa cuando la vio.

—Sí, un poquito nada más. Es que me acordé mucho de la abuela por lo que hablamos hoy. Ya se me pasa.

—Los recuerdos son una porquería.

—Puede ser.

Rosa le pasó la mano por la cabeza como si estuviera acariciando a un gato.

Después se paró frente al espejo y le pidió que la peinara, pero sin hacerle doler.

Fernanda le pasó un cepillo por el pelo castaño y le hizo una media cola con una gomita que tenía un corazón con brillos. Se miró en el espejo junto a su hija y la sorprendió que por fin, después de unos años de indecisión entre parecerse al padre o a la madre, Rosa fuera

una versión en miniatura de ella, idéntica a como se veía en las fotos de sala de cinco y primer grado, con esa nariz respingada y los rulos que ya no tenía. En una época la había fascinado esa nena que veía en las fotos de su infancia, inalcanzable, y ahora la tenía ahí. Pero tenía que acordarse de que no era ella, ni tampoco de ella. Y además estaba Mariano.

Antes de terminar el peinado se agachó para aspirar el olor del pelo de su hija y se sintió mejor. Rosa era una droga que ella consumía todo el tiempo.

Al rato estaban listas para salir. Se había largado a llover, así que la nena se calzó sus botas de goma y salió contenta. Fernanda le dio un rompevientos, la obligó a que se lo abrochara y se puso un piloto; también pensó en comprar un paraguas ni bien pudiera. Además de llover, hacía frío, más del que se había imaginado. El agua arrastraba sobre la vereda hojas marchitas que formaban cúmulos contra las paredes, en los cordones, alrededor de las ruedas de los autos estacionados. El barrio era otro bajo esa lluvia, de otro color, con las veredas grises y las casas más oscuras. Ella también se había apagado; siempre que se peleaban con Mariano era así, como una bajada de tensión, algo que la sacaba del tablero donde estaban jugando y la ponía en otro donde no sabía qué hacer, no entendía las reglas ni cómo seguir.

Unos minutos después iban en un tren que dejó Brooklyn y salió al exterior para cruzar el Puente de Manhattan. El cielo y el río se disolvían en un mismo gris; afuera, donde se veía el Puente de Brooklyn, parte de Manhattan y Staten Island al otro lado del río, todo parecía más lento, suspendido en una bruma que tenía un toque de luz y también de arena, como el color de ciertos caracoles de mar, y contrastaba con el ruido mecánico del subte. Al otro lado del vagón una mujer elegante, de tacos y piloto color camel anudado en la cintura, miraba enternecida a Rosa y le sonrió a Fernanda cuando captó su mirada. Dos adolescentes de buzos enormes con capucha se mostraban videos en un celular; Fernanda prestó atención, pero apenas pudo entender la mitad de lo que decían en un acento que tampoco logró identificar, un neoyorquino muy marcado, quizás de alguna parte de Brooklyn. Justo antes de llegar a la estación en la que pensaba bajar, un hombre de traje y piloto se levantó de un asiento al lado de la puerta, bajó del subte y se perdió entre la gente que esperaba en el andén. En el asiento que había ocupado quedó olvidado un paraguas negro. Fernanda se imaginó la bronca del dueño cuando saliera a la calle y se diera cuenta; tendría que mojarse. Pronto llegaron a destino. Le avisó a Rosa y le indicó la puerta por la que

iban a bajar.

Cuando se abrió, y mientras una voz decía por altoparlantes el nombre de la estación y recordaba a los pasajeros que cuidaran sus objetos personales, le dio la mano a Rosa y con la otra agarró el paraguas abandonado en el asiento, casi sin pensarlo. Rosa la miró sorprendida.

—¿Tenemos un paraguas, mami?

—Sí, ahora tenemos un paraguas. Mirá: es enorme —dijo Fernanda ya en la vereda, mientras lo abría. Debía tener un metro de diámetro, era perfecto para las dos; también era un poco pesado y eso la incomodaba, pero la verdad era que les había salvado el día. Al menos a ella, que odiaba mojarse. No podía explicarlo pero la ponía eufórica el hallazgo, a pesar de que podía haberse comprado un paraguas en cualquier parte. Era casi como si la ciudad se los hubiera ofrecido, o por lo menos lo sintió así, en un día difícil. Rosa puso la mano en el mango, al lado de la de su madre, y fueron caminando lo más pegadas que podían hasta la tienda Lego que estaba en la esquina. Cuando llegaron y vio el interior desde la vereda, Rosa se emocionó tanto que necesitó un minuto para recuperarse. Todo lo que le gustaba y había mirado durante meses en los catálogos que traían las cajas que tenía en casa estaba ahí, reunido, y por todas partes había juegos armados como si se tratara de un museo: el Halcón Milenario, Hogwarts, la Estrella de la muerte, ciudades enteras con sus casitas y calles con vehículos y figuras de bomberos, pasteleras, policías, superhéroes, mesas con ladrillos para

jugar y esculturas de Legos para sacarse fotos.

La primera parte del día la dedicaron a Rosa. A Fernanda también le encantó la tienda, porque se había hecho fanática de los ladrillos. Jugaba mucho con Rosa, que a veces pasaba días sin ver a otros chicos de su edad; Mariano no tenía paciencia para los juegos de inventar historias. Iba al parque, corría con la hija, andaban en bicicleta, pero sentarse a imaginar era cosa de Rosa y de ella, que había jugado sola cuando sus hermanos ya eran casi adultos. En una mesa baja del cuarto donde trabajaba Fernanda habían armado una ciudad, que tenía una Baticueva, algunas casas de civiles, la choza de Luke Skywalker, la casita de Kitty y un museo de dinosaurios. Rosa le había puesto Jakku, como el planeta de Star Wars del que venía Rey; sus personajes eran casi todos ninjas y entre ellos habían celebrado matrimonios, resolvían enigmas, tenían hijos, eran atacados a cada rato por la Primera Orden con aliados impredecibles, desde pingüinos hasta princesas de Disney devenidas villanas, y aunque algunos de los

personajes principales habían muerto, siempre volvían. Rosa decía: hoy jugamos a Han Solo: La resurrección, y entonces Han Solo volvía sorpresivamente en el Halcón Milenario, que a duras penas había podido armar Rosa con los ladrillos que tenía, se reconciliaba con Kylo Ren, abrazaba a Leia, conocía a los hijos de los ninjas y les contaba historias de aventuras en galaxias lejanas. Todo se podía arreglar, todo se podía sostener entre dos dedos y abandonar y retomar al día siguiente. Todo terminaba con la misma palabra: continuará.

La abuela muerta era un personaje que aparecía a cada rato en los juegos, ya sea para acompañarla, rescatarla o enterrarla, y ahora mismo Fernanda veía que Rosa había armado una casa, había puesto al lado un pequeño ataúd de ladrillos marrones y le colocaba adentro la minifigura de un zombie. Un nene rubio, de ojos azules enormes se paró al lado de ella y la miraba en silencio mientras Rosa le hablaba sin parar. El nene armó una especie de avión o nave espacial, que en un momento empezó a chocar contra la construcción de Rosa. Ella hizo de cuenta que no pasaba nada y siguió armando, pero como el chico seguía con sus ataques, en un momento se hartó y miró a la madre. Fernanda no hizo nada, no se acercó; ya habían pasado por la misma situación varias veces, especialmente en la plaza, y si bien al principio le había dicho a la hija que si la molestaban tenía que alejarse, con el tiempo le empezó a decir: si querés, podés defenderte.

Así que estaba intrigada por ver lo que haría Rosa, y no se sorprendió del todo cuando le sacó al nene su juguete y lo estrelló contra la mesa donde armaban. El nene rompió en llanto y fue corriendo a buscar al padre, que lo esperaba a pocos metros. Fernanda miró al padre, que la miró también mientras consolaba a su

hijo, quizás esperando que ella se acercara a hablarle, a aclarar la situación. Ella se dio vuelta y siguió recorriendo el local.

Le gustó todo: las cajas, las miniaturas, las esculturas de tamaño humano, los dispensers colocados sobre una pared de los que podían servirse distintos tipos de ladrillos en unos vasos transparentes y que Rosa pensó que eran de regalo, aunque el precio de cada tamaño de vaso estuviera anunciado en la pared.

Cuando terminó de jugar, Fernanda le dijo que podía elegir alguna caja que no fuera demasiado cara.

—Pero no me trajo la plata el ratón —dijo Rosa.

—No importa, yo te la regalo.

Eligió una de Harry Potter, un árbol embrujado con una araña gigante, y algunos llaveritos con distintas figuras para los amigos del colegio: el hombre-pancho, el hombre-cactus, el hombre-sandía. Fernanda también eligió uno para ella, de Harley Quinn, y uno del Guasón para Mariano. Se preguntó si a él también le causaría gracia, y enseguida se dio cuenta de que lo extrañaba. Todo el malestar de la mañana se había desvanecido, siempre le pasaba lo mismo, y solo le quedaban las ganas de verlo. Ni siquiera de verlo para reconciliarse, para decirle

"tenemos que hablar", sino solo verlo, darle un abrazo y que todo volviera a estar bien. Agarró el teléfono y le mandó un mensaje.

La próxima juguetería era de otro estilo, más parecida a los juguetes que diseñaba y vendía Fernanda a través de su página web. En estanterías de madera decoradas con guirnaldas de luces había objetos de tela y madera, camioncitos de lata, taxis amarillos y ambulancias, rompecabezas, juegos de encastre con tablitas pintadas de colores, yo-yós, cajitas de música. A Rosa le encantó, y tocó los objetos con delicadeza, como le había enseñado la madre. Primero jugó con un muñeco de madera antiguo al que se le metía una bolita de metal por la boca y salía por el brazo extendido, hasta que caía en la mano, como si lo ofreciera para empezar de nuevo el juego. Cada vez que volvía a salir la bolita, Rosa se reía. A Fernanda le gustaba mirarla, porque amaba las cosas de verdad. Y era feliz, disfrutaba, aunque Fernanda sabía que su infancia no era idílica. Un poco sí, pero ya se había llenado de sombras. No solo por esa fantasía extraña con la presencia de la abuela: después de la muerte de la madre de Fernanda, y a pesar

de que era muy chica, en Rosa se había decantado de a poco la idea de que morirse no era algo que tuviera que ver solo con su abuela, sino con todos.

Cuando un chico ve morir a una persona, o a un animal, hay un compás de espera hasta el día en que pregunta: ¿entonces vos también te vas a morir? ¿Y

yo? A Rosa le había tomado unos meses. Ese mismo año había empezado primer grado, pero con dificultad. Decía que no le gustaba la escuela, que no quería ir más, que cuánto faltaba para terminar. Y, lo que más sorprendía a Fernanda, decía con toda claridad y bastante seguido: no quiero crecer. Era un "no"

rotundo, como si supiera. Todavía no podía articularlo, pero a Fernanda no le hubiera extrañado que en la mente de Rosa crecer y

convertirse en adulto implicaran morir, ¿y cómo podía consolarla de eso? No le podía decir que no era cierto. Tampoco, y hubiera sido una brutalidad, que los niños también morían.

Entonces la dejaba hablar, evitaba el "no digas eso", y le prometía que, pasara lo que pasara, la madre y el padre iban a estar con ella.

También le contaba cuentos. Su preferido era Hansel y Gretel; se lo había leído mil veces, ella sentada en el borde de la cama, la hija ya metida abajo de las sábanas con su piyama. A Rosa no le aburría porque lo supiera de memoria, todo lo contrario: le gustaba porque lo conocía, se volvía loca de placer con la anticipación. Cada vez se fascinaba con la descripción de las golosinas con que estaba construida la casa de la bruja, el tejado de pastel y los vidrios de caramelo, y decía en voz alta "mmmm", como si se hubiera olvidado de que era una trampa, o acompañando la inocencia de los chicos. Cada vez sentía horror cuando la bruja anunciaba que iba a comerse a Hansel, y se quedaba inmóvil, en suspenso, cuando él engañaba a la vieja dándole a tocar un huesito para que viera que estaba demasiado flaco. Y cuando Gretel la empujaba al fuego, al principio había cerrado los ojos, pero con el tiempo había empezado a abrirlos más: trataba de imaginárselo. A Fernanda le parecía que podía escuchar los aullidos de la bruja mientras se quemaba, pero no lo decía jamás. Rosa sentía que después de todo ese horror, el cuento tenía final feliz; los chicos lograban escapar de las garras de la bruja que quería comérselos. Para volver al padre y a la madre muerta, pensaba Fernanda, pero tampoco lo decía, y estaba segura de que esa madrastra entregadora y la bruja eran lo mismo. Brujas, madres, madrastras, eran distintos nombres de lo mismo, una clase de monstruo de muchas cabezas que no podía abarcarse en una sola historia. Pero cuando leían juntas en la cama antes de dormir, la brutalidad se convertía en un juego. Más no se podía hacer.

Rosa pasó mucho tiempo recorriendo la juguetería mientras afuera la tarde se iba

poniendo cada vez más oscura. Al final eligió una ovejita de lana que estaba embarazada y a pesar de que le daba impresión, Fernanda se la compró. Ella también había tratado de diseñar una muñeca embarazada para su marca de juguetes, incluso había armado un prototipo de tela que a Rosa le gustaba, pero al final no había querido ponerla a la venta. Había algo que le ponía los pelos de punta en la panza de tela que se cerraba con un abrojo y se abría para descubrir a un muñequito adentro. No era que el bebé saliera de la panza, pensaba Fernanda cuando trataba de entender su repulsión, sino que

pudiera volver a entrar. Era siniestro. Rosa había jugado durante unos días con esa muñeca y, más que simular el nacimiento, le gustaba esconder al bebé en el vientre de la madre cuando tenía frío, cuando estaba triste, cuando lloraba. Fernanda había tratado de tener paciencia y respetar el juego pero al final, en un arranque y mientras la hija dormía, había agarrado la muñeca con su bebé y los había tirado a la basura.

Mientras escuchaba la lluvia que se descargaba con furia sobre la calle, Fernanda fue a la caja a pagar y sacó el teléfono para ver si había algún mensaje de Mariano. No había, pero sí varias llamadas perdidas de su padre. También mensajes de una enfermera de cuidados paliativos que había atendido a su mamá, y con la que Fernanda había pasado mucho tiempo. Salieron de la juguetería y le pidió a Rosa que la esperara un minuto bajo el toldo del local para poder hacer una llamada. No era un mal momento, en Buenos Aires era una hora más tarde. Había parado de llover, pero del toldo el agua caía a chorros y Rosa ponía los pies abajo para que le mojara las botas; Fernanda le indicó con señas que tratara de no empaparse demasiado. Marcó, y ni bien escuchó el "hola" se dio cuenta del estado en que estaba el padre, siempre se daba cuenta enseguida.

Le patinaba la lengua; él pensaba que nadie lo podía notar y hacía un esfuerzo por fingir normalidad, que Fernanda ya conocía. A ella se le fueron las ganas de hablar; cruzaron dos palabras, le dijo que estaban en la calle y que llovía, que mejor hablaban otro día, y cortó. Tampoco le daban ganas de leer los mensajes de la enfermera, con la que no se trataba hacía meses, pero pudo más la curiosidad. Era la respuesta a un mensaje viejísimo en el que Fernanda le contaba que estaba triste, y decía: "Así es querida Fernanda, es muy duro perder a la mamá. Pero en algún momento vas a sentir que son una sola persona y que ella sigue viviendo a través tuyo".

Fernanda se quedó un minuto mirando la pantalla, con la mente en blanco.

Después guardó el teléfono, respiró hondo como para sacarse de encima todo junto, la voz del padre, el mensaje de la enfermera, y le dijo a Rosa, ¿vamos a comer?

Empezaron a caminar por la Quinta Avenida. En las veredas húmedas brillaba el reflejo de las luces de la calle y los carteles, como si toda la ciudad estuviera recubierta de un barniz, de una especie de luz líquida. Aun así, había algo ominoso en esa tarde que parecía una noche. Quizás era solo que Mariano no daba señales de vida. Empezó

a caer una lluvia fina. Fernanda abrió el paraguas y con la misma mano sostuvo la de Rosa; en la otra llevaba los juguetes que acababan de comprar. Era incomodísimo.

En otra parte de la ciudad, Mariano se tomaba una cerveza frente al mostrador de un bar. Venía de un museo de la imagen en Queens y aunque lo había pasado bien, ya se le habían terminado por ese día las ganas de tener tiempo para él.

Afuera no paraba de lloviznar y parecía el escenario de una película melancólica en el que él, un tipo solo, masticaba la bronca de una pelea con su mujer, se preguntaba dónde estaría, qué estaría haciendo su hija. Bad day, huh?, le había dicho el mozo, y Mariano pensó con una sonrisa que no podía estar metido en un lugar común más grande que ese, una escena de perdedor total, con todas esas botellas enfrente y el televisor en el que daban un partido de béisbol.

Perdía cuando se descontrolaba, eso lo tenía clarísimo. Se odiaba por eso. Pero no podía contra la indiferencia de Fernanda, no sabía cómo conmoverla. A veces se preguntaba si se peleaba con ella solo para que lo mirara. Era un secreto a voces entre los dos, pero ya se habían dado cuenta de que ella no lo necesitaba.

Quizás lo había necesitado al principio, cuando Rosa era bebé y todo era nuevo, desconcertante, cuando estaba agotada y necesitaba alguien en quien apoyarse.

La recordaba sentada en el sillón con Rosa aúpa, recién terminada de amamantar, cuando se dormía sin poder evitarlo y se despertaba sobresaltada por la sensación de que el bebé se le resbalaba de los brazos. O llorando desconsolada porque no entendía, porque no sabía qué hacer, porque esa criatura era un mecanismo rarísimo y ninguno de los dos comprendía cómo hacerlo funcionar, cómo dormirla, cómo calmarle los cólicos.

Pero Fernanda había aprendido a ser la madre de Rosa con una rapidez increíble, y él se había quedado mirando. No solo a ser la madre de su hija, sino a hacer todo. Todo junto y a la vez. Trabajar, cuidar a la madre enferma, ocuparse de Rosa, jugar con ella, organizar la vida juntos. Claro que al final del día no tenía resto para él y así se había alejado, cada vez más. El poco tiempo que le quedaba lo quería para ella, no la podía culpar. Miraba una película sola, o se paraba junto

a la ventana para fumar un cigarrillo, sin hablar, y él no entendía bien

qué papel jugaba en las vidas de su mujer y de su hija. Lo querían, seguro, pero a veces molestaba. Era rarísimo saberlo. Fernanda se ponía contenta cuando él le mandaba un mensaje para decirle hoy vuelvo tarde, tengo trabajo de más, o para decirle me junto con amigos. Le encantaba, se armaba un plan con Rosa y cuando Mariano llegaba las encontraba dormidas frente al televisor, con restos de pochoclos, golosinas, una película de miedo. Le decía a Fernanda vámonos de viaje los dos solos y ella contestaba que no porque la nena, o cuando Rosa sea más grande, aunque ya era más grande. Y tenía que hacer fuerza para meterse, no le salía de otra manera. Hasta el momento, por lo menos, no le salía. Entonces era un villano.

Ahora mismo se la imaginaba paseando con Rosa, felices las dos, riéndose, libradas de él. Y gastando su plata. Y se la hubiera dado toda, sin dudarlo, con tal de que le reconociera algo, de que lo mirara como lo había mirado alguna vez, en un tiempo que ya no parecía real, cuando eran otros y ella pensaba que él era increíble. Cuando le apoyaba la cabeza en el hombro mientras caminaban y ponía esa cara, le dolía acordarse, que parecía significar: no puedo creer que te encontré. Pero no funcionaba así. Fernanda estaba tan en otra que cuando Mariano le decía tenemos que hablar, sabés que no estamos bien, contestaba que no tenía tiempo ni energías para ocuparse de eso. Su relación, es decir: eso. Era despiadada, por lo menos con él. Y después hacía algo tan tierno que lo desarmaba por completo, lo cuidaba, le decía que lo de ellos era para toda la vida.

Le quedaba la mitad de la cerveza cuando sonó el teléfono. Era ella: ey, ¿cómo estás? Te quiero ver. De pronto Mariano se sintió mil veces más liviano; terminó lo que quedaba en el vaso y fue casi como si brindara. Se sintió rescatado. Yo también, contestó, y cuando ella dijo que estaban saliendo de merendar en el Midtown escribió: ¿nos encontramos en Battery Park? Me parece que no llueve.

Sí llovía, y cuando Fernanda salió del bar con Rosa de la mano, buscó el paraguas para abrirlo y se dio cuenta de que no lo tenía más. Podía estar en cualquier parte, pensó con fastidio, en alguna juguetería, en el bar, imposible saber. No pensaba volver a buscarlo. De alguna manera era justo: sería de alguien más, alguien que lo recogiera como había hecho ella. Maldijo la idea de ir a un parque bajo el agua pero también pensó, después del arranque de mal

humor, que en ese momento hubiera ido a cualquier parte de la ciudad con tal de encontrarse con Mariano. Se puso la capucha del piloto y caminaron hasta la estación del subte. Hacía frío, cada vez más, y empezaba a hacerse de noche. Se bajaron casi frente al río;

cuando vio al papá, Rosa salió corriendo y se arrojó en sus brazos. Enseguida llegó Fernanda, con algunas bolsas que Mariano cargó después de besarla. La miró a los ojos con esa mirada que los dos conocían, la que significaba "olvidémonos de todo". Estaban contentos. Mariano tenía ganas de que hicieran algo los tres juntos y propuso tomar el ferry a Staten Island para ver la ciudad desde el río. Pasa cerca de la Estatua de la Libertad, le dijo a Rosa, que se puso a saltar encantada.

Recorrieron la costanera al borde del agua negra, que duplicaba las luces de los edificios. La llovizna persistente que había durado todo el día no se iba a detener, estaba claro, y tampoco podían perderse la ciudad solo porque lloviera.

Enseguida llegaron a la terminal, con el cartel gigante de neón azul que decía STATEN ISLAND FERRY. La sala de espera estaba llena de gente, la mayoría trabajadores que volvían a su casa al final de la jornada; había chicas negras con el pelo alisado, zapatos y pantalones de vestir, que quizás fueran secretarias, mujeres con zapatillas que parecían empleadas domésticas, hombres de corbatas y sacos que no les ajustaban bien. Mientras esperaban el barco, que salía cada quince minutos, compraban hot dogs y paquetes de papas en los puestos de comida de la terminal. Fernanda no soltaba la mano de Mariano, le miraba los hombros, los dedos más gruesos entrelazados con los suyos.

Antes de que el ferry terminara de descargar a los pasajeros que venían de Staten Island, muy pocos a esa hora, la multitud se agolpó frente a la puerta.

—No importa —dijo Fernanda—, igual nosotros queremos ir atrás.

En ese momento las puertas se abrieron y todo el mundo se apuró para conseguir asientos. Rosa quiso correr, pero Fernanda la paró: no, hija, nosotros nos quedamos acá afuera. No había dejado de llover ni por un segundo, un agua fina como rocío, pero ya se estaban empezando a acostumbrar. Enseguida sonó una sirena, el ferry empezó a moverse, la terminal se hizo más y más chica. La ciudad se alejó con su brillo, ese fulgor potente que aclaraba el cielo. Era de noche; los rascacielos más luminosos formaban estelas de claridad sobre el río.

En la superficie del agua que a esa hora parecía más densa, como aceite, la ciudad temblaba. A lo lejos se veían las luces planas de New Jersey y Staten Island; al costado del barco, sus propios faros hacían visible el trazo de espuma

blanca que dejaba al pasar. Habían subido al ferry por esa vista pero Fernanda quiso entrar, hacía demasiado frío.

En el interior había muchos asientos libres; Rosa eligió tres junto a la ventanilla.

Pidieron permiso a las personas que ocupaban el asiento de enfrente y se acomodaron para ver la Estatua de la Libertad, que de todas maneras no se veía muy grande. Mariano le sacó un par de fotos pero no le vio mucho sentido; era como sacarle a la luna con un celular.

Rosa miraba todo arrodillada sobre su asiento, con la cara pegada al vidrio.

—Qué misteriosa, ¿no, mamá?

—Sí, parece misteriosa —se obligó a contestar Fernanda, y se quedó mirando fijo la ventanilla. Pensó que estaba alucinando porque de repente vio cómo una mano, el reflejo débil de una mano desnuda en el vidrio, se acercaba a la espalda de Rosa. Fue un segundo, y la reacción de Fernanda fue inmediata: se tiró encima de la hija y le pasó los brazos alrededor, la atrajo hacia ella. En su mente aparecieron como un rayo las palabras de Rosa más temprano: siempre está.

—¡Mamá, salí! —dijo la nena, que sacudió los hombros para sacársela de encima.

Pero Fernanda no aflojó el abrazo; no podía, aunque frente a ella solo estuvieran su hija, el vidrio, la Estatua de la Libertad allá lejos, como una lámpara. Hizo sentar a Rosa al lado de ella y le rodeó los hombros con un brazo, la apretó fuerte. Mariano la interrogó con la mirada y

Fernanda se esforzó por devolverle un gesto despreocupado, para que no la mirara más. La nena protestó, porque quería volver a la ventana, pero Fernanda le dijo “quedate un ratito”, y no supo a quién estaba tratando de consolar. Estaba sugestionada, en ese momento lo sintió con mucha nitidez, y el viaje por el río de noche no ayudaba.

Cuando volvió la mirada, la sorprendió una mujer que estaba sentada enfrente y la miraba a ella. Era mayor, con el pelo canoso; estaba asustada y tenía los ojos saltones y tan abiertos que Fernanda también se asustó. Espantada era la palabra, pero no entendía si de lo mismo que Fernanda había visto, o de ella. Parecía que estaba a punto de decirle algo pero cuando Fernanda la miró directo a los ojos, como interrogándola, la mujer se paró, agarró de la mano al chico que tenía sentado al lado y empezó a alejarse rápido. A los pocos metros se tropezó con otro pasajero, que llevaba las piernas abiertas y sobresaliendo hacia el pasillo. Se

armó un revuelo; Fernanda no pudo escuchar porque no estaban cerca y hablaban con un acento que para ella era imposible. Parecía que habían cruzado un par de insultos, nada más, y después la mujer se había perdido al otro lado de una puerta.

Mariano miró otra vez a Fernanda.

—¿Qué pasó?

—Nada, una pavada, una pelea entre dos pasajeros.

Pero le costó fingir, porque estaba claro que esa mujer había visto algo. Fernanda no sabía si era lo mismo que había creído ver ella, pero tenía que ser. Y aunque no estaba segura de nada, se preguntó si eso que aparecía se quería mostrar o si, al revés, se estaba ocultando.

En la terminal de Staten Island fueron muchos los que bajaron, pero solo ellos los que no se fueron a los pocos segundos. Cuando el lugar quedó vacío, lo recorrieron con cierta aprensión, al menos Fernanda. Sobre los pisos se alargaban las luces de los locales que seguían abiertos, pero ya no atendían a nadie. Había un silencio inesperado, después del tumulto de la gente, y los carteles electrónicos con anuncios sobre la próxima partida del ferry pasaban para nadie. Fernanda alcanzó a Mariano y le puso la mano en el brazo.

—Esperame, por favor.

—¿Qué pasa? ¿Te da impresión?

—Un poco, la verdad. Está muy vacío. No sé si hicimos bien en venir.

—¿No es más peligroso lleno que vacío? ¿En qué quedamos?

—Ya no sé.

Rosa corrió hasta ellos para anunciarles su descubrimiento:

—¡Pizza! ¿Podemos comprar?

Fernanda suspiró hondo y dijo:

—Ay sí, por favor. Compremos algo de comer, algo caliente.

Comieron sentados en la sala de espera, en el rato que tardó en salir el próximo barco.

En el viaje de vuelta estuvieron callados. Como solía suceder, los estados de ánimo de Fernanda se le contagiaban muy rápido a Mariano, y Rosa estaba cansada. Esta vez se sentaron afuera, a pesar del frío; Fernanda no quiso saber nada con quedarse adentro y mirar por la ventanilla. Algo de la llovizna infame que seguía cayendo los alcanzaba de vez en cuando. El río era una sola cosa negra, compacta, tan oscura que parecía desaparecer bajo el camino de hormigas luminoso que se formaba a lo largo de la costa. Hasta la Estatua de la Libertad le pareció fantasmal a Fernanda, envuelta en sombras, como apoyada sobre nada.

Todo era misterioso y de una belleza aguda, cargada de peligro.

La mano de Rosa estaba tibia, envuelta en la de su madre, como les gustaba a las dos. De pronto se soltó y empezó a buscar algo en su mochila, demasiado chica para ser útil, pero que le encantaba llevar a todas partes. Todo pasó muy rápido; Fernanda vio sorprendida cómo Rosa se acercaba a la baranda, apoyaba una mano y se ponía en puntas de pie, mientras con la otra mano tiraba algo al agua.

No llegó a ver qué era, se preocupó más bien por acercarse y decirle que tuviera cuidado, que el piso estaba resbaloso. Cuando estuvo al lado entendió lo que acababa de pasar, aunque era inexplicable. Allá lejos, en la estela del barco, había un punto blanco que se alejaba; se dio cuenta de que era TwinBee. Miró a Rosa, que tenía la vista fija en el muñeco, ya casi invisible, y que después la miró sin decir nada y volvió a sentarse junto a su padre.

Había algo en el silencio de la hija que a ella también la había dejado

muda.

Tenía ganas de preguntarle por qué, qué hiciste, cómo se te ocurrió, ¿no te importa? Pero no dijo nada porque tuvo la sensación de que, más allá de lo que Rosa pudiera decir, lo que acababa de hacer era secreto. Algo trascendente, así lo sintió Fernanda, que acaso por primera vez, había pasado justo enfrente de ella y no la involucraba, así que ninguna de las dos habló. Solo quedó el movimiento del barco y el ruido del agua que chocaba contra él.

En los días siguientes recorrieron la ciudad, a veces de acuerdo al cronograma que habían armado y a veces no. Fueron a Williamsburg, no les gustó, se tomaron un ferry para ir a Queens, visitaron el barrio ruso, vieron a los judíos ortodoxos con su ropa negra descansando al lado del río, quisieron subir al Puente de Brooklyn y sin entender cómo se subieron al Puente de Manhattan, lo cruzaron en soledad, mirando el otro puente lleno de turistas a lo lejos y padeciendo el ruido del metro que pasaba cada varios minutos, discutieron para ver quién tenía la culpa de que se hubieran equivocado, vieron una cancha de béisbol desde la altura, vieron un colegio, vieron el Barrio Chino con sus carteles verticales y se entusiasmaron al bajar del puente, recorrieron esas calles llenas de puestos de comida y tiendas y frutas de las que no sabían el nombre, pescados y mariscos, puertas diminutas que llevaban a un piso de arriba donde no era difícil imaginar escenas de una película de mafia, llegaron a Little Italy, en la calle los mozos que hablaban inglés con un acento italiano impostado les ofrecieron la mejor pasta del mundo, no la aceptaron, comieron cannoli, tomaron café, se deslumbraron con el encanto medio espontáneo medio calculado de esas calles con trattorias y luces de colores, se perdieron, se pelearon para ver quién tenía la culpa de que se hubieran perdido, caminaron por el East Village, les encantó, pasaron por Times Square, les pareció un infierno, fueron al MoMa, hicieron cola para dejar bolsos y mochilas, se apiñaron con un montón de turistas para sacar una foto de La noche estrellada de Van Gogh, caminaron por Broadway, decidieron que era demasiado caro ir a ver una obra, recorrieron de nuevo Central Park bajo la lluvia, fueron a Riverside Park, tomaron helados, le compraron a Rosa cuanta chuchería se les cruzó por el camino y Fernanda todo el tiempo trató de decirse no pasa nada, está todo bien, no pasa nada. Por momentos funcionó.

Una semana después, salieron del subte en una esquina muy diferente al Brooklyn del que venían. Habían dedicado la mañana a recorrer Dumbo y subir al puente de Brooklyn, después comieron pizza en Grimaldi's y por último Fernanda quiso recorrer Brooklyn Heights, que

les había parecido precioso.

Check check check, bromeaba ella, mientras tachaba cosas de la lista y estaba contenta porque por un bendito día, si bien estaba nublado, no llovía. A la tarde habían decidido conocer Green-Wood, un cementerio antiguo de Brooklyn, a pedido de Fernanda. Hoy es tu día, le repetía Mariano, no te podés quejar, y ella lo besaba parodiando el papel de la esposa agradecida.

Acá ya no había brownstones sino una avenida con casas y locales de una planta, de vez en cuando un edificio con un cartel publicitario pasado de moda pintado en el costado, y un Dunkin Donuts de aspecto prefabricado en una esquina. Lo bueno era que no había nadie, y menos en las dos cuadras que hicieron por una calle de depósitos y garages para llegar a la entrada de lo que en el momento de su fundación, en 1838, había sido un cementerio rural. La puerta enrejada altísima, al menos, estaba abierta. Según el horario que habían consultado en internet, tenían unas tres horas para recorrerlo. Pensaron que podía alcanzar, quizás porque estaban confundidos de tanto mirar mapas, o porque el terreno ondulado sobre el que estaba construido el cementerio no los dejaba ver su verdadera extensión. Atravesaron la reja y subieron una pendiente suave hasta una nueva entrada, más espectacular, de un neogótico local hecho en brownstone, la misma piedra de buena parte de las casas de Brooklyn.

Fernanda la había visto en un grabado de la década de 1880 y había pensado que quizás la entrada estaba concebida para ser mirada al revés, desde el terreno más alto al fondo del cementerio. En esa ilustración en blanco y negro, toda la estructura con sus torres y arcos parecía una iglesia gótica que sobresalía por encima de las copas de los árboles. Al fondo el río, y una luna gigante que se proyectaba sobre el agua, le daban a todo el conjunto el aspecto de un cuento, no de terror, sino más bien plácido en su misterio nocturno.

Al frente de la entrada estaban esculpidos Lázaro, Jesús, el hijo de la viuda, todo el catálogo de resurrecciones que en la infancia la madre de Fernanda, católica, le había transmitido como verdades. Eran historias reales que habían sucedido en un pasado lejano, eso sí, cuando ese tipo de milagros era posible. No lo tenía muy claro pero parecía que, en algún momento, volver los muertos a la vida había empezado a ser cosa del demonio. Bajo uno de los arcos había una oficina que estaba poco iluminada a esa hora de una tarde gris.

—¿Qué hacés? —dijo Mariano cuando vio que ella entraba, y le apoyó la mano en el brazo.

—Y qué sé yo, quiero avisar que estamos. Capaz hay que sacar una entrada.

—Pero me dijiste que era gratis, ¿no?

—Gratis sí, pero capaz que te dan un papel. No sé, me da vergüenza no anunciarnos y que nos encuentren dando vueltas por ahí.

Finalmente entraron todos, pero no había nadie detrás del mostrador. Solo encontraron algunos planos del cementerio apilados sobre una mesa. Fernanda agarró uno y lo miró por encima, con pocas ganas de hacer el esfuerzo de relacionar el espacio real con el dibujo intrincado que se veía ahí, lleno de curvas, nombres, referencias. Después salió de la recepción y pasó bajo el arco de entrada, pero se dio vuelta para buscar la mano de Rosa. La nena, un poco más atrás, vacilaba. Algo en el aire, en la quietud absoluta en la que estaba inmerso el lugar, la detenía.

—Vamos, hija, te va a encantar —prometió la madre, y se preguntó si Rosa no estaría imaginando cosas, asustándose solo por la fuerza con la que pensaba, como le había pasado tantas veces.

Era imposible no notar la resistencia de Rosa, pero Fernanda siguió caminando, confiada en que la nena la iba a seguir; aunque no quisiera meterse entre las tumbas, mucho menos querría quedarse sola ahí en la entrada. Mariano le ofreció hacerle caballito y, aunque ya estaba grande para que la llevaran así, Rosa aceptó encantada. Fernanda se adelantó, miró alrededor y no supo por dónde empezar; el terreno ondulado se abría en varios senderos, la mayoría curvos, y casi nunca podía verse adónde llevaban. Había pocas vistas abiertas; recorrer Green-Wood era más bien dejarse sorprender por lo que hubiera al otro lado de cada loma, cada cuesta. De pronto uno podía ir hacia abajo y encontrarse en medio de una serie de mausoleos incrustados en el terreno, como cuevas, junto a las raíces de olmos y hayas centenarios, o subir una colina y descubrir una zona más antigua, donde las lápidas erguidas hacía casi dos siglos se inclinaban y caían sobre la tierra. La imaginería religiosa brillaba por su ausencia a excepción de alguna Piedad, algún ángel italiano esculpido en bronce, que llamaba la atención como si una criatura realmente de otro mundo se hubiera posado ahí. En cambio, los homenajes humanos proliferaban: obeliscos, columnas, monolitos e inscripciones en piedra, las más viejas de familias importantes, comerciantes y empresarias, que habían puesto el broche de oro a su prestigio social al hacerse enterrar ahí, en un tiempo en el que las personas no se sentían verdaderamente importantes a menos que supieran que algún

día iban a ser sepultadas con importancia.

A pesar de que habían estado a punto de no ir y de que no había sido fácil convencer a Mariano, porque le parecía tétrico incluir un cementerio en el itinerario de unas vacaciones, Green-Wood fue enseguida el lugar preferido de Fernanda. Era otro mundo. En ese punto del otoño, el pasto seguía siendo de un

verde reluciente en algunos sectores, pero en otros estaba repleto de hojas amarillas. Los naranjas y rojos en las copas de los árboles eran un incendio y la falta de luz solar, que apenas podía atravesar el manto compacto de nubes que cubría la ciudad, le daba a todo el lugar un carácter opaco, grave, más profundo.

Estaban, lo podían sentir, en suspenso. El cementerio parecía haberse sustraído, solo para ellos, a la rutina de los días soleados, los visitantes que llevaban flores, los cuidadores que deambulaban entre las tumbas. Parecía que el lugar revelaba su verdadera esencia en esa época del año, justo cuando una parte de él, en un goteo delicado sobre las tumbas y las lápidas, estaba muriendo.

Fernanda pensó que no todos los cementerios podían ser parques, pero hubiera sido ideal. Había algo orgánico en la forma en que las tumbas se dispersaban sobre el terreno, sin que se notara cuál era la disposición de las parcelas, y por lo tanto sin ese efecto de serialización de otros cementerios donde los muertos se alineaban uno junto a otro, se apilaban incluso en compartimentos todos iguales como para que no tuvieran, ni ellos ni los vivos, la ilusión de que algo los diferenciaba. En cambio Green-Wood parecía una especie rara de bosque donde, en medio de robles y arces, las piedras, lápidas y monumentos crecían directamente del suelo y eran cubiertos con gracia por las copas de los árboles que se inclinaban hacia ellos, solo un poco, para darles cobijo. Las distintas épocas, desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad, estaban mezcladas, y tanto podían verse estatuas de niñas recogiéndose la falda y peinadas con bucles, en las tumbas de las que habían muerto jóvenes, como un oso casi de tamaño natural trepado sobre un bloque de piedra, una pirámide cuya entrada estaba resguardada por leones, y también simples lápidas de forma redondeada que amenazaban con caerse, semihundidas en el pasto y con los nombres casi borrados, ilegibles. El tiempo y las fuerzas naturales habían hecho que, en menos de doscientos años, el propósito de esas piedras con relación a la memoria y la permanencia se revelara como algo frágil, y en su derrota parecían poner en duda la persistencia misma de todo el cementerio, que debía demandar un trabajo de mantenimiento constante para no ser tragado también por

eso que a pesar de todo era naturaleza.

Fernanda subió hasta una especie de claro donde había un banco de madera bajo un cerezo, y le hizo señas a Mariano para que se acercara. Cuando él también subió, y dejó a Rosa en el piso después del esfuerzo de cargarla durante una hora, se sorprendió al descubrir a lo lejos el perfil de Manhattan, opaco bajo ese cielo, casi flotando por sobre las copas de los árboles. Era raro entender de

pronto dónde estaban, ubicarse de una manera más concreta que en el mapa.

—Es espectacular —dijo Mariano, y miró a Fernanda. Estaba contento.

—Te dije —respondió ella, pero sonreía.

—Igual después me vas a explicar cómo se te ocurrió. No sé… Siempre les escapás a los cementerios. O por lo menos hasta lo de tu mamá.

—Todos les escapamos a los cementerios, ¿no? Hasta que al final te alcanzan.

—Ay, Fernanda, por Dios, ¿qué te pasa?

Fernanda dejó de sonreír de golpe y se dio vuelta para comprobar que Rosa estaba cerca, buscando ramitas en el pasto. No quería que Mariano viera la expresión en su cara, que ella no hubiera sabido explicar. No se podía quejar de que él estuviera pendiente, de que le preguntara cómo estaba, pero a la vez había algo en ser mirada, interrogada, que no le daba aire para que las cosas simplemente le pasaran. No que le sucedieran sino que le pasaran, literalmente, a través del cuerpo, e hicieran su camino silencioso. Porque no estaba pensando en su madre, como creía él, sino en la única vez que ella había sentido que estaba a punto de morirse bajo las luces blancas de una sala de operaciones, como un animal, con las manos atadas.

Había tenido un embarazo sin complicaciones, con bastante malestar en el primer trimestre y un cansancio extremo que no parecía provenir de ninguna parte más que de adentro de ella misma. Era una fuerza que la tiraba en la cama, la dejaba agotada y le sacaba la energía hasta que solo quedaba bostezar y dormir, entregarse. Pero en los meses siguientes se había recuperado y había podido trabajar, hacer ejercicios, preparar la habitación del bebé. El obstetra, mientras tanto, la alentaba a seguir adelante con toda la normalidad que pudiera y le anunciaba, en cada control, que solo pensaba esperarla hasta la semana cuarenta. Pasado ese límite, le haría una inducción. Fernanda

se había atrevido a preguntarle si era totalmente necesario, porque había leído casos de mujeres que habían parido hasta la semana 42 y sin problemas, pero él explicaba que era el protocolo en la clínica y que eso no significaba que no pudiera parir como ella deseaba. La noche en que se cumplieron las cuarenta semanas había llorado desconsolada y Mariano, atendiendo al estado emocional en que estaba su mujer, la había consolado antes de decirle con firmeza que a la mañana siguiente irían a la clínica. Unas horas después, con las ojeras marcadas por una noche turbulenta,

cargó las cosas en su bolso como una condenada y siguió a Mariano sin hablar.

En la clínica esperaron bastante; el médico de Fernanda no aparecía por ningún lado ni contestaba el teléfono. Finalmente otra obstetra los atendió, revisó a Fernanda y les pidió que esperaran afuera. Mariano y ella se miraron preocupados mientras iban a sentarse a la sala de espera; la incertidumbre se ensanchaba delante de ellos como una rotura en un caño, y no se detuvo cuando una enfermera se acercó con una silla de ruedas y le dijo a Fernanda que la llevaría a su habitación. ¿Por qué no podía ir caminando, si así había llegado hasta la clínica? Todo parecía, de pronto, una mala señal. Mariano siguió a Fernanda hasta una habitación celeste, donde la enfermera dijo que le daría unos minutos para acomodarse y luego pasaría a ponerle el goteo para comenzar con la inducción. Ante la pregunta de Fernanda por su propio obstetra, dijo que no sabía nada.

—Llamalo por favor, Mariano, esto no puede ser —dijo con la voz quebrada. Se sentía aturdida, con poca capacidad para contener la catarata de preguntas que la inundaba y que al parecer no le importaba a nadie.

Mientras se sacaba la ropa y se ponía el camisolín, Mariano se puso de espaldas a ella para que no mirara el teléfono y la sucesión de llamadas perdidas que registraba la pantalla. Pero ella, que lo miraba ansiosa, se dio cuenta. Se quedó sentada en la cama, con la vista fija en el piso, tratando de entender por qué estaban ahí.

—Mariano, vamos. Vámonos a casa. Esto está mal —dijo de pronto, quizás con demasiado énfasis.

—¿Qué decís? Acá te van a atender, ellos saben lo que hacen. Cómo nos vamos a ir, Fernanda, por favor. Pensá un poco lo que estás diciendo.

—Pero ¿por qué no podemos esperar unos días? Quiero hablar con Trejo por lo menos.

—Porque ya está, te acaban de decir que vas a parir hoy. Fernanda, en serio te digo, ¿qué es lo importante ahora? Estamos en la clínica, va a estar todo bien.

Fernanda lo sintió como un disco rayado, que repetía todo el tiempo lo mismo.

No le pudo explicar la desesperación de que no te quisieran escuchar, ni gritarle, como hubiera querido, que lo que estaba pasando le pasaba sobre todo a ella.

Mariano no soportaba que ella dijera eso; siempre la corregía: “a los dos”. Al

rato la obstetra que los había visto apareció en la puerta, y sintieron que por fin iban a sacarlos del limbo.

—Hola, mami, acá estoy —dijo la doctora—. Trejo no va a venir, está de viaje.

Ya hablé con él y me dijo que me encargue, me pasó tu plan de parto. No te preocupes que va a estar todo bien.

Fernanda sintió que acababan de rescatarla, y sonrió agradecida. Mariano se acercó y le tomó la mano. La doctora les explicó que, con el goteo, Fernanda debía dilatar en un par de horas y entonces pasaría para hacerle un primer tacto.

—Hoy te vas a casa con tu bebé, mami. ¿Cómo se llama?

—Rosa.

—Precioso, me encanta. Nos vemos en un rato, chicos —dijo la mujer, y dejó la habitación con una sonrisa.

Todo lo que vino después fue una andanada de hechos confusos y miedo creciente que a Fernanda le llevó varios meses entender. El tiempo se había acelerado; las contracciones empezaron a crecer como un oleaje insoportable, los gritos de Fernanda hicieron que Mariano se crispara y buscara desesperado a la enfermera, Mariano se enojó con ella porque se quejaba de cómo estaban sucediendo las cosas, dudaba, quería plantearle cosas a la doctora y él le decía no seas infantil, lo importante es que el bebé esté bien. Unas horas después, mientras

Fernanda se retorcía en la cama derrumbada por un dolor que le atenazaba la parte baja de la cintura, la obstetra le había hecho un tacto y había comprobado que la dilatación no avanzaba, pero el monitoreo daba que los latidos del corazón del bebé se estaban desacelerando. Tenían que ir a cesárea de urgencia.

Los recuerdos del momento en que la prepararon para el quirófano eran confusos para Fernanda. Mientras la desinfectaban se veía acostada, con el pecho de Mariano cerca y sin saber adónde dirigir la vista: las luces arriba, la cara de él, descompuesta de preocupación, las enfermeras ocultas detrás de cofias y barbijos, que la tocaban sin mirarla. De pronto estuvo sobre una camilla que rodaba por pasillos demasiado iluminados y se encontró, con las manos atadas, mareada por la anestesia, frente a un lienzo que la partía en dos y le ocultaba todo lo que pasaba al otro lado, que ya no dependía de ella, que no podía nada.

Creyó que lloraba, pero no estaba segura. Había olor a sangre, a amoníaco. Las

manos de Mariano, irreconocible con la cara tapada, no sabían cómo sostenerla, cómo consolarla. A partir de entonces no sintió nada; ni las conversaciones de las personas que se ocupaban de lo que fuera que estuviera pasando al otro lado de esa cortina, ni las palabras que Mariano le susurraba al oído, tratando de reconfortarla, ni nada que no fuera esa luz cegadora desde arriba y las ganas de cerrar los ojos y quedarse dormida, de no estar. Ni el esfuerzo que tuvo que hacer cuando por fin le pusieron una criatura al lado, recién nacida, roja, y no pudo verla porque apenas lograba torcer el cuello hacia un costado, y de todas formas trató de sonreír cuando le dijeron mirá, mamá, acá está, dale un beso a tu hija. Se sentía cada vez más débil, hasta que todo se puso negro y cerró los ojos porque necesitaba entregarse a eso que la chupaba, mientras percibía a lo lejos el revuelo, el choque de los instrumentos y la voz del obstetra que decía

“hemorragia”.

La transfundieron, y después de unas horas pudo reencontrarse con su hija.

Nunca dejó de preguntarse qué hubiera pasado si se hubieran ido de la clínica, si los hubieran dejado esperar un poco más. Tampoco le contó del todo a Mariano lo que había sentido ese día y los que siguieron, cómo se había parecido a morir, porque él clausuró para siempre la historia con una frase: lo importante es que salió todo bien, y se la

repitió cada vez que ella sacaba el tema del parto de Rosa.

Se la dijo a todos los que preguntaron cómo había sido la cesárea, se la dijo a él mismo, se la dijo a Fernanda y a Rosa cuando tuvo edad para escucharla, como si sellara un expediente que no tenía que volverse a abrir.

La que estaba furiosa con Mariano era Beatriz, que llegó a la habitación mientras Fernanda dormía. La hija se despertó con un beso en el pelo y la vio inclinada sobre ella. Entonces sí, rompió a llorar. La mamá le sostuvo la mano y no dijo nada, hablaron después. Le contó que se había imaginado una tumba, un entierro trágico, el de una madre que no había podido ser, con el llanto de un recién nacido de fondo. Unos años después, cuando Fernanda tuvo que enterrar a su madre, lo hizo con dolor pero entendió que las cosas tenían que ser así: primero la madre, después ella, después Rosa, dentro de muchos años. Ahora no le molestaba pensar que podía descansar para siempre en un lugar así, como Green-Wood, con las hojas marchitas cayendo sobre su tumba como el contenido de un reloj de arena.

Estaría con Nancy McKnicle, fallecida en 1867, con Katie McDowell, en 1882, con Josie, cuyo nombre desnudo se podía leer en una piedra hundida en el suelo, todas ellas sepultadas varias décadas atrás, que yacían entre árboles mientras la

ciudad allá abajo se transformaba a toda velocidad. Se daba por sentado que los muertos descansaban. Era lo que se decía de los cementerios, que eran lugares de reposo, sitios de paz. Hasta sus nombres replicaban la idea: El recuerdo, Parque de paz; no fuera cosa que los vivos, que iban de visita y luego, cuando las puertas enrejadas se cerraban a sus espaldas, volvían a su normalidad de seres mortales pero no todavía, pensaran que las visitas podían darse también en la dirección contraria.

Estaban muy seguros de que estaban solos. Fernanda miraba alrededor y le daba alivio la soledad, la inmovilidad absoluta de todo lo que no fuera ellos. Era difícil imaginar el tiempo, pero trató. Los dos siglos de agitación y trabajo, de crecimiento, de tierra removida y vuelta a remover, excavada, los entierros, los carruajes que llegaban trayendo un féretro muy ornamentado, las personas que se congregaban alrededor de la fosa para llorar, arrojar un puñado de tierra, las paladas, los gritos, esos agujeros que se abrían y se volvían a cerrar, que eran negros y amenazantes cuando estaban abiertos y después el césped, las flores, las piedras, venían a posarse sobre ellos y ocultarlos para que hubiera otra cosa que mirar, para que todo en la superficie

pareciera sereno, un jardín, un refugio.

Tanto silencio, a pesar de la carne que se pudría debajo, y quién sabe qué otra actividad secreta. Todo lo que Fernanda no vio, que se arrastraba cerca de la tierra. Todo lo que se tomaba por el viento rozándoles la cara, moviendo las hojas de los árboles.

—¡Mami! —escuchó de pronto Fernanda a sus espaldas.

Rosa se acercó y abrió una mano; la tenía llena de piedras. Recién ahí Fernanda se dio cuenta de que se había distraído con pensamientos que Mariano podía haber calificado como pesimistas, oscuros. O le hubiera dicho lo de siempre: vos estás loca.

—¡Las junté yo sola! ¿Me las guardás en tu cartera? —dijo Rosa extendiendo la mano cargada.

Fernanda dudó. La ponía incómoda la idea de llevarse algo de ese lugar.

—¿Te parece si mejor las dejamos arriba de una tumba? La que te guste más —

propuso.

—Pero son mías.

—Bueno, más o menos. Mirá: en algunos cementerios, en vez de dejar flores en las tumbas se dejan piedras. ¿No está bueno? Podemos hacer eso.

—Pero ¿para qué?

—Para que sepan que vinimos.

A Rosa le encantó la idea, y se puso a recorrer las lápidas y monumentos para elegir uno. Fernanda la observaba. Sobre un pedestal de poco más de un metro de altura, una nena que aparentaba la edad de Rosa miraba hacia abajo. La estatua estaba ubicada de tal modo que cualquier visitante que se parara enfrente de la tumba quedara al alcance de sus ojos. Rosa la miró unos segundos y después se alejó pensativa; era bastante rara en ella esa seriedad. De repente se dio vuelta y dijo:

—¿Es una nena que murió?

—Debe ser.

—Se las quiero dejar al oso.

—Dale. Llamemos a papá y lo buscamos.

Mariano estaba a unos metros, sacando fotos a los rascacielos de Manhattan por encima del cementerio. Guardó la cámara y miró el teléfono.

—Uf, qué tarde se hizo. Ya son casi las siete.

A Fernanda le pareció increíble, pero se fijó en su teléfono y sí, había pasado la tarde.

Se dieron vuelta y trataron de recordar por dónde habían venido; no estaban seguros. Mariano desplegó el mapa, pero la verdad era que lo habían tenido guardado todo el tiempo y ahora no les decía nada. De todas formas trató de ubicarse: allá Manhattan, acá una de tantas colinas, tumbas, un banco bajo un cerezo. Podían estar en cualquier parte. Fernanda opinó que lo mejor era moverse, que de alguna manera se irían orientando, y empezaron a caminar. Se guiaron por los lugares que les resultaban conocidos. Mientras tanto la tarde se iba volviendo de un gris más plomizo; el cielo parecía acercarse a la tierra y pesar. Rosa preguntó por la estatua del oso, pero le dijeron que tendría que quedar para otro día. Enseguida quiso saber qué pasaba si no llegaban a la puerta, si los dejaban encerrados. Fernanda le aseguró que era imposible, que los guardias les iban a abrir, que no podían dejar a nadie adentro. Pero lo cierto era que no se habían cruzado con ninguna persona en todo el recorrido, así que ella también se preguntó qué pasaría. Tendrían que saltar la reja, eso. La recordaba altísima.

Ya algo nerviosos, siguieron bajando, porque Fernanda tenía la teoría de que no habían hecho otra cosa que subir, aunque Mariano no pensaba lo mismo. De una zona muy arbolada pasaron a otra más abierta y se dieron cuenta de que ahí no reconocían nada; había una especie de casa con techo de tejas, seguramente relacionada con el mantenimiento del lugar, y una rotonda, y más colinas, árboles y declives. Más cementerio, sin salida a la vista. Los sorprendió que la entrada gótica con sus torres no se viera por ningún lado.

—Te dije que no era por acá —dijo Mariano.

Fernanda ya conocía ese tono severo, el del momento exacto en que empezaba a ser más importante linchar al culpable que resolver un problema. No dijo nada pero lo miró con odio, y luego de reojo a Rosa, que estaba muy al tanto de la tensión entre los padres y de lo que eso significaba.

—Mami, ¿estamos perdidos?

Fernanda le juró que no, pero apenas sabía para qué lado seguir. Dejó que Mariano eligiera; que algo, al menos, fuera culpa suya. Más para no alarmar a Rosa que por convicción real, él les indicó una dirección con la mano y empezó a caminar con energía. Hicieron un tramo bajo copas de árboles frondosos otra vez, hasta que Mariano se detuvo de pronto; Fernanda supo por qué. Sea donde fuera que estaban, ya habían estado antes. Era la parte más salvaje del cementerio, con pastos crecidos y lápidas dispersas, derrumbadas. Les había llevado un largo rato llegar hasta ahí, así que la salida no podía estar cerca. El llanto de Rosa rompió la quietud. Me quiero ir, decía, nos van a dejar encerrados, y Fernanda y Mariano evitaron mirarse para que no estallara una pelea y la asustara todavía más. Por fin Fernanda se iluminó, o fingió que se iluminaba, y eligió otro sendero que cruzaba una loma con escaleras de piedra que subían hasta las tumbas.

—¿Pero vos estás segura? —empezó Mariano, levantando la voz, y Fernanda lo cortó con una mirada.

De la mano del padre, Rosa caminaba con los ojos cerrados mientras no paraba de llorar.

—Vení, te hago caballito otra vez —le dijo él, y la nena se aferró como un náufrago a la espalda ancha de Mariano.

Fernanda iba adelante y se alegró al reconocer una pirámide egipcia con dos esfinges a los costados, imposible de confundir con otra tumba. De a poco la luz, escasa todo el día, se retiraba y los hundía en la penumbra, porque en ese momento atravesaban una especie de depresión entre lomas poblada de árboles altos, a la que apenas llegaba alguna claridad. Había algo mortuorio pero también precioso en un momento así, sintió Fernanda, en estar asistiendo a un final que no dependía de uno y solo podía contemplarse. Tanto silencio. Cada vez más, porque parecía crecer y, si uno trataba de pararse a escuchar, daba la sensación incluso de que algo le podría susurrar un secreto. Fernanda cerró los ojos y prestó atención, pero no había nada. Solamente esa quietud, la garantía de que todo estaba en orden y de que cada cosa estaba en su lugar, y se podía visitar el cementerio y después irse y los muertos quedaban ahí, muertos, bajo llave. Se dio vuelta y vio que Mariano y Rosa habían quedado atrás. Lo mejor era esperarlos para no separarse. Subió la escalera que llevaba hacia lo alto de una loma y se encontró en una parcela donde le llamó la atención un monumento rodeado de lápidas, seguramente un grupo familiar. Era una pequeña torre gótica

que albergaba una escultura de un barco; no alcanzaba a ver bien bajo la doble penumbra de las nubes y los árboles, así que la iluminó con la linterna del celular. Sí, era un barco, que estaba escorado y al parecer hundiéndose. Quizás los nombres que figuraban en una lista al costado del monumento con la misma fecha, 1854, eran de los muertos en el naufragio. Le dieron ganas de saber quiénes eran. Después de sentarse en una de las tumbas, apagó la linterna del teléfono y los googleó. Apareció muy rápido la historia: el buque de vapor se llamaba Arctic, pertenecía a una compañía que transportaba cargas y pasajeros y en su ruta de Liverpool a Nueva York había chocado con una embarcación francesa de menor tamaño, el Vespa, cerca de la costa de Newfoundland. El naufragio era particularmente trágico porque de unas trescientas personas habían sobrevivido solo ochenta y cinco, todos hombres. En medio de una niebla espesa, después de chocar, la tripulación había tratado de accionar las bombas para disminuir el flujo de agua descontrolado que ingresaba a través de una rotura en el casco pero, al ver que no funcionaba, se habían lanzado desesperados a los botes salvavidas. Nadie salvó, ni trató de salvar, a las muchas mujeres y niños, que murieron ahogados cuando el barco terminó de hundirse cuatro horas después. El capitán, fiel a la costumbre, se había quedado a bordo, pero luego de irse a pique junto con su nave había salido a la superficie. Lo encontraron flotando dos días después, aferrado a unos restos del naufragio.

Desde abajo de la loma, la voz de Rosa llamó a la madre. La habían ubicado gracias a la luz del teléfono. Fernanda bajó la escalera apurada y les empezó a contar la historia, como para distraerlos con un cuento y que no le dijeran, sobre todo Mariano, qué hacés ahí, qué te pasa, por qué no cuidás la batería del teléfono o te dedicás a encontrar la salida. Pero a Rosa no le interesaba el cuento ni la idea de estar viviendo una aventura, solo quería irse de una vez por todas.

Ya no lloraba, pero tenía esa voz quebrada de después de una crisis. Fernanda pensó que si tenían la mala suerte de quedarse encerrados en el cementerio, al menos quería decir que les había pasado algo, porque hacer turismo no era algo.

Ni se atrevió a decirlo en voz alta; sabía que Mariano le iba a contestar no digas estupideces, o sos una desagradecida, algo así. Tampoco hubo tiempo porque más adelante, en un claro que atravesaba una calle, apareció un auto con los faros encendidos y un hombre negro los miró, hostil, desde la ventanilla.

—Señor, la hora de visita terminó. Tienen que dirigirse a la salida —dijo en inglés, y a pesar de que no le hablaba a ella sino a Mariano,

Fernanda se acercó

para contestarle que sí, que sabían, pero estaban perdidos.

El guardia les indicó que lo siguieran y avanzó con el auto a paso de hombre, que iba abriendo una zona de luz en los senderos ya oscuros. Rosa no se calmó, al contrario, empezó a llorar de nuevo. La presencia de un extraño que parecía policía y los retaba era demasiado para sus nervios agotados, pero a los pocos minutos vio que la entrada estaba cerca y corrió hasta la reja sin poder creerlo.

Mariano la siguió. Fernanda, antes de salir del cementerio, se dio vuelta para pedirle disculpas al guardia por la demora; él apenas respondió con un movimiento fugaz de la cabeza, malhumorado, y giró el auto en dirección a la entrada gótica.

Afuera, las luces de la ciudad se habían encendido. Salir del cementerio y volver a las calles era como salir de un sueño; eso pensó Fernanda y se lo dijo a Mariano.

—¿Y si es al revés? —dijo él, impostando solemnidad, porque de pronto estaba contento y aliviado—. ¿Si el sueño es esto?

—No, porque en los sueños el tiempo no pasa y en el cementerio tampoco, ¿no te diste cuenta? Nos tuvimos que ir porque los relojes decían que había pasado la hora, pero para nosotros no pasó.

A Mariano le pareció que Fernanda estaba de un humor rarísimo, pero la entendía. A él también lo había afectado. Una vez que habían cruzado la reja y estado frente a una calle pedestre, con autos y portones y carteles publicitarios, el recorrido por el cementerio había perdido realidad, había retrocedido para quedar muy lejos.

Cuando llegaron a la avenida en la que habían bajado del subte, Rosa pidió merendar en Dunkin Donuts y las huellas de llanto que le recorrían las mejillas hicieron imposible decirle que no. Igual a los padres también les gustó entrar a un lugar donde había olor a café, a azúcar. Se sentaron al lado de la ventana; mientras Fernanda miraba el tráfico al otro lado del vidrio y Mariano repasaba las fotos que había sacado, Rosa fue feliz con su comida. Compraron media docena de donas rellenas de chocolate y caramelo, con una masa esponjosa y glaseado brillante de color celeste y rosado, cubierto de una lluvia de granas multicolor. Las donas, ellos mismos, todo se reflejaba en el vidrio, iluminado también por las luces de los autos que pasaban por la avenida. De vez en cuando

Fernanda lo miraba y era para ver hacia afuera pero también para mantenerlo vigilado, por las dudas. Igual ir al cementerio le había hecho bien, estaba más tranquila. Era como una constatación. Los muertos están muertos, se dijo. Se podía ir a visitarlos y después cruzar la entrada del cementerio y dejarlos atrás.

No vio sin embargo, porque estaba inclinada sobre una foto que le mostraba Mariano, la mano que se reflejó justo en el instante en que hacía un movimiento por encima de sus hombros, y después se hundió en su propia invisibilidad.

En la otra punta del local vacío, un empleado le pasaba el trapo a una mesa. Una heladera con un cartel de Baskin Robbins exhibía una variedad de tortas cubiertas de una crema espumosa, de colores pastel. Fernanda sintió en los ojos ese exceso de estímulos y de nuevo le costó el contraste con lo que había pasado un rato antes; el cementerio hundiéndose en la penumbra, el apuro por correr hacia la puerta. Acá todo era brillante y familiar, pero no tuvo la certeza de que fuera más real.

En el subte la luz también le pareció demasiado blanca. Rosa se durmió en el brazo de Mariano, a pesar de que el viaje fue corto. Fernanda miró a los pasajeros hipnotizada, como si hubiera una relación entre todos esos desconocidos y el sonido de cuchillas que con cierta regularidad producía el tren a su paso por las vías.

Clinton Hill estaba oscuro y silencioso. El cielo, violeta, parecía prometer que la posibilidad de lluvia no había pasado y efectivamente, una hora después de que llegaran al departamento, se descargó una tormenta. Fernanda se bañó, preparó la cena, y antes de la medianoche se pudo tomar unos minutos al lado de la ventana para fumar un cigarrillo. Se acomodó dispuesta a relajarse al final del día, uno de los mejores que había pasado en Brooklyn, pero algo, que antes no estaba, la sobresaltó. Sobre el alféizar, justo donde se sentaba todas las noches, había un puñado de piedras prolijamente dispuestas en una fila. Por un segundo le resultó inexplicable, hasta que se acordó de Rosa y la tumba del oso, y la llamó. La hija apareció en piyama y con cara de sueño; a punto de dormir dijo que sí, que eran las piedras que había juntado en el cementerio, pero que ella no las había puesto ahí. Ni siquiera las había tocado después de dejarlas en el bolso de su madre. Te lo juro, le dijo a Fernanda cuando vio que no le creía, y amagó con un llanto cuando Fernanda le preguntó por qué mentía otra vez. Por favor, hija, decime la verdad, pidió, y esperó con paciencia a que la nena juntara valor

y confesara para decirle que la perdonaba y mandarla a la cama con un beso.

Pero Rosa, no entendía por qué, se empecinaba en su versión.

—A ver, mi amor —dijo Fernanda con más dulzura—, ¿entendés que esas son las piedras que juntaste hoy y que ahora están ahí, y alguien las puso? ¿Y si no fuiste vos, quién fue?

Rosa la miró muy seria, y de pronto Fernanda tuvo miedo de lo que pudiera llegar a contestar. Pasaron unos segundos tensos en los que se negó a seguir hablando, porque ahora le tocaba a la hija. Rosa, a su vez, solo esperaba que la madre se cansara y se diera por vencida. Por fin Fernanda cedió, enojada porque la hija se empecinaba en no decirle la verdad, y también triste. No era una travesura tan importante, pero necesitaba encontrarle una explicación, lo antes posible. No le gustaba la pregunta que había instalado la presencia de esas piedras.

—No miento, mami, te lo juro —repitió Rosa antes de largarse a llorar, seguramente de cansancio, y Fernanda, que sentía que debía sostener el enojo pero ya no tenía energía para eso, le abrió los brazos y la apretó contra ella, le acarició el pelo, mientras miraba las piedras junto a la ventana y se acordaba de la frase que había dicho más temprano en el cementerio, y que ahora resonaba tan distinto.

Esa noche Fernanda soñó que estaba en una esquina céntrica, en una ciudad que parecía Buenos Aires, quizás en Avenida Santa Fe, una esquina con un bar y un puesto de diarios, como tantas otras. De repente unos gritos, voces de hombres, violentas, que apremiaban a alguien, la asustaban a pesar de que, se daba cuenta enseguida, no se dirigían a ella. Era un intento de robo, a pocos metros, que tenía como víctima a una señora casi anciana. Sin atreverse a mirar más que por encima del hombro, Fernanda doblaba la esquina y empezaba a pensar desesperada cómo escapar. Se escondía en la entrada de un edificio, seguía oyendo los gritos a sus espaldas, tenía el corazón en la garganta y la sensación de que en cualquier momento venían por ella, de que iban a arrasar con todo lo que se encontraran. Tenía miedo, pero seguía avanzando pegada a los frentes de las casas hasta llegar a la otra esquina, doblaba y, a mitad de cuadra, se encontraba de pronto en el estacionamiento de un supermercado o shopping, al que entraba.

Después de atravesar un playón con autos estacionados, y siempre pensando que estaba escapándose, pero sin percibir que estaba haciendo un círculo, se encontraba al pie de una escalera mecánica

con forma de caracol que recorría varios pisos, igual que las escaleras de emergencia de los edificios. Intentaba subir por esa escalera, pero la cantidad de gente que estaba tratando de bajar era excesiva y la empujaba; inexpresivas o riéndose, con caras de normalidad, pero urgidas por algún motivo, muchas personas intentaban llegar a la planta baja mientras ella hacía fuerza para avanzar en sentido contrario y de a poco, acomodando el cuerpo a los lugares que quedaban libres, lograba subir. Cómo era posible que por una escalera mecánica que bajaba, ella subiera, era algo que no se preguntó, ni tuvo tiempo de hacerlo porque enseguida se encontró con algo que muchos de los que bajaban por la escalera evitaban mirar: en la superficie de la calle, la vereda, una baranda metálica y al otro lado, esparcidos en las baldosas, unos pedacitos de carne blandos, sin forma, casi colgajos, de un color apagado, como ladrillo. Le pareció ver también alguno de esos pedacitos colgando en las barandas, los miró con detenimiento; fue demasiado tarde cuando entendió lo que eran, porque nunca podría borrárselos: había vuelto al mismo lugar en el que esos ladrones atacaban a una mujer y, ahora sabía, le habían pegado un tiro en la cabeza. El interior del cráneo había quedado desparramado en la vereda y Fernanda no supo cómo hacer para no haberlo visto, al menos no como lo había mirado, no como cuando uno ve algo horroroso e inmediata, defensivamente, retira los ojos, sino con atención, con extrañeza, tratando de comprender qué era, de cerca y absorbiendo cada cualidad de la materia, cada relieve, como uno mira un pegote en la ropa tratando de descifrar de dónde proviene y no el cerebro de una mujer asesinada que acaba de reventar

sobre el piso.

Cuando se despertó debían ser las tres o cuatro de la mañana, la habitación estaba en silencio. Solo prestando mucha atención se lograba escuchar la respiración de Rosa. Fernanda no abrió los ojos, al contrario, se subió la frazada hasta la cabeza porque tenía frío y el sueño le había dejado una sensación desagradable, física, como si hubiera tocado esos restos además de verlos. Se quedó muy quieta y, mientras respiraba hondo, sintió que le agarraban el pelo, que había quedado por fuera de la frazada. Un tirón suave. Y después, dedos que se metían por entre medio del pelo hasta tocarle el cuero cabelludo. Es Mariano, pensó en la confusión de estar semidormida, pero no entendió cómo él podía saber que ella se sentía mal, que lo necesitaba cerca. ¿La habría escuchado hablar mientras soñaba? Mariano, llamó, ¿sos vos? No hubo respuesta, y por un segundo imaginó que él le pedía que se corriera para meterse con ella en la cama, pero cuando abrió los ojos y empezó a poder distinguir mínimamente en la

oscuridad vio la espalda de él, allá en la cama doble, inmóvil.

Esta vez tomaron un tren que iba al sur; la mayor parte del recorrido era al aire libre y sobre vías elevadas, así que pudieron ver la ciudad desde arriba. Parte de la ciudad, todas eran partes de la misma ciudad y se agrupaban bajo un mismo nombre, era difícil concebirlo pero era así. Una escuela, un estacionamiento de autobuses, la zona en que terminaban los brownstones y empezaban los aires de suburbio, casas de dos pisos con pequeños jardines, el auto estacionado al frente, un patio atrás, una junta a la otra, con ciertas variaciones de decoración y aun así, iguales. Fernanda se imaginó familias yendo a comprar a un supermercado gigante como un depósito, trayendo un montón de bolsas en el baúl del auto. Un guardamuebles gigante, como un cubo azul, que parecía concebido para ser desarmado en cualquier momento. Un cementerio de mediados del siglo XIX

que era una proliferación de lápidas, una junto a la otra, en un terreno de pocas manzanas, sin vegetación, sin decorado. Lápidas, lápidas, lápidas. Washington Cemetery, googleó Fernanda. Como una plantación. Atrapado por la ciudad que había crecido alrededor, casi estrangulado, y a los pocos minutos Gravesend Cemetery, fundado en el siglo XVII, con su reja oxidada y sus árboles y un resto de fantasía gótica que apenas resistía en pie.

Casi solos en el vagón, en un asiento enfrentado a las ventanillas, miraban todo como si fuera una pantalla móvil. Mejor dicho Fernanda y Mariano miraban y se

señalaban cosas, Rosa hojeaba un libro de historietas. Al lado de las puertas, un aviso publicitario mostraba el dibujo de una rubia que se bajaba los anteojos de sol para ver mejor alguna cosa que despertaba su deseo. En el cartel se leía: It's okay to look. Fernanda tuvo la sensación inexplicable de que era una especie de burla y se paró para leer mejor lo que estaba escrito en una letra más chica, sobre los anteojos de la rubia. Era un anuncio de inmobiliarias, de búsqueda de departamentos, algo así. Próxima parada Bay Parkway –se escuchó por el altavoz–, y el tren dejó escapar un sonido chirriante al agarrar una curva que la hizo perder el equilibrio. Pero no está bien, pensó Fernanda, como discutiendo con el anuncio, mientras volvía a sentarse. O tiene un precio. Le pareció que era siniestro sugerir que estaba todo bien con mirar, que estaba todo bien, la muletilla contemporánea. De mirar, realmente mirar, no se volvía.

Acomodó la mano en el hueco de la de Mariano y esquivó a la rubia de anteojos para dedicarse a lo que estaba afuera. Alambrados,

estacionamientos, cuarteles de bomberos. Casas apretadas con una escalera al frente, toldos de plástico. Allá abajo estaba la ciudad real. ¿Sería así? Esas zonas de transición que no lo eran más que para el turista, edificios en bloque, casas donde la gente vivía sus vidas, calles por las que circulaban, personas de las que existían a montones, lejos de la imagen de ciudad que se podía tener yendo de Central Park a Wall Street, del Puente de Brooklyn a Dumbo, del Empire State a Hudson Yards. Lugares sin nombre, sin imagen, sin forma, imposibles de fotografiar. Fernanda no sabía por qué pero cada vez la conmovían más, como cuando caminaban por Barracas o Pompeya con Rosa bebé cargada en un fular y la vida ya había transcurrido y ella absorbía el desamparo como un licor nuevo, que no sabía si le gustaba. Esto es la vida real, pensaba, la medianía, el hueco debajo de la autopista y la calle con portones de depósitos cerrados, y las casas derruidas, el mundo antiguo que a nadie le interesaba conservar, los terrenos tapiados con chapas que dejaban ver al otro lado la silueta de una casa calcada en la pared, el perfil de una escalera, los cerámicos, un muro pintado de rosa. No, pero ni siquiera el glamour pobre de las ruinas, menos que eso: zonas a la deriva, parches, comercios iguales entre sí, carteles despintados, improvisación, fines prácticos. No importaba lo que era una ciudad.

Y después, como por arte de magia, el artificio de la costa: Avenida Neptuno, Avenida Sirena, Avenida Espuma. La vuelta al mundo como fondo, con su estructura roja y azul, las cabinas a rayas, la montaña rusa con tirabuzón, y el anuncio de visite el acuario. Carteles pintados con sirenas, payasos, criaturas marinas, fantasías a todo color, por encima de locales genéricos. Llegar a Coney

Island a esa hora un día de semana era parecido a despertarse luego de una noche de fiesta en una cama desconocida, sentir la sordidez de las sábanas estampadas, del cuerpo de un extraño al lado. Quizás era precioso, pero de una manera muy triste, el parque al mediodía rodeado de monoblocks, de vallas, empleados aburridos que reparaban algún juego, un esqueleto gigante de metal despintado que así parecía más desnudo.

Nada era mejor ni peor, no se trataba de eso. Era tan distinto que la mente se detenía. Se detenía, y después tenía que rehacerse: estamos acá, esto es Coney Island, no hay un asesino en un salón de espejos ni una pandilla de chicos enamorándose mientras disparan a peluches o se suben al tren fantasma. Estamos acá, estos somos nosotros, se está nublando y los colores se apagan y nos preguntamos como siempre y frente a todo en esta vida adulta, cada vez: ¿y cómo pensaste que sería?

Cuando cruzaron Surf Avenue y avanzaron por esas cuadras de carteles publicitarios enormes y autos estacionados, empezaron a entender por qué tanta quietud: el parque de diversiones estaba cerrado. Fernanda se puso a googlear, y sí: miércoles cerrado. No hacía falta, porque estaba a la vista que los juegos no funcionaban, nada se movía, nadie recorría el Luna Park, pero necesitaban una especie de explicación. Miércoles cerrado.

—¿Pero no te fijaste? —le dijo Mariano a Fernanda.

—No pensé que cerraba. Ni se me ocurrió. Es más, iba a comprar unos pases para todo el día.

Mariano ni siquiera protestó; estaba demasiado sorprendido. Fernanda también.

Recorrieron una calle que pasaba entre la montaña rusa y los autitos chocadores, con gigantografías de conos helados y papas fritas a los lados. El cielo estaba hecho jirones, como quebrado. Aunque era el mediodía, por momentos la luz agonizaba. Un señor de gorra que cargaba una bolsa en cada mano caminaba en dirección a ellos; Fernanda pensó en pararlo para preguntarle algo, pero no se le ocurrió qué. Pasaron de largo las puertas del parque, con una cara de bufón que mostraba toda la dentadura en una mueca, y subieron a la playa. Por suerte había más movimiento, gente que caminaba por la costanera, locales de comida abiertos. Y sobre todo el mar, al que Rosa se arrojó como un perro feliz,

corriendo.

El agua estaba reluciente. Fernanda sacó unos lentes oscuros y se los puso.

—No vinimos preparados, me parece —pensó en voz alta—. No se me ocurrió traer una lona, gorros, nada. Me imaginé que íbamos a estar en los juegos.

—No pasa nada, relajate —dijo Mariano.

Caminaron por la playa y dejaron las mochilas cerca de donde estaba Rosa, que ya se sacaba las zapatillas y las medias. Fernanda se sentó en la arena de mala gana y adivinó una tarde de dolor de espalda, insolación, todo mal. Le hizo señas a Rosa para que viniera. Al menos había traído protector solar y le dijo que iba a ponérselo; le explicó una vez más por qué era necesario, incluso en un día nublado como ese, porque Rosa obviamente lo odiaba y se retorcía cuando se lo

trataban de pasar.

—¡Qué mierda el sol!

—¡Ey! ¿Qué es eso de hablar así? —la retó Mariano con su voz de padre.

Fernanda se rio por lo bajo.

—Se supone que es bueno para los seres vivos, pero sí, molesta —dijo.

—Mami, ¿me puedo meter al agua?

—¿Pero no está fría?

—No sé, ¿me puedo meter?

—Hacé lo que quieras. Pero sacate la ropa, dejate nada más la remera y la bombacha.

Rosa tiró la ropa en la arena y se acercó al borde del agua. Primero probó con la punta de un pie, se dio vuelta para gritar que estaba re linda, metió los dos pies y empezó a patear las olas. Al rato estaba metida hasta la cintura, y unos minutos después se había mojado hasta el pelo.

Los padres la miraban desde la playa y se sentían viejos.

—¿No te metés? —dijo Fernanda.

—Ni loco.

—No tenemos ni una toalla. Sabés, ¿no?

—Bueno, pero está todo bien. Ya lo vamos a solucionar.

La solución fue que Fernanda, una hora después, se levantó y fue a buscar un local donde comprar una toalla y algo de ropa seca para Rosa.

No sabía por qué, pero estar sentada en la playa al mediodía la había dañado; el sol atrás de las nubes producía un reflejo blanco que dolía mirar, y la playa parecía demasiado grande, demasiado abierta, demasiado luminosa. Quizás era solo que en un espacio tan vacío ya no tenía dónde esconderse, era un callejón sin salida; todo lo raro que había pasado en los últimos días se amontonó de golpe y la llenó de angustia. Volvió a la pesadilla de la noche anterior; no sabía qué

significaba, pero estaba segura de que tenía que ver con un estado mental que trataba de tapar con fotos, paseos, mapas, incluso discusiones con Mariano.

Era más fácil estar enojada con él que sentir otras cosas. Hacía tiempo que pasaba. No podía decir qué, pero pasaba. Tenía miedo de mirarse al espejo. Está todo bien con mirar, decía ese cartel estúpido del tren. Pero por favor. Qué simplificación absurda. Mirar le parecía lo peor; ella hubiera preferido taparse los ojos. Para poder mirar, primero tenía que admitir lo imposible. Lo entendió en ese momento, que no era distinto de cualquier otro. Ahí, al borde del mar y de su ritmo. Porque en la playa no había nada, realmente nada, más que el cuerpo diminuto de Rosa saltando entre las olas. Solo Mariano y ella, que un momento se quedaron en silencio y el silencio pareció vibrar, le molestó, la hizo buscar una excusa para irse.

Tomó una calle lateral que era como un detrás de escena; el espectáculo estaba en otra parte. Así, con las luces apagadas y detenidos como restos de otra era, a los juegos se les notaba la pintura gastada, el óxido, la parte mecánica: pistones, manchas de grasa, tornillos enormes. Ella había visto fotos de ese lugar, lo había visto en películas, y de pronto entendía que la luz era todo. Un día demasiado blanco tenía algo cruel, despiadado sobre las cosas. Las despojaba del color y al mismo tiempo las iluminaba, hasta que parecieran demasiado reales, sórdidas incluso. La llenaron de tristeza los cestos con basura, el puesto de licuados de fruta con carteles escritos a mano con fibrón, los tres hombres que tomaban cerveza sentados en un banco al aire libre. Parecían latinos, hablaban en español, seguro trabajaban ahí. La miraron cuando pasó como nadie la había mirado desde que llegaron a la ciudad, y Fernanda sintió la necesidad de desviarse hacia un lugar más concurrido.

Siempre se podía evitar una mirada. Se acordó de los ojos de la mujer en el ferry, asustada de ella. Esa mujer había visto lo que Fernanda no quería ver, estaba segura. Después de que se fuera la mujer, había mirado alrededor y la normalidad era absoluta; la indiferencia, mejor dicho, porque eso era lo normal.

Que el mundo fuera indiferente. El resto de los pasajeros parecía tan ciego como ella. Pero ella no era ciega, no. Era otra cosa. No se quedaba el tiempo suficiente para ver. No quería. O hasta ahora no había querido. Se preguntó qué pasaría si en algún momento se quedaba mirando; la idea le dio impresión. Pero lo peor no era ni siquiera eso. No había querido pensarlo hasta ahora, tampoco había estado sola como para poder pensarlo sin la presencia de Rosa y de

Mariano, que todo lo volvía más incongruente. Pero la verdad era que, la noche anterior, algo se había movido. Esas piedras. No tenía otra explicación; estaba segura de que Rosa no mentía, mucho menos se le podía ocurrir hacer algo tan extraño, que no era divertido ni se parecía a un juego. No era su estilo. Y le daba miedo, porque entonces no se trataba solo de algo que tuviera que ver, que pudiera decidir mirar o no. Era algo que podía mover, moverse. Y acaso le había dado un mensaje.

Ahora revolvía remeras en un negocio que vendía ropa fea, baldecitos para la playa, gorras, lentes de sol. Había mercadería en estantes y colgada de las paredes, en percheros que costaba rodear; el lugar estaba atestado. Eligió unos pantalones largos casi sin mirarlos, solo se fijó en el talle. El hombre detrás del mostrador ni siquiera la registraba, parecía concentrado en un video, entraba por una puerta atrás del mostrador y volvía a salir, se asomaba a la calle vacía.

Mientras tocaba las toallas para ver cuál llevarse, levantó la vista y se vio

reflejada en un espejo de pared que llegaba hasta el piso. El espejo la mostraba de la cintura para arriba, atrás de un perchero, con algunas prendas en la mano, y vio alucinada cómo el pelo, que llevaba suelto, se levantaba en el aire como si tiraran de él unos hilos invisibles, se movía hacia un costado, y por último le caía sobre un hombro. Se quedó dura, incapaz de moverse ni de pensar. Después, en un reflejo, fue hasta la caja a pagar y le costó sacar los billetes del bolsillo, se los dio al empleado sin contarlos y agarró el cambio nerviosa, buscando en la cara de él alguna señal de que hubiera visto lo que acababa de pasar: no había nada.

Se obligó a caminar despacio hasta la puerta. Ya en la calle, tuvo el impulso de correr, correr hasta la playa donde la esperaba Mariano, pero ¿de qué se escapaba corriendo?, pensó, y volvió caminando como una autómata, con todo el largo del pelo agarrado en una mano, como si sirviera de algo, mientras la realidad alrededor se dibujaba más nítida y, al mismo tiempo, irreconocible.

Es raro cómo nace el miedo, cómo se atribuye algunas veces, al principio, a una causa equivocada. O quizás ya estaba ahí, agazapado, esperando que algo lo hiciera salir. El verano anterior habían pasado unos días en un hotel viejo al lado de la playa, en un pueblito al sur de la provincia de Buenos Aires llamado Pehuen Co. Fernanda conocía esa playa porque había ido de chica con sus padres y le gustaba; no había casi nadie, no había ciudad. Solo el mar. El hotel, una especie

de chalet enorme con techo de tejas y una torre, estaba muy venido a menos, pero eso le encantaba. Las habitaciones peladas, casi monásticas, contrastaban con otras zonas de antiguas pretensiones como el comedor, con un techo de madera a dos aguas, vigas oscuras de las que colgaban grandes lámparas sostenidas con cadenas. La playa estaba al otro lado de los tamariscos y desde la habitación, en el primer piso, se veía el mar.

Fernanda pasó días sentada en la arena; se turnaban para bañarse. Mariano se metía con Rosa y después ella se metía con Rosa y ellos dos no se metían juntos porque alguno tenía que tener un ojo sobre Rosa, que construía fortalezas de arena y las decoraba con caracoles y piedras tubulares. Los cascarudos, que recorrían la playa hasta que el agua subía y los dejaba patas para arriba, eran los enemigos que asediaban su castillo. Hubo días soleados y días ventosos, muchos, y hasta se metieron al mar bajo una llovizna que no llegaba a ser fría, pero lo que más recordaba Fernanda eran las noches. El agua negra que se veía desde la ventana del hotel, la oscuridad total afuera, y esas vetas de espuma blanca que parecían moverse por sí solas. De día iban a la playa y a la noche buscaban un

lugar para comer y después volvían al hotel por esas calles de tierra iluminadas por los faros de los coches que pasaban demasiado cerca, y mientras Rosa y Mariano miraban una película en la computadora, Fernanda miraba por la ventana.

Una noche dijo que salía a fumar un cigarrillo. Siempre fumaba asomada a la ventana, pero esa vez quiso salir. ¿Estás segura?, preguntó Mariano, pero tampoco se sorprendió tanto. Fernanda fue hasta la entrada del hotel y prendió un cigarrillo y sin saber por qué cruzó la calle, después los tamariscos, y bajó a la playa. Se paró en seco cuando se abrió frente a ella esa oscuridad; tuvo miedo.

Pero quería ver las olas negras, escuchar el rugido que a esa hora era lo único que sonaba, como si se hubiera apoderado del mundo. Había algo imposible en mirar el horizonte negro, que era el reverso de mirar un cielo demasiado luminoso. En este caso no dolía, pero los ojos se caían al vacío, no tenían adónde apoyarse. El borde fantasmal de las olas parecía venir desde muy lejos. Mientras duraba el cigarrillo, Fernanda se quedó quieta con la vista clavada en la oscuridad, y en un momento miró al suelo; la arena parecía hacer un movimiento que no entendió. Había viento, sí, como siempre, pero el resto de la playa estaba inmóvil. Solo a sus pies, se levantó un rastro de arena que flotó unos segundos en el aire, y después cayó. Fernanda se quedó paralizada por un minuto, de puro desconcierto. Después tiró

el cigarrillo todavía encendido y empezó a caminar rápido hacia la bajada, lo más rápido que podía en ese suelo que cedía bajo sus pies, buscando la luz de los reflectores en la calle. Que la playa quedara del otro lado. Por supuesto pensó que estaba confundida, que no era nada: la percepción cuando se equivocaba, cuando inventaba algo que no estaba ahí. Si hubiera sido solo esa vez… Pero después estaba lo del avión, y lo del ferry, y lo del espejo un rato antes. Y quién sabe cuántas cosas más, que ella había explicado como manifestaciones de su propio miedo, de su estado enrarecido. Tengo miedo, por eso invento cosas en el exterior que justifiquen ese miedo, así razonaba. Pensó que su duelo se derramaba sobre la realidad, que lo impregnaba todo. ¿Y si era al revés?

No quiso seguir. Llegado ese punto se sintió ridícula. Estaba interpretando los hechos como alguien que no era ella, alguien supersticioso. Sintió desprecio por esa persona que no era, que no debía ser. Lo que quería era poder convencerse de que había una explicación lógica para lo que estaba pasando, y después convencer a su hija. ¿Se podía alucinar por estrés, por haber atravesado una situación traumática? Quizás lo mejor era buscarse un psicólogo cuando volvieran a Buenos Aires. O un psiquiatra. La normalidad se le estaba haciendo

cada vez más lejana.

Cuando volvió a la playa, le hizo señas a Rosa para que saliera del agua.

—Me llamó tu papá —dijo Mariano, mientras Fernanda envolvía a la nena en la toalla que acababa de comprar—. Dice que está preocupado, que hace rato no sabe de vos.

—Pero si hablamos ayer. Ni se acuerda.

—Bueno, no sé. Llamalo.

—¿Podemos comer? —pidió Rosa.

—Dale, pero primero te llevo al baño para que te saques la ropa mojada.

Mientras Rosa se cambiaba, Mariano fue a hacer cola en un puesto de comida y Fernanda aprovechó para llamar a su padre. Estamos bien, no te preocupes, le dijo. Y entonces agregó, ¿no te acordás que ayer hablamos? Te dije que habíamos estado en el cementerio, te mandé unas fotos, me dijiste que lo ibas a buscar en Google Maps. No se

acordaba, Fernanda se dio cuenta, pero fingió, dijo sí, sí, más vale que hablamos. Hacía tiempo que se olvidaba de cosas que habían pasado poco antes, conversaciones enteras. También se olvidaba la llave puesta del otro lado de la puerta de calle, el auto abierto. La muerte de su mujer lo había arrojado a la ancianidad sin escalas, estaba deprimido, sin ella no podía vivir. Eso decía. Pero Fernanda nunca entendía, en esa maraña de tristeza, quejas, vejez y alcohol, qué era causa de qué, porque lo cierto era que él tomaba desde mucho antes que la mujer se enfermara, desde mucho antes de jubilarse.

No desde siempre, eso Fernanda lo tenía claro, pero había habido un momento, cuando ella todavía vivía en la casa de los padres, en que había empezado. Y

ahora estaba triste y decía que no quería vivir, pedía fotos y seguía el recorrido de la hija en el mapa pero él no se movía más, y Fernanda no sabía del todo cómo tratarlo, simplemente porque no lo había tratado nunca. No de manera directa, al menos. Así que le contó dos o tres cosas al azar de lo que habían hecho en los últimos días, le preguntó si estaba comiendo bien, y no mucho más que eso. Tuvo un impulso, solo por un instante, de decirle me está pasando algo, pero no hubiera sabido cómo seguir y entonces no le dijo, así como tantas veces a lo largo de su vida no le había dicho cosas en esa relación que estaba hecha de no decirse nada que importara de verdad. Eso ya sabían cómo hacerlo.

Comieron en la rambla, al aire libre. Compraron un montón de panchos, aros de cebolla, papas fritas, cerveza, Coca para la pequeña; era un festejo, para levantar un poco ese día que había empezado con una decepción. Rosa estaba exultante, tenía el pelo duro, pegado a la cabeza, y comía con la misma voracidad que el padre.

Fernanda le sacó una foto a Mariano sonriendo con su vaso de cerveza en la mano, con las sombrillas amarillas y rojas en el fondo, después a Rosa con su bucito con capucha y la montaña rusa atrás. Quiso que se sacaran los tres juntos y le hizo señas con la mano a una pareja que venía caminando hacia ellos distraída; no los habían visto. Pero el hombre se sobresaltó cuando le habló Fernanda, y más todavía cuando la miró, y se corrió ostentosamente para alejarse de ella, como si fuera una leprosa. Se notó que no lo hacía a propósito, era una reacción defensiva. Algo lo había asustado, y en ese momento Fernanda no lo pudo soportar. Otra vez no, pensó, y la bronca pudo más que ella; se paró, y con el gesto más grandilocuente que pudo le hizo fuck you, con el brazo en alto, mientras lo miraba como diciendo salí de acá porque te rompo la cara.

—¿Qué te pasa? ¿Te volviste loca? —dijo Mariano, haciendo un esfuerzo para no levantar la voz.

Rosa la miraba asombrada; se había quedado dura, a punto de llevarse el vaso a la boca. Las personas que ocupaban las mesas alrededor también habían dejado lo que estaban haciendo y los miraban.

—No pasa nada, sigamos comiendo.

—Pero ¿qué te hizo? Nunca te había visto ponerte así.

—No quiero hablar.

—Ah, ¡no querés hablar! Tenemos que pasar papelones, y encima delante de tu hija, pero resulta que no querés hablar. Mirá vos.

Estaba tan enojado que se paró y tiró lo que le quedaba de comida a la basura.

Fernanda miró a Rosa, que no entendía nada ni sabía qué hacer, y quiso rescatarla.

—Ya pasó, hija. Terminá de comer. Perdoname si te hice asustar.

—Me hiciste asustar.

—Ya sé. Perdón. A veces los grandes nos equivocamos, ¿sabés?

Calmar a Mariano iba a ser más difícil, estaba segura. Trató de tocarle la mano, pero él sacó la suya. Y entonces Fernanda hizo lo único que le salió; se tomó hasta el final el vaso enorme de cerveza que había comprado pensando que sería imposible de terminar, solo porque salía un par de centavos más que el tamaño chico, y al rato empezó a sentir esa confusión que era, recién ahí se dio cuenta, lo que estaba necesitando. Nada le pareció tan grave, ni tan real. Incluso miró a Rosa, que jugaba a ponerles restos de comida a las gaviotas y salir corriendo cuando se acercaban, y pensó qué hermoso, qué lindo día, qué lindo lugar, qué divertido. A Mariano no le causó gracia verla reír. Se lo dijo, pero ella se paró y se fue a sentar en sus rodillas, le sacó la gorra y se la puso.

—No pasa nada, Mariano, relajate —dijo con voz grave, tratando de imitarlo, y se rio más.

Él hizo el gesto de empezar a enojarse otra vez, pero Fernanda le agarró la cara con las dos manos y lo besó en la boca, un beso sexual,

profundo, como si quisiera coger. Mariano la miró sorprendido. No lo podía disimular, le había gustado. Quería más.

—¿Por qué estás a upa de papá? —dijo Rosa, que venía agitada de correr a las gaviotas por toda la rambla.

—Porque sí —le contestó Fernanda, y le abrió un brazo para que se acurrucara con ellos—. ¿Vamos al acuario?

Fue solo un par de cuadras lo que se alejaron de los puestos de comida y las mesas repletas de gente. Buscaron la entrada al acuario después de un largo paredón, al fondo de un estacionamiento; los autos eran muchos pero las personas a la vista eran poquísimas. No tuvieron que hacer cola para comprar la entrada; pasaron por el costado de las vallas que debían ordenar a la multitud que, en días más propicios, esperaría para sacar sus tickets.

Un par de minutos después estuvieron inmersos en un recorrido por habitaciones oscuras, donde las luces bajas para los humanos contrastaban con las luces encendidas en las peceras. Se sentían, ellos también, peces flotando en un ámbito artificial. Especialmente Fernanda, que de pronto salía del primer efecto alegre del alcohol y entraba en la resaca. Rosa, en cambio, se iluminó con ese entusiasmo que parecía no tener fin, y se pegó a los vidrios para mirar. Fernanda le dijo que no tocara, que no molestara a los peces, así que el resto del paseo desarrolló un método para pegarse contra el vidrio y acercarle la cara pero sin tocarlo, como un mimo.

En un pasillo iluminado que parecía el corredor de una nave espacial, caminaron bajo un cielo de agua en el que criaturas marinas se deslizaban sostenidas por un medio transparente y parecían volar. Rosa entró en un arrebato de alegría que la hizo levantar los brazos hacia los peces y saltar, mientras Mariano trataba de mantenerla al ras del suelo; Fernanda, en cambio, sintió como si todos los órganos adentro del cuerpo se soltaran de su lugar y empezaran a desplazarse.

Registró el despunte de la náusea, pero siguió caminando detrás de su familia.

Por momentos se quedaban solos los tres, por momentos se amontonaban con otras familias y los gritos de los chicos, todos a la vez, levantaban un bullicio que era como de loros barranqueros.

En peceras enormes de pared a pared, con fondos que recreaban distintos ambientes marinos, y reflectores que coloreaban el agua de verde o azul, los peces no se veían ni naturales ni artificiales. Había

arena en el fondo, o al menos algo que parecía arena, y rocas, y corales de verdad. Algunos peces plateados, de colas amarillas, nadaban en cardumen, como remedando comportamientos animales que estuvieran reproduciendo por instinto, y otros se quedaban inmóviles frente al vidrio mientras los visitantes les sacaban fotos. Peces blancos, con forma de huso, con una línea amarilla brillante que les recorría el costado; peces payaso diminutos ante los cuales todos los chicos gritaban

"¡Nemo!"; mantarrayas grises pegadas al fondo, y otras con manchas circulares que movían las aletas con gestos de vuelo tan marcados que trastocaban el espacio alrededor, las colas puntiagudas ondulando detrás; peces ocultos entre las piedras, asustados; corales oscuros como dedos de monstruos que surgían de la tierra; plantas marinas cuyas raíces se retorcían y penetraban entre las rocas; troncos, vegetales, que no se sabía si eran de plástico, parecidos al plástico; la figura de un buzo antiguo con manchas de óxido en el traje que cargaba un cofre cerrado. Un secreto. Había huecos, y zonas oscuras, y otras fosforescentes donde los helechos verdes se volvían más verdes bajo una luz insoportable. Verde

laboratorio, verde veneno.

Y en otra pecera mucho más grande, más profunda, que ellos miraban desde abajo, los tiburones, que no eran enormes ni asesinos pero igual tenían ese perfil, esa aleta con forma de cuchilla que los humanos habían aprendido a interpretar como "peligro". Fernanda se acercó lo más que pudo al vidrio, los vio allá arriba, cerca de la superficie, haciendo círculos, y bajó la guardia convencida de que la amenaza estaba en otra parte, en esas criaturas que podían morder. Pero de repente despegó la cara de la pecera con violencia porque vio de frente su propio reflejo, y vio que una mano se movía al lado de su cabeza. Era una mano humana pero estaba consumida, con la piel pegada a los huesos, y Fernanda alcanzó a ver cómo la rodeaba para ubicarse atrás y entonces hizo ese gesto con su pelo, una manera de tocarlo que ella conocía, cuando lo reunía en una cola y lo estiraba y lo volvía a soltar. Le estaba diciendo: estoy acá. La recordó sentada en la cama mientras ella, que era una nena, trataba de dormirse, hablándole hasta que ya no la escuchaba más, acariciándole el pelo. De pronto se dio vuelta, porque no quiso que esta vez fuera igual, como había sido más temprano en el negocio, que la tocaran y ella se quedara paralizada y después huyera. Se dio vuelta y miró alrededor. Se había quedado sola en el pasillo.

Mariano se acercó y le habló justo en ese momento; estaba parado al

lado de ella y le decía algo, o mejor dicho se lo repetía, y empezaba a molestarse porque ella no prestaba atención. ¿Qué pasaba? Fernanda entendió que estaba enojado, pero no escuchaba nada de lo que decía. Lo debía estar mirando con una expresión de locura o de extrañeza total, porque la cara de ella, se dio cuenta, no hacía otra cosa que enfurecer más a Mariano, que se acercó para hablarle casi al oído mientras gesticulaba con fuerza. Fernanda no supo qué hacer. Le dijo "está bien", como para calmarlo, pero ella misma se empezó a poner cada vez más nerviosa, sobre todo cuando miró de reojo a Rosa y vio la cara asustada de la nena. La miraba a ella, a ellos, pero el miedo no era por la pelea; Rosa estaba acostumbrada a verlos así. Fernanda le vio una expresión que nunca le había visto, como si Rosa misma estuviera mirando algo que nunca había visto, algo que la dejaba paralizada.

Se dio vuelta y le dijo a Mariano:

—Vamos, ¿dale?

También lo agarró del brazo, porque si bien no tenía palabras para responder a

una discusión que ni sabía de qué se trataba, tocarlo no podía estar fuera de contexto, y en una de esas hasta servía. Trató de llevarse a Mariano de esa habitación, y se fijó que Rosa los siguiera. Se agachó para mirarla a los ojos y le preguntó qué le pasaba, si se había asustado, pero Rosa se adelantó y empezó a correr por el pasillo. Todo estaba pasando muy rápido, era imposible de entender, y lo único que le salía era improvisar, moverse, seguir, para que cada momento fuera quedando atrás lo más pronto posible.

De repente pudo oír otra vez y, aunque por un segundo tuvo el impulso de contárselo a Mariano, se contuvo. Él no sabía nada de lo que acababa de pasarle, y si era por contar, ¿por dónde empezaba? Fingió concentrarse en la sala siguiente, donde la esperaba un pulpo. Una cosa monstruosa que se pegó contra el vidrio y mostró el interior, sus tentáculos rosados, esas sopapas blancas con un pequeño círculo en el centro, multiplicadas, en racimo, como un montón de ojos.

No, se tuvo que decir Fernanda, no eran brazos movientes que la miraban, que la buscaban para observarla más de cerca, y agradeció que la criatura se diera vuelta y se alejara hacia el fondo, la cabeza colgando como un cerebro a la vista, arrugado.

—¡Qué lindo, mami! —gritó Rosa.

—Puede ser.

Y la mirada de Fernanda cayó sobre un cangrejo enorme con patas de araña, que se quebraban al andar, que se apoyaron contra el vidrio y después hicieron el intento de subir y cuando el cangrejo se estiró, vio la parte de abajo que era como un esqueleto, no era otra cosa que un esqueleto, del mismo color de los huesos sobre un fondo de piedras iluminadas con un azul ácido, inexplicables.

—Me parece que no aguanto más —dijo Fernanda, ni siquiera supo a quién.

Pero Mariano la escuchó.

—Sí, yo también estoy cansado, en un rato nos podríamos ir.

—¡Pero quiero ver a las medusas! —gritó Rosa, con ese tono entre lloroso y de demanda tiránica que a veces podía tener.

Fernanda quiso suplicarles que se fueran, porque no soportaba un minuto más sumergida en ese tanque, ese infierno de luces de colores y bichos que cambiaban de forma cuando se movían y de vidrios que la reflejaban y a los que

ya no quería acercarse, porque en algún momento podía aparecer algo que le daba más miedo que los cangrejos y los pulpos.

—¡Las medusas, mami! —repitió Rosa, y le tiró de la manga.

—No hija, por hoy ya vimos suficiente. Vamos.

—Sí, Rosa, ya está. Hacele caso a mamá —dijo Mariano. Pero ante el capricho de su hija vaciló por un instante y ella, que supervisaba las caras de los padres y sus reacciones, no lo dejó pasar y cayó de rodillas en el piso, llorando y pegándole piñas al suelo con los puños cerrados.

Fernanda la miraba y no lo podía creer. Hacía años que Rosa no hacía un berrinche de ese tipo, con escándalo, sumida en la irracionalidad total. La tomó por sorpresa y se paralizó. Mariano miraba a Rosa y la miraba a ella, esperando que reaccionara. Después, avergonzado por el llanto ruidoso de la hija y las miradas que empezaban a posarse sobre ellos, se agachó al lado de Rosa y trató de calmarla. Fernanda seguía fija en su lugar y los miraba como si todo estuviera pasándole a alguien más, alguien que no tenía nada que ver con ella.

—Fernanda, ¿qué carajo te pasa? —le dijo Mariano, que no gritó porque no quería sumar al escándalo, pero ganas no le faltaban.

—Llevala si quiere mirar las medusas. Los espero afuera.

No le dio tiempo a Mariano para decir nada más, se dio vuelta y empezó a buscar la salida. Cuando cruzó la puerta y vio que afuera estaba atardeciendo, sintió cierto alivio. Qué demencial ese lugar, encima todo claustrofóbico y lleno de espejos, pensó. Pero enseguida se corrigió; no, lo demencial era otra cosa, y el recuerdo de lo que había visto y sentido unos minutos atrás le cerró la garganta.

Había cruzado un límite en el transcurso de la tarde; la posibilidad de dudar no estaba más, había desaparecido, y en ese momento se dio cuenta de que esa duda había sido un refugio. Decirse "estás delirando", decirse "no pasa nada". Sí, pasaba. Y ahora le tocaba decidir qué hacer con eso.

Cuando Mariano salió, con Rosa de la mano, la miró a los ojos como interrogándola y empezó a juntar fuerzas para acusarla antes de que ella pudiera abrir la boca.

—No me digas nada, por favor. Ya sé que fue todo rarísimo.

—¿Pero qué te pasó?

—No sé, me puse paranoica. Necesitaba tomar aire. Perdón que te dejé solo con Rosa.

La hija se abrazó a su cintura y Fernanda le pasó la mano por el pelo.

—Estuvo re bueno, te lo perdiste.

—Después me vas a contar, ¿sí? Me hacés un dibujo. Me sentí un poco mal nada más, ya se me pasó.

Fernanda se escuchó pidiendo disculpas como un robot, diciendo cosas con serenidad, haciendo su papel, pero no le importó. Necesitaba ganar tiempo. Y al rato, ya vueltos a la normalidad, por lo menos Mariano y Rosa, empezaron a caminar juntos en dirección al subte.

Por un lado del cielo, los jirones de nubes que todavía persistían empezaban a prenderse fuego. Antes de cruzar la avenida se dieron vuelta para mirar el parque de diversiones una vez más. Al fondo también debía estar atardeciendo, pensó Fernanda, sobre el mar que ya no podían ver.

—¿Podemos volver otro día? Me quiero subir a los juegos —pidió Rosa.

—La verdad que no —contestó Fernanda, y le agarró la mano para cruzar la calle.

Cuando llegaron al departamento no se apuró, porque ya se había decidido. Tuvo paciencia; esperó a que Rosa por fin se cansara y cayera rendida sobre la almohada, a que Mariano terminara de ver un capítulo de una serie y se lavara los dientes y se fuera a la cama también. No tenía problema en esperar. Se sentía como a punto de dar un examen, cuando se abría la puerta y uno pensaba que iba a salir el profesor para llamarlo y decirle que era el próximo, y no, llamaban a otro. Incluso le dolía el estómago. Pero en algún momento la noche terminó, y Fernanda ya no quiso escaparse. No quería esconderse más. Si era lo que ella pensaba, más le valía enfrentarlo. No es que no temblara cuando entornó la puerta del dormitorio donde estaban Rosa y Mariano, y atravesó el pasillo y se metió en el baño, y cerró la puerta detrás de ella, ni que no se le aflojara la mano

cuando se paró frente al espejo y apagó la luz. Ni que apenas le saliera la voz cuando dijo, sintiéndose loca, pero sabiendo que no estaba loca y que por fin tenía que decirlo:

—¿Mamá?

Cómo es el reconocimiento, cómo es el instante del reconocimiento, ese en el que los hechos pasados, intuiciones, sospechas, datos que se trató de soslayar, se organizan alrededor de una nueva evidencia y todo se lee de otro modo. En primer lugar, es violencia. Siempre es un golpe. Te deja exhausto, indefenso, aturdido, preguntándote cómo pudiste no ver, aunque está claro que no querías ver, que no podías, que ver era demasiado. Ver siempre es un exceso, no es extraño que miremos para otro lado. Es un golpe. Te saca de un lugar y te arroja a otro desconocido, como si te reventaran la cara contra una pared.

La noche en que vio a su madre en el espejo, la noche en que vio al fantasma de su madre, la noche en que por fin lo vio, porque ya sabía que estaba ahí, Fernanda tardó demasiado en salir de ese baño y en un momento se preguntó si podría, si tendría la capacidad para hacer lo que siempre había hecho, caminar hasta la puerta, agarrar la manija, abrirla. Qué habría del otro lado; se lo llegó a preguntar, aunque sabía que del otro lado estaban Rosa y Mariano, su pareja y su hija, dormidos, y la normalidad de ese departamento que alquilaban, y los ruidos de la calle, y la respiración de Rosa. Pero de este lado de la

puerta había algo demasiado nuevo y Fernanda tenía miedo de que, al abrir, pasara para el otro lado. No era racional, por supuesto. Nada de lo que pensaba era racional, pero tampoco nada de lo que pasaba y entonces, ¿por qué razonar?, ¿de qué servía? Si lo que había visto en el espejo era algo que tenía pegado, que había llevado a todas partes, ¿por qué tener miedo de salir? No tenía una respuesta.

Pocos segundos después de apagar la luz, la noche anterior, lo había visto. Igual que en el avión, o parecido, pero con mucha claridad. Demasiada. Si antes la ambigüedad, la duda de haber visto o no, la había salvado, esta vez no la salvaba nada. Mamá, había llamado, y enseguida había aparecido. Eso había aparecido, eso que no era su madre o no lo era del todo, pero se le parecía demasiado. Se le parecía, pero muerta. Si alguna vez Fernanda se había preguntado, después de la muerte de su madre, cómo estaría en el ataúd, bajo la tierra, qué pasaría con ese cuerpo conocido, cómo avanzaría la putrefacción, ahora lo sabía. Porque lo que había visto en el espejo a pesar de la oscuridad, que no ocultaba nada, era a la madre, tal como debía haber sido unos meses después de morir, como desearía nunca haberla visto.

La oscuridad era absoluta en el baño, que no tenía tragaluces ni ventanas que dieran al exterior. Fernanda se sabía parada frente al espejo aunque sin verse y lentamente, a su alrededor, algo se había formado como si se desprendiera de su

cuerpo: primero la mano, que empezaba a descarnarse, con la piel retraída alrededor de las uñas, se le apoyó en el hombro. Después, en el hueco que formaban el hombro y la cabeza de Fernanda, el cuello consumido y con un agujero visible, negro en el centro, y la cara conocida, o que se parecía a la que había sido su madre pero gastada, consumida, como si le hubieran extraído la humanidad para dejar solo una cáscara. Con lo poco que quedaba de piel pegado a los pómulos, un ojo hundido, la otra cuenca vacía, pero que sin embargo parecía mirarla, y algunos mechones de pelo pegados a la cabeza, por haber estado acostada tanto tiempo. Solo los dientes, que los labios ya no alcanzaban a cubrir, estaban intactos. No había tenido miedo al principio, solo asombro, y asco quizás. Sentía la respiración acelerada y el pecho que se salía de control, pero también estaba fascinada de ver por fin, atraída por ese fulgor como de osamentas en el campo, a la luz de la luna. Sintió piedad, no miedo, al menos al principio, y tuvo ganas de llorar. Pero entonces la madre abrió la boca como para gritar y la abrió más, en una contorsión violenta, y el silencio del grito que no salió de esa boca le heló la sangre, la hizo darse vuelta, sacudir el cuerpo y pasarse las manos por la cabeza, por los hombros, como si

pudiera sacársela de encima.

No soportó más, prendió la luz.

Lo que quedaba de esa noche fue el decantar lento, doloroso, de un impacto.

Primero abrió la canilla y se lavó la cara, se secó, supo que no borraba nada. Se derrumbó sobre el piso del baño y se quedó ahí, sin noción del tiempo. Era una herida, una herida en la visión. No en los ojos sino en la visión, y en lo que era para Fernanda el mundo visible, en el que dudaba a cada rato, pero por lo menos conocía. Entonces eso era lo que había, lo mismo que había visto en el avión, y en el acuario, y quién sabe en cuántos lugares más, y se había explicado siempre con algún argumento banal. Pero era cierto, después de todo, que la visión tenía sus trucos. Que a veces uno creía ver, y no era. Ahora Fernanda había visto más allá de toda duda y eso la tocaba de una manera muy profunda, que todavía no era capaz de dimensionar. No quería estar ahí pero tampoco quería abrir la puerta, encontrarse con su familia, que la vieran a ella tal como era ahora, que había visto, y que se le notara.

Cuando escuchó ruidos en la habitación entendió que ya era de mañana, que Mariano estaba despierto. En cualquier momento iba a golpear a la puerta. Se

paró, ayudándose de la mesada; estaba débil. Se vio en el espejo y miró para otro lado, solo volvió un segundo al reflejo para comprobar que a pesar de las ojeras, de la expresión de aturdimiento, de los labios resecos, se parecía a ella. Y

entonces abrió la puerta, dijo cómo estás, dijo buen día.

Mariano bostezaba y sonreía a la vez; le preguntó si hacía mucho que estaba levantada. Ella dijo que no, pero que igual no había dormido bien, y le pasó por el costado para ir al cuarto. Se acostó al lado de Rosa, se acomodó contra su espalda pequeña y cerró los ojos, aspiró, tuvo ganas de llorar otra vez. Ahora sí, pensó antes de dormirse.

Dos horas después, desayunaban todos en el comedor. Era un día luminoso y la claridad abundante que entraba por las ventanas hizo que Fernanda cambiara de posición en la mesa para darle la espalda. Mariano vio que ella tomaba un ibuprofeno con el café. Le preguntó si le pasaba algo.

—¿Otra vez dolor de cabeza?

—Sí, terrible. Toda la noche. Ya sé que no era lo que habíamos planeado, pero estaría bueno que hoy te lleves a Rosa.

La nena levantó la cabeza y los miró.

—¿Cómo que me van a llevar?

—Que te lleve a pasear quise decir, hija. Pueden ir a la calesita que está al lado del río. ¿Te acordás, la que vimos desde el puente?

Había algo que podía llamarse súplica en la mirada de Fernanda; Mariano se sintió frustrado pero le conocía esos estados y sabía que realmente necesitaba quedarse en casa, estar sola. No se hizo rogar. El celular de Fernanda, que estaba arriba de la mesa, sonó y vibró a la vez. Cómo están los chicos, leyó Fernanda que preguntaba el padre. Cómo te explico, pensó. Justo a vos.

Mariano y Rosa no tardaron en irse. Antes de que atravesaran la puerta Fernanda se tensionó, tuvo el impulso de decirles por favor, quédense conmigo. Era miedo.

Pero qué diferencia había, se dijo, si hacía mucho tiempo que se estaba quedando a solas con eso. Miedo de qué. Rosa percibió algo, o directamente lo

vio, porque se le acercó y le dio un abrazo.

—No te quiero dejar sola, mami.

Fernanda bajó mucho la voz para contestarle.

—No te preocupes, hija. Es mi mamá.

Igual sintió una presión en el pecho cuando los vio irse y la puerta se cerró atrás de ellos. No se animó a meterse en la cama, aunque se caía de sueño. Le daba impresión. Ahora que sabía que llevaba algo encima, cerca, pegado, no sabía cómo decirlo… se vio cogiendo con Mariano, o en la cama abrazada a él, y le dio escalofríos.

Nunca fumaba de día pero se puso los lentes de sol, fue hasta la ventana y prendió un cigarrillo. No le importó el humo, los carteles de no fumar en todo el departamento. Faltaban algunos días para que se fueran, el olor se iba a ir.

Afuera brillaba el sol y era rarísimo, como si no hubiera pasado nada.

Lo más difícil de entender, lo que más le dolía, era por qué la madre le

hacía esto, aunque no había razón para pensar que era a propósito, que había elegido venir hasta ella. Si alguna vez se había imaginado que volvía a visitarla —pero era solo una fantasía, porque ella no creía en esas cosas—, era una presencia buena, que la cuidaba. No ese monstruo. Lo pensó y le dio culpa, pero sí: era un monstruo. Se preguntó si podría escucharla pensar, si de alguna manera sabía.

Era cierto que había tenido una muerte horrible, una agonía que había dolido presenciar y mucho más sufrir en carne propia, se imaginaba Fernanda. Y que sin poder hablar desde varios meses antes de morir, después de que le extirparan parte de la laringe, sin voz, no había podido decirle a nadie lo que estaba viviendo. Pero tampoco se los habría dicho, a decir verdad. No era su estilo. No podía ser eso lo que torturaba a la madre, o a eso que había quedado de su madre, porque estaba claro que era una criatura atormentada, Fernanda lo había visto. Cómo trataba de gritar. Se abría, y al mundo no salía nada desde esa boca deformada, por más que se retorciera. ¿Qué venía a decir? ¿Que la muerte le había dolido? La habían acompañado lo mejor que pudieron, la habían despedido con amor. ¿Qué más quería? Y ahora era imposible saber; estaba hundida en varias capas de silencio. El de todo lo que no había dicho, el de la enfermedad.

El de la muerte, mucho más profundo, o al menos eso había pensando siempre

Fernanda. Ya no estaba tan segura.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, la madre le había contado de diversas maneras su historia. Partes de su vida. Siempre partes, que la hija nunca había logrado reunir en un todo coherente ni tampoco hacer encajar en la figura de su madre, esa persona que creía conocer. Le quedaban restos, fragmentos a los que no era tan fácil dar sentido, porque a la par de su madre ella misma había cambiado, y mucho.

Había una nena de cara amable, de bucles castaños, que en realidad ella solo había visto en fotos en blanco y negro. Una niña buena. ¿Qué sabía de esa nena?

Venía de una familia pobre, de inmigrantes, pero a veces no se notaba porque le ponían vestiditos impecables y la llevaban a un estudio para hacerla fotografiar.

Aparecía con un solero de bautismo, un bebé hundido en una profusión de volados, sobre un almohadón; luego con la maestra de

primer grado inferior, ella de guardapolvo blanco y trenzas, sonriendo a la cámara. Tenía las mejillas redondas y una expresión abierta, la sonrisa amplia de los niños cuando no se guardan nada ni se meten para adentro, como si no estuvieran en peligro. Esa sonrisa desapareció en las fotos de la adolescencia. ¿Qué pasó en el medio, además del tiempo y la desilusión natural? Fernanda no sabía, pero tenía pantallazos de una infancia vigilada; del colegio de monjas, donde la madre había sido becada y no habían dejado de hacérselo notar durante años con una virulencia que le había provocado un odio terrible. Cuando veía, o creía ver de reojo, mientras caminaban por la calle, que se acercaba el velo de una monja, la madre se paralizaba y le decía por lo bajo a Fernanda: alejate, son unas brujas, son el mal. Pero a Fernanda le impresionaba más el relato de cómo su abuela, cuando el cuerpo de la hija había empezado a cambiar a eso de los nueve o diez años, la miraba fijo en la mesa para llamarle la atención cuando creía que ya había comido suficiente y, si insistía en terminar el plato, se lo sacaba y lo llevaba a la cocina. Solo a ella.

En la primera comunión, llevaba un tocado como de novia con un velo hasta los hombros, guantes blancos, una falda acampanada que le llegaba a los tobillos.

Había otra foto de estudio en la que estaba arrodillada en un reclinatorio, con las manos enguantadas, sosteniendo un misal y un rosario. A los quince tenía una cintura de la que sus padres estaban orgullosos, y la lucía en su cumpleaños con un vestido también blanco hasta la rodilla, con los hombros descubiertos, un peinado alto con una vincha blanca, los ojos delineados como Cleopatra. En el casamiento aparecía de blanco otra vez, como si siempre hubiera sido una novia

en miniatura, en preparación, hasta ese día. Pero en el medio había pasado algo.

Fernanda no sabía exactamente qué; la madre lo contaba entre largos silencios, desviando la mirada por la vergüenza. Decía que se había sentido confundida, que creía que la habían emborrachado durante una fiesta, un vecino, y que después la había llevado a un terreno baldío. Nunca le había puesto un nombre a eso que le había pasado. Su padre la hizo abortar. Y ella seguía apareciendo en las fotos familiares con una sonrisa que ya no era la misma, pero sonreía. Más tarde le contó a Fernanda, poco antes de perder el habla, que a los cuatro años ya la había manoseado un vecino, el abuelo de una amiguita, por abajo del vestido y la bombacha. Cuando le contó a su madre, ya no la dejaron ir a jugar a la casa de esa amiga, pero todo

siguió con normalidad en ese barrio de gente buena, gente trabajadora.

Así como otras madres heredan joyas, la madre de Fernanda le había heredado esas historias incompletas, que no se terminaban de decir. Había esperado años, después de casarse, después de los hijos varones, hasta que llegó la nena, y después esperó hasta que esa nena tuvo edad suficiente para escuchar, y entonces le contó el horror del sexo. En el medio había criado hijos, atendido al marido.

Cuando la jornada terminaba para él, la de ella seguía. Y todo se esforzaba por hacerlo bien. La memoria de Fernanda no era la mejor, y tampoco era mucho lo que una nena podía comprender, pero había episodios aislados que a veces volvían: una depresión de la madre cuando ella estaba en la escuela primaria, que había durado varias semanas. ¿Cómo se habrían arreglado sus hermanos y ella, su padre? No sabía. Apenas se acordaba del clima enrarecido de la casa, la madre encerrada durante semanas en la habitación, la familia a la deriva. Y

después las explosiones, de vez en cuando: la madre levantando alto la fuente de comida que acababa de sacar del horno y estrellándola contra el suelo, la madre arrojando una pila de platos entera, con fuerza, con unas ganas de romper que la hija no sabía que tenía. Los psiquiatras, los antidepresivos, la estabilidad.

Si tenía que pensar en una escena que representara el matrimonio de sus padres, Fernanda siempre se acordaba de un sauce que la madre había plantado en el fondo de la casa ni bien compraron el terreno. Había tardado años en crecer, dar sombra, estirar las ramas hasta tocar el suelo. Un día, mientras Fernanda estaba de visita, el padre había apoyado una escalera en el árbol y se había subido para empezar a cortarle las ramas, con la idea de quitarlo después. Le molestaba el árbol porque daba mucho trabajo, porque el patio se llenaba de hojas. Fernanda entró a la cocina y vio a la madre, que miraba al marido por la ventana; se le caían las lágrimas, pero no dijo nada. Fernanda salió y empezó a gritarle al

padre, estás loco, qué hacés, ese árbol no es tuyo. Lo había podido disuadir, porque a veces el padre temblaba cuando se enfrentaba a la fuerza de la hija, o al menos eso creyó. Pero unos días después la madre le mandó la foto del tocón, todavía con las marcas de los hachazos, la madera astillada.

Era difícil distinguir cuándo estaba sobrio y cuándo no. O por lo

menos ellas no se daban cuenta y la violencia las tomaba desprevenidas, como una irrupción del mal. Nunca lograban anticiparla. ¿Cómo puede ser?, se preguntaban. ¿De dónde viene esto? Era tan grande el estupor que no terminaba de ser real, que la realidad también se rompía. Con los años la madre se había acostumbrado a vivir con esa criatura que se ocultaba para transformarse y salía de su escondite para recorrer la casa, buscarla, atacar. Siempre la encontraba. A Fernanda también.

Siempre las encontraba, no importaba cuánto trataran de evitarlo, y la brutalidad les caía encima como una lluvia helada. Las dejaba temblando. Golpes no; él no las golpeaba a ellas. Golpeaba todo alrededor. Estrellaba las puertas, los muebles, sabía cómo hacer que la casa temblara, que sintieran el peligro. Y los insultos, los peores que Fernanda había escuchado en su vida, como escupitajos en la cara, cargados de burla. Se reía de ellas cuando se asustaban, eso también: miralas, las muy pelotudas.

Los últimos años habían sido de entumecimiento. No parecía que hubiera forma de romper ese pacto porque la madre lo perdonaba cada vez, le inventaba razones, volvía a él. Y qué querés, con la infancia que tuvo, cosas así. Fernanda no lo podía creer. Los miraba desde afuera, ya adulta, y se preguntaba, ¿cómo convencés a alguien de que se quede? ¿Cómo la convencés de que te sirva?

Pero la madre se sentía mejor, estaba viendo a un psiquiatra nuevo que había vuelto a darle antidepresivos, y ya no lloraba todo el tiempo. Atendía el teléfono con un entusiasmo automático y antes de que la hija pudiera preguntarle nada le anunciaba, y a Fernanda le parecía que podía verla sonreír con el celular en la mano, yo estoy mejor. Muchísimo mejor.

Ella no creía en fantasmas, pero su madre… Era difícil decirlo de ese modo: creer en fantasmas. Sonaba ridículo. Nadie lo hubiera dicho así. Pero sabía que su mamá, después de morir su propio padre, creía que él había visitado la casa en la forma de un gallo. Tenía que haber sido a principios de los setenta. En algún momento su madre y su abuela, muerta varios años atrás, se lo habían contado

juntas. Había sucedido cuando la madre era soltera, tendría poco más de veinte años. Vivía con sus padres y un hermano varios años menor, casi un nene, en una casa modesta de Lanús. El abuelo había muerto una noche de un infarto, una noche traumática para Beatriz porque su mamá, demasiado nerviosa, no había sabido qué hacer y había salido gritando de la habitación para llamar a los hijos.

La mayor había sentido la obligación de hacer algo, lo que fuera. Lo que había hecho era subir a la cama donde su padre agonizaba y empezar a hacerle maniobras de resucitación en el pecho, empujando con las dos palmas juntas, como había visto algunas veces. Con los gritos de la madre retumbando a un costado, trataba de salvar al papá. Sabía que era necesario apretar el pecho aunque las costillas se quebraran, aunque dañara algún hueso pero, arrodillada sobre el colchón, no le daban las fuerzas, no sabía cómo. El padre había muerto igual, y bastante rápido. Pero por culpa de esos minutos empujando el pecho demasiado duro de su papá, ya inconsciente, a la hija le había quedado el gusto amargo de no haber podido salvarlo, y la idea de que había sido responsabilidad suya. Y unos días después del entierro, cuando un gallo negro apareció en la medianera de la casa mirándola fijo, había tenido la certeza de que se trataba de su padre. Fernanda no recordaba por qué tanto su madre como su abuela habían creído con tanta convicción en esa aparición del padre; los vecinos tenían gallinero, no era nada raro encontrarse con un gallo en ese barrio y en esa época.

Pero había algún dato en particular, como que el gallo había aparecido justo a la hora en que habían declarado muerto al padre, durante dos o tres días seguidos.

Fernanda se había quedado sorprendida cuando le contaron la anécdota, como si se asomara a una faceta desconocida de su propia familia, o al menos de sus mujeres. Se imaginaba al gallo negro parado sobre la medianera de ladrillo sin revocar y a la madre frente a él, con el horror todavía en el cuerpo. Parecía una imagen que debía pertenecer a otra historia, no la suya. Pero acaso la madre, o mejor dicho Beatriz, porque todavía no era la madre de nadie, necesitaba esa visita. ¿Qué pensaba que le decía el padre, envuelto en un silencio de animal?

¿Qué mensaje le traía?

Fernanda había pensado, sobre todo en su adolescencia, que se trataba de supersticiones, más comprensibles en su abuela que en su mamá. La abuela española, inmigrante, apenas alfabetizada, venía después de todo de un mundo campesino en el que una hermana mayor había muerto porque no le había bajado la menstruación, según la explicación que había llegado hasta ella a través de las generaciones. La abuela había visto nacer y morir a varios de sus hermanos y

también a los animales que cuidaba en el campo, muy pocos, porque eran pobres: una vaca, una cabra. Cuando una criatura nacía, era un

milagro, y cuando moría siempre se daba alguna explicación insólita, que a veces Fernanda entendía como la adaptación retorcida de algún diagnóstico médico que nadie había llegado a comprender. De su madre le extrañaba más, pero era cierto que si la habían criado católica y creía en vírgenes y santos, debía creer también en su contracara, los demonios, y quién sabe en cuántas cosas más. Alguna vez se lo había dicho, ¿pero vos creés en los demonios? ¿En Satanás? Bueno, había contestado la madre, a la defensiva, tanto como creer… Pienso que existen, pero lo que se dice creer, creo en Dios Padre. Eso sí: no creo que anden vagando por la tierra y asustando a las personas, como en las películas. ¿Y tu papá?, le decía Fernanda. Bueno, pero él no vino a asustarme. Eso era otra cosa.

Como atea, a Fernanda siempre le sorprendía la facilidad que tenían los que se llamaban creyentes para discriminar y elegir: esto sí, esto no. Las razones eran variadas pero arbitrarias a la vez: Dios sí porque lo enseñaba la Biblia, porque alguien tenía que haber creado el mundo. El Diablo no, porque esas eran cosas de antes, el infierno de fuego, los demonios… cosas de cuando yo era chica que nos decían las monjas para asustarnos, explicaba la madre, y Fernanda pensaba está bien, tenés un dogma a tu medida. Todos lo tienen. Se acordaba por ejemplo de que su tía, varios años después de morir el marido, había llamado a un cura para que le exorcizara la casa. La madre de Fernanda había puesto el grito en el cielo ante semejante delirio de su cuñada, y Fernanda le había dicho, ¿pero vos no creés que te visitó tu padre muerto? ¿Qué diferencia hay? Al parecer, había una gran diferencia, porque Beatriz se había ofendido y la tía Nelly había sido criticada con saña. La madre de Fernanda calificaba de ignorante el revoltijo de supersticiones y adoración a esos santos “nuevos” que practicaba la tía: la Virgen Desatanudos, San Expedito, que a Nelly le encantaba y del que había desparramado estampitas por toda la casa. Si el exorcismo había funcionado o no, Fernanda no sabía y nunca había preguntado, porque no quería escuchar lo obvio: que Nelly veía en su casa al marido muerto. O que lo sentía. Tenía que tratarse de algo así. Y no quería porque cuando visitaba a Nelly y recorría esa casa que parecía un altar al difunto marido, todo le daba impresión: el cuadro de San Expedito en la pared, el de San Cayetano, la rama de olivo reseca, el crucifijo en la cabecera de la cama, la cinta roja, las velas de dos colores.

Cuando en la mesa se armaban discusiones al respecto y las dos mujeres medían sus creencias, acusando a la otra de rígida o de ignorante, Fernanda opinaba en voz alta que en el fondo todo era una cuestión de clase y las dos la miraban con odio. ¿Entonces yo en qué clase estoy?, preguntaba la tía, y la discusión se daba

por terminada.

Fernanda venía de ahí, pero se consideraba diferente. Ella había estudiado en la universidad, se había mudado a Capital, solo creía en la ciencia y en el psicoanálisis. Era cierto que a Rosa le había hecho curar el mal de ojo un par de veces y era incapaz de explicar por qué, en el instante en que la curandera terminaba la oración, la criatura dejaba de llorar como por arte de magia y caía rendida, así estuviera en la otra punta de la ciudad. Pero solo eso, y a medida que pasaban los años las supersticiones, creencias religiosas y terapias alternativas le producían cada vez más rechazo, porque lo que veía era una masa de gente reptando a ciegas para poder encontrar una explicación, un consuelo, una salida.

Le gustaba sentirse por encima de todo eso. Cuando a la madre le diagnosticaron cáncer de garganta consultó médicos, se hizo atender en las mejores clínicas y siguió el tratamiento al pie de la letra, pero a espaldas de Fernanda recurrió a dos clases de terapias que ya había hecho en el pasado; sabía que la hija las desaprobaba. Una se llamaba constelaciones familiares y consistía en una especie de puesta en escena de un conflicto familiar a través de un grupo de personas, desconocidas para el paciente, a las que el terapeuta asignaba distintos roles. Impulsadas por una fuerza que Fernanda no había podido entender cuando la madre se lo había explicado, estas personas adoptaban posturas y actitudes que ayudaban al paciente a visualizar algún drama del pasado que la familia había arrastrado, quizás por generaciones, y que de alguna manera lo condicionaba, le provocaba infelicidad o incluso lo enfermaba. Cuando la madre le contó que había constelado, dijo que ella caminaba de un lado a otro por la habitación y otra mujer del grupo la seguía, hasta que se paró y esa mujer, desde atrás, le pasó una mano por encima del hombro y la dejó ahí. Hubo unos segundos de espera, tensos; ella se quedó quieta hasta que la mujer la rodeó con los dos brazos y empezó a apretar. No sabía qué quería decir, pero se había sentido muy angustiada, con la sensación de que no había manera de escaparse.

Fernanda había dicho que le parecía diabólico. ¿O no es como un caso de posesión?, le preguntó a la madre, que por supuesto se indignó. No es un caso de posesión, qué prejuiciosa que sos, le dijo. Es una energía. Ellos perciben tu energía y te muestran cómo sanar. Si a vos te sirve, todo bien, había dicho Fernanda, aunque pensaba que le estaban robando. Pero no pensó lo mismo cuando, ya avanzada la enfermedad, la madre había probado con biodecodificación y como ya no hablaba, le había contado los resultados de sus sesiones por mail, pensando que podían servirle a la hija y porque evidentemente

la había incluido en sus análisis, o interpretaciones, o lo que fuera que había hecho. Pocos meses antes de morir, le había mandado estos mensajes: *Quisiera que este mail te quede como referencia para ser leído cuando haga falta porque me parece importante lo que te escribo. Estoy convencida de que vos estás copiando mi pareja y eso te está perjudicando muchísimo, igual que me perjudicó a mí. Una vez que se abre el mecanismo de somatización, no se cierra más. Lo que veo en vos es la misma forma de reaccionar que tuve yo: callar, y entonces habla tu cuerpo.*

Tu padre me minimizó lo más que pudo; me amó y odió con la misma fuerza y yo siempre lo toleré. Mis reacciones fueron mínimas pero no alcanza, una tiene que defenderse. Siempre sentí que él era la continuación de mi mamá. Ella me arruinó la vida de chica y él de grande. Pasé de un sometimiento a otro. Ahora te toca a vos tratar de averiguar por qué aguantás tu propia destrucción. A la tarde sigo.

Para ese momento, Fernanda llevaba mucho tiempo sin escuchar la voz de la madre y se daba cuenta de que el recuerdo de esa voz retrocedía, se hundía en el pasado. Tenía que hacer un esfuerzo consciente para reponerlo. Quizás por eso le pareció que el mensaje venía de otra parte, que no podía imaginárselo como algo que su madre le decía. Pensó en la cicatriz que llevaba en el cuello, casi siempre cubierta con un pañuelo, pero que había visto varias veces cuando la enfermera la descubría para limpiarla. Se imaginó ese tajo que le habían abierto para extirparle la voz, y que el mensaje venía de ahí, de alguna manera salía por ese agujero, que no era otra cosa que una herida.

El segundo mail, que había llegado pocas horas después, continuaba: *El tema es reconocer cuándo y en qué nos hicimos daño en nuestra niñez y juventud –nos hicimos, no nos hicieron–. Luego pedirnos perdón, reconciliarnos con nosotros, perdonarnos, así no merecemos ser castigados. Es un término pesado pero es real, yo siempre fui masoquista. Mi peor error fue creer que era dueña de mis silencios, que era la más fuerte. Pero mi cuerpo siempre me*

demostró lo contrario! Y ahora directamente NO PUEDO HABLAR aunque quiera. Me callé para siempre.

Fernanda apenas podía soportar leer esos mails; no había podido la primera vez, y no podía tampoco ahora que los repasaba en su teléfono. Le parecía increíble que, poco antes de morir, su madre encontrara una explicación tan rotunda del drama que había vivido. Como testigo de la vida de su mamá, o tanto como puede serlo cualquier hijo, Fernanda había sentido, a medida que crecía y se

volvía adulta, que contar una vida era más complejo que decidir quién era la víctima, quién el culpable. Quizás porque ella misma, después de la adolescencia, y de señalar con el dedo a su madre como la causa de tantos males que la aquejaban, había podido ver las cosas desde otra perspectiva, entender cómo alguien entraba en una relación donde era indecidible quién ejercía el poder. Y al final, al hacerse madre ella misma, había repasado toda su infancia y entendido cómo se producían los mitos. La madre, por el contrario, se proclamaba víctima. Víctima desde el principio de su vida hasta el final, primero de la madre y después del marido, y en el mismo gesto se hacía responsable de su propio sufrimiento porque era ella, vaya a saber cómo, la que había elegido ese lugar. Era la bronca la que hablaba, eso lo podía entender. Quizás era simplemente eso. Pero lo peor era la condena a la hija, y el hecho de que aplicara el mismo método implacable y cargado de certezas para explicarle a Fernanda su propia vida. Como ya lo había hecho tantas veces, después de todo: cada vez que Fernanda le contaba una pelea con Mariano, alguno de esos desacuerdos radicales que ella se preguntaba si alguna vez la llevarían a tomar la decisión de separarse, la madre le decía que tenía que enseñarle a Mariano, tenerle paciencia y esperar. Había que trabajar mucho para educar a un marido, eso decía, pero a su padre Fernanda no lo veía demasiado educado, todo lo contrario. Y cuando la había visto esforzarse, en los meses después de tener a Rosa, para retomar su negocio, la madre le había dicho no te vuelvas loca, no te angusties porque si tenés que quedarte en casa a criar a tus hijos vas a estar contenta, vas a ver.

Porque vos sos igual que yo. Y en esos mails, después de tantos años de pensar y decirle que ella era la persona que mejor la conocía en el mundo porque era su madre, que la entendía hasta mejor de lo que Fernanda misma nunca podría entenderse, la madre la explicaba y ella tenía que tenerle piedad, perdonarle ese último atropello. Ella ni siquiera podía decirle a esa persona enferma, a esa moribunda: vos no me escribís.

Cuando la madre había dictado sentencia, ella había tenido que callarse.

No era una historia fuera de lo común, al contrario. Era una más. Una más de esas señoras respetables que de vez en cuando se vestían bien para salir a cenar con sus amigas y el resto del tiempo, callaban. Apreciada por su familia, apreciada por su comunidad, y guardiana celosa de demasiados secretos que no tenían que guardarse. Pero Fernanda no podía olvidarse de esa furia, que había visto solo algunas veces. Y había conocido la furia, no así la vergüenza, años después, en

su propia familia.

Había sido después de una pelea fuerte con Mariano, se acordaba bien, cuando había ido al cementerio. Llevaba un tiempo sin visitar la tumba de la madre para tratar de borrarse la impresión del entierro en la Chacarita, su carácter de trámite, los empleados municipales con sus overoles que habían bajado el cajón, los montículos de tierra alrededor y los escombros, como en una obra en construcción. Fernanda vio las paredes negras de la fosa, mugrientas como era la tierra siempre, escuchó caer las primeras paladas sobre el ataúd y se alejó de la mano de Rosa. Cuando se dio vuelta vio cómo los empleados del cementerio pedían una colaboración a los deudos antes de retomar su tarea y seguir echando paladas de tierra sobre el féretro.

En la visita siguiente estaba sola. Era verano, el pasto había crecido sobre la tumba de su madre y en la lápida, que el padre había mandado a inscribir, se leía: 1953-2017

“Lejos de los ojos

cerca del corazón.”

Era una tarde nublada, uno de esos días en los que se arma una tormenta que a la noche se descarga con fuerza; el aire parecía en un compás de espera. No había nadie a la vista y Fernanda, después de poner un ramo de violetas en un jarrón adosado a la lápida, se había permitido llorar como hacía tiempo no lloraba,

deshaciéndose por completo. Fue un momento de debilidad, uno de esos en que se sentía lejos de Mariano y pensaba, aunque no era cierto, que ciertas cosas habrían sido más fáciles si su madre hubiera estado presente. Entonces la había llamado con un llamado muy antiguo, en medio del llanto, y le había dicho por favor, por favor, mamá, te necesito. Cuando se calmó, y mientras se limpiaba la cara, se quedó parada frente a la tumba y sintió que algo le tocaba los pies. Los tenía casi desnudos, porque hacía demasiado calor y llevaba unas sandalias que dejaban los dedos al descubierto. Le tocaba los pies o se los rozaba, sería más preciso, pero no era el contacto de algo sólido sino más bien volátil, algo que se había arremolinado en sus pies y le subía despacio por las piernas. Le reptaba, había pensando Fernanda en el momento, con repulsión, pero no vio nada. Y

después de mirar la lápida una vez más, lejos de los ojos, cerca del corazón, se había ido rápido del cementerio, y se había olvidado. ¿O lo había sentido todo el tiempo? Una pesadez, algo sobre los hombros,

que la desfiguraba, camuflado en el cúmulo de malestares que traía aparejados el duelo. Entre los dolores de cabeza, insomnios, tensión, había otra cosa que no la abandonaba y a la que ella había llamado "dolor" durante demasiado tiempo. Un dolor que la transformaba, porque sí, como decía Mariano, estaba transformada, y ella misma había percibido por momentos la posesión: reír con la voz que su madre había perdido, que hablara a través de ella. Retar a Rosa y quedarse dura ante la constatación de que había dicho las palabras exactas que alguna vez le habían dicho a ella, con el mismo tono, con la misma voz, como un ventrílocuo. Mirar a Mariano con el rencor de la madre por su propio esposo. Aprender a callarse la boca. Alguna vez, para referirse a ese estado en el que ya no era ella misma, había dicho

"desfigurada". Que estaba desfigurada, eso sentía. Se había convertido en una esposa. O habitada, ahora lo entendía, por esta cosa que se enroscaba en el cuerpo de la hija como una serpiente. No entendía cómo había pasado, pero entendía por qué: de algún modo sabía que nadie, más que ella, la hubiera alojado. Que solo las mujeres podían convertirse en una casa. Ella era una casa, y su madre la ocupaba, como en algún momento la había ocupado su hija, y todo lo que recordaba de la relación con su madre le indicaba que sí, que por supuesto se había pegado a ella porque nunca, ni siquiera ahora, había dejado de verla como esa nena a la que le contaba secretos terribles como si le pidiera, a pesar de que Fernanda tenía solo seis, siete años, que la rescatara. ¿Y ahora qué? ¿Cómo hacer para que se fuera? Porque de lo único que estaba segura era de eso: quería que se fuera, de una vez por todas, que volviera adonde pertenecía. Que muriera del todo y la dejara vivir.

Esa noche Fernanda soñó con un gallo negro que la miraba fijo. No pasaba nada más, no estaba en ningún lugar, solo había oscuridad y la figura del gallo, de plumas lustrosas y apelmazadas, como brea, que se acercaba, o a la que ella se acercaba, hasta que podía verle un ojo que brillaba como solo lo negro puede brillar, como las cosas que brillan para ocultar lo que está detrás de la superficie, demasiado oscuro.

Cuando se despertó, sintió el terror que no había sentido durante la noche:

¿acaso había soñado el sueño de su madre? ¿Era que el día anterior se había acordado de la historia del gallo, o que eso que llevaba encima podía, de alguna manera, entrar? Como fuera, estaba adentro de la pesadilla de un fantasma. Eso sintió. Y le dio asco.

En la ducha se refregó la cabeza como si pudiera realmente limpiarse, y esta vez dejó la puerta abierta. No se miró al espejo, no se quedó ni un minuto más de lo necesario. Salió del baño apurada y con alivio; Mariano y Rosa tomaban el desayuno sentados a la mesa. Él la siguió con la mirada mientras ella se terminaba de secar el pelo con una toalla y se metía en la cocina para servirse café. Fernanda lo podía ver por el rabillo del ojo pero evitó devolverle la mirada, aunque no era un juego que pudiera mantener por mucho tiempo y lo sabía.

Estaba angustiada, sentía que tenía que hacer algo, pero no se le ocurría qué.

Solo tenía urgencia de volver a casa. Lo antes posible, por dios, volver a casa.

No soportaba la idea de vivir los días que quedaban en ese lugar, ese departamento. Se sentó a la mesa y siguió sin mirar a Mariano; abrió la computadora y se fijó qué día era, revisó los pasajes de vuelta, horarios de check-in, horario de llegada a Buenos Aires.

—¿Qué tenemos para hoy? —dijo Mariano—. ¿Eso te estás fijando?

—Miraba los pasajes de vuelta, en realidad.

—¿Ya? ¿Te agarró ansiedad?

Fernanda no contestó. Sintió que se agolpaban las lágrimas y que si decía una palabra más, empezaría a llorar sin control. Se puso rígida y miró a Rosa, que se esforzaba por armar una araña de Legos, miraba el manual con mucha concentración, después buscaba entre las piecitas que estaban desparramadas por la mesa.

—No sé qué decirte —contestó, mientras se paraba para ir a la cocina a buscar cualquier cosa con tal de darle la espalda a Mariano—. Me empecé a sentir rarísima.

—¿No estarás por menstruar?

Fernanda se rio, pero fue una risa brutal. Era tan inesperado el comentario de Mariano, tan insólito, venía de otro planeta. Ella ya no estaba más en ese planeta.

Lo pensó y le dieron ganas de llorar otra vez. Fue a la pieza y trató de calmarse, se sentó en la cama unos segundos y respiró más lento. No le podía decir a Mariano, de eso estaba segura. No quería. Le iba a decir de todo, se imaginaba su reacción y de solo pensarlo se ponía

furiosa. Porque iba a reaccionar, rápido y violento, como un látigo. Siempre reaccionaba. No se iba a tomar las cosas con calma, no iba a pensar, a ver, qué le está pasando a mi mujer, qué necesitará, qué puedo decirle. O: no sé qué decirle, que hubiera sido lo más lógico, porque ella tampoco sabía, porque era todo una locura. Pero Mariano se iba a enojar, lo tenía clarísimo. Y no quería enfrentarse con eso. Lo mejor que podía hacer, lo único que se le ocurría, era ganar tiempo. Tratar de pasar esos días con la mayor normalidad posible, hasta que volvieran a casa. ¿Qué iba a cambiar cuando volvieran? No tenía idea. Pero era instintivo: quería irse. No podía estar en un lugar desconocido y enfrentarse a lo desconocido, todo a la vez. Tampoco quería exponerse a una pelea. Esperaría hasta que estuvieran en casa, y ahí pensaría otra vez si podía o no podía decirle a Mariano, y quizás… Quizás fuera al cementerio. En el insomnio que la había tenido elucubrando la mitad de la noche, con los ojos abiertos, atenta al más mínimo movimiento a su alrededor, lo único que se le había ocurrido era volver al cementerio, pararse frente a la tumba y ordenarle al fantasma que se fuera. O pedirle por favor. Era ridículo, casi de película, pero quién sabe, pensaba, capaz es así. Capaz que esas historias tienen algún origen real y es así de simple. El saber popular dice que al fantasma hay que preguntarle qué quiere, qué necesita. Lo pensó, y se sintió caer en una espiral de absurdo. Estaba aturdida como después de un accidente.

Se pasó la mano por los ojos y se levantó para volver al comedor. El cansancio era enorme, pero le parecía mejor salir de ese departamento. Un café para despertarse y un poco de aire libre. Esta vez sí miró a Mariano, y hasta se acercó para apoyarle una mano en el hombro.

—Ya estoy mejor —dijo—. Vamos al High Line hoy, ¿sí? Como habíamos planeado. Está lindo el día.

Rosa le contó que ayer también había estado lindo, aunque ella se lo había perdido, que la calesita del río era mucho mejor que la primera calesita, y que era gigante. Después habían subido a un barco que iba por el río pero no tan grande como el que iba a la Estatua de la Libertad, más chico, y habían estado en la terraza y ella había tratado de escupir desde arriba hasta el agua, pero Mariano la retó. Miró al padre y después a la madre, como esperando que Fernanda retara a Mariano por retar a Rosa, pero Fernanda se puso seria y dijo:

—Bueno, hoy también vamos a ir a lugares altos y no podés escupir a nadie,

¿entendido? Si yo te llego a agarrar tratando de escupir, te quedás sin Legos.

Rosa se levantó ofendida y le mostró la araña que acababa de armar; era marrón, del tamaño de su mano, y la miraba con dos ojos negros, duros.

—A la noche voy a mandar a la araña para que te coma. Vas a ver.

Fernanda y Mariano se miraron; era rarísimo que Rosa hablara así, aunque era cierto que estaba creciendo y en el viaje había hecho cosas inesperadas, como tirar a su pingüino. Los viajes les hacían eso a los chicos, los sacaban de la casa, les apuraban el crecimiento. A Fernanda la puso incómoda quedarse a solas con Mariano en la mesa; sacó el teléfono para buscar el recorrido en el subte y scroleó entre sus contactos de WhatsApp. Se detuvo en el chat con el padre, lo abrió, y desplegó el teclado como para empezar a escribir algo, pero no supo bien qué. Finalmente lo cerró y volvió a Google Maps.

Al rato salieron del departamento otra vez en fila, Rosa adelante y a los saltos, Mariano atrás, con una mochila llena de cosas que necesitaban para el día, en una escena que se había repetido con pocas variaciones más que las de la lluvia o el sol. Fernanda se sintió mejor no bien cruzaron la puerta. Bajó la escalera pendiente de Rosa, que no miraba los escalones ni se agarraba de la baranda, y le gritó que por favor tuviera cuidado. Mariano le puso una mano en el brazo y le dijo "Shhh, por favor, los vecinos". En el último tramo de la escalera se encontraron, efectivamente, con el vecino de abajo, que a Fernanda la hizo sobresaltar porque desde la primera vez que lo había visto la había mirado fijo, la intimidaba. El hombre se corrió para dejarlos pasar, y no le sacó la vista de encima a Fernanda. Otra vez la miraba como si quisiera decirle algo.

Rosa ya estaba en la vereda y Mariano estaba abriendo la puerta del hall cuando Fernanda, atraída por esa mirada del vecino que la irritaba y también le daba curiosidad, se dio vuelta para mirarlo. Estaba inmóvil, parado junto a la puerta de su departamento con una taza en la mano, como un escolta que esperara a que ellos terminaran de pasar para retomar lo que estaba haciendo, y atrás de él, Fernanda vio que algo se movía. Por un segundo pensó que sería una mascota que ella no había notado hasta ese momento, un gato, algo así, pero no. No era animal. Tampoco era humano. Se quedó dura cuando se asomó, detrás de la espalda del vecino, el cuerpito de una criatura, de un chico, de la misma cualidad inmaterial de lo que Fernanda había visto la noche anterior. Le llegaba a la cintura al hombre y asomó la

cabeza, pero cuando vio que Fernanda lo estaba mirando, se volvió a ocultar. Ella abrió más los ojos y miró al vecino, después a la puerta de su casa, al dibujo de trazo infantil que estaba pegado en la puerta y nunca se había detenido a observar. Representaba a una familia de tres: una mujer con pollera y pelo enrulado, un hombre altísimo, un nene en el medio que los agarraba de la mano. Miró al vecino de nuevo, que inclinó la cabeza para saludarla, y sintió la necesidad de salir corriendo de ahí. Llegó a ver que él abría la boca para decir algo pero no quería escuchar, no quería saber nada. O no necesitaba, qué más podía decirle si estaba todo a la vista, si ya había entendido.

Fernanda empujó con fuerza la puerta de calle y salió.

Así que ahora veía fantasmas, no solo al que iba con ella. Al parecer había más, y ella empezaba a ser capaz de percibirlos. ¿Cuántas veces había visto al vecino, su gravedad, su cara seria y la mirada de preocupación y de… solidaridad, quizás, y no al nene que estaba con él? En el transcurso de la noche había llegado a pensar que iba a poder acostumbrarse a convivir con su madre muerta.

Que era siniestro, horrible, pero después de todo era su madre, de alguna manera. Que la había extrañado, la quería, aunque ahora solo sintiera rechazo.

Que si no se iba, con el tiempo se terminaría acostumbrando. Pero andar por la vida viendo a los muertos de los demás era demasiado. ¿Y si no todos eran buenos? Le dio miedo, un miedo de nena, que le puso la piel de gallina. ¿Y si algunos hacían daño? Pensó descontroladamente en esto y también se dijo: después veo. Hoy no puedo. Después.

Se apuró para alcanzar a Mariano y a Rosa, que ya estaban por cruzar la calle. El día era espléndido, eso hubiera sentido en otras circunstancias. Espléndido. Las

copas de los árboles contra el cielo celeste, limpio, eran un detalle inexplicable, como un escenario de felicidad que alguien hubiera montado de puro irónico.

Caminaba rápido para no perder de vista a su familia pero también para dejar atrás eso que la venía siguiendo, una ola de tristeza enorme que si la alcanzaba, no tenía la menor duda, la dejaría tirada en el piso, incapaz de moverse. Ese nene… Debía tener unos tres o cuatro años cuando murió, quién sabe de qué forma. Era posible vivir en un mundo lleno de dolor, claro que sí, ella lo había hecho toda su vida,

todos lo hacían, siempre y cuando uno pudiera distraerse. No ver. No ver todo el tiempo. Sintió la tristeza mordiéndole los talones, y también sintió el miedo. ¿Adónde la esperaba el próximo, escondido detrás de quién, a la vuelta de qué esquina? Corrió unos metros para alcanzar a Rosa y le apoyó las manos en los hombros para detenerla, se arrodilló al lado de ella, la miró a los ojos. ¿Me das un abrazo?, le dijo, y Rosa, que era delicada con los estados de ánimo de los demás, le puso los brazos alrededor del cuello y la apretó fuerte.

Por dios, pensó Fernanda una vez más, cuánto falta para volver a casa.

Cuando se volvió a enderezar, Mariano la estaba mirando. Estaba extrañado, lo podía ver. Se acercó y le agarró la mano.

—¿Seguro que estás bien?

—No, para nada. Pero no te preocupes, ya voy a volver. Fue raro todo, nos acostumbramos, ahora se está por terminar. ¿No?

—Si vos lo decís… Pero no sé, me preocupa. Siento que te alejaste, que no sé lo que te pasa, qué pensás.

—En casa hablamos, ¿dale? Ahora no.

En otro momento a Mariano le hubiera molestado esa respuesta, pero parados en esa esquina de Brooklyn, con Rosa que ya bajaba la escalera del subte y la gente pasándoles por el costado, él también sentía que no era momento para hablar. Sin embargo estaba haciendo un esfuerzo para no enojarse, para dilatar la bronca porque Fernanda no podía disfrutar con ellos esos últimos días de vacaciones, porque tenía que ponerse rara, pensativa, lejana, y echar a perder todo lo que estaban viviendo. Justo al final. Y volverían peleados a casa, y cuando él quisiera hablar ella le diría que no se acordaba de lo que había pasado en Nueva York y que de todas formas ya había quedado atrás, y que no tenía energías para “eso”.

Respiró hondo, porque la infelicidad de Fernanda era una afrenta, y decidió

aguantarse.

Ella le vio la cara, vio cómo pasaba del enojo a flor de piel a contenerse, a estar bajo control, decidido a que las cosas no se pusieran feas, lo vio hacer el esfuerzo y lo agradeció, aunque no dijo nada. Necesitaba eso, que él fingiera, para que ella también pudiera fingir y los dos pudieran posponer el estallido hasta que estuvieran de

nuevo en casa. Y sobre todo para que ella fuera capaz de encontrar cierta calma y hacer de cuenta que no pasaba nada y que seguía haciendo turismo con su familia, sacando fotos, mirando la ciudad, como si no tuviera una mano huesuda encima todo el tiempo.

En el subte se quedó muy quieta entre Mariano y Rosa, apretados los tres en un asiento lleno, y miró para abajo durante todo el viaje mientras le llegaba desde muy lejos el bullicio alrededor, las conversaciones, las puertas que se abrían y cerraban y esa voz que anunciaba paradas, combinaciones, que recomendaba cuidar los objetos personales. Qué lento pasaba todo, por favor. En un momento giró la cabeza y se encontró con la mirada de Mariano. Fue demasiada la incomodidad, de parte de los dos; la resolvió con una sonrisa que trató de parecer natural, y a la que Mariano respondió de la misma manera. Qué rápido les salía, y qué fácil, fingir.

Chelsea apareció ante ellos como un universo lejanísimo y a la vez familiar cuando salieron del subte, con sus depósitos de ladrillo a la vista convertidos en lofts o en bares trendy, su encanto fabril arrasado por la acumulación de señales externas y decorativas de felicidad, placer, disfrute: comida rica, gente relajada, bien vestida, canchera. Atravesaron el barrio para ir directo al High Line, un paseo que les habían recomendado mucho, construido sobre unas antiguas vías de tren elevadas y convertidas en un jardín. Deck y plantas nativas, vistas de la ciudad desde la altura y al otro lado Hudson Yards, una zona flamante y gigantesca que crecía sobre la anulación de todo lo pasado. Era un día de sol y había mucha gente, así que el recorrido por el High Line se sintió como circular por una zona céntrica en hora pico, esquivando cuerpos que caminaban en dirección contraria. Fernanda vio ese desfile de caras desconocidas que se fugaban a su paso, los vio sacar fotos de las vías oxidadas y los yuyos que crecían entre ellas y de los grafitti y escuchó a Rosa que pedía algo de comer y a Mariano que por esta vez, y ante la falta de respuesta de la madre, le compraba una especie de alfajor helado color fucsia que Rosa devoró, primero con

desconfianza y frunciendo la cara a medida que los pocos dientes que tenía mordían lo frío, luego contenta y fascinada por la lengua que se iba tiñendo de Rosa, pidiéndole a Mariano que le sacara fotos en las que salía invariablemente con la lengua afuera. Había algo grotesco en todo lo que miraba, pero Fernanda entendía que no eran ellos. Era su propia amargura. Los edificios de ladrillo, las escaleras de incendio pintadas de negro, los taxis amarillos que atravesaban las calles semivacías. Todo lo miraba sin poder más que registrarlo, tratando de aferrarse a algo real. Una flor blanca, diminuta, de pétalos frágiles, entre los durmientes de madera ajada, y pastos salvajes, y un poco

más arriba edificios espejados contra el cielo en ángulos cortantes, filosos, con un golpe de brillo tan potente ahí donde se reflejaba el sol que repelían la mirada. Formas cada vez más raras, protuberancias, placas de color metal superpuestas como escamas y cuando siguieron avanzando, ya lejos de las vías, The Vessel, que apareció entre rascacielos con su brillo de cobre, con una reminiscencia orgánica, de caparazón de cucaracha o de colmena. Se suponía que era una escultura gigante, que se podía recorrer, pero más bien parecía una demostración. Antes de acercarse se pararon a mirar la explanada sobre la que estaba construido, de baldosas nuevas y canteros de mármol con flores lila que parecían sacadas de un laboratorio y transplantadas ahí, para indicar naturaleza. Una fila de árboles de copas ovaladas y troncos perfectamente lisos, tan iguales que no parecían de verdad, rodeaban la escultura, y el reflejo del sol en los costados de acero color cobre ponía una luz artificial en todo el espacio, que no sabían ni siquiera cómo llamar. No era una plaza, no era un parque, era algo, un lugar de paso entre rascacielos de billones de dólares que sin embargo estaba lleno de bancos de cemento, duros, poco invitadores, para que los visitantes se sentaran a admirarlo todo. Fernanda pensó que nunca había estado en un lugar así; era una maqueta. Y por lo tanto, ellos eran muñequitos adentro del diseño de alguien, un diseño que traslucía ante todo riqueza y poder. Mariano estaba encantado.

Tenían entradas para subir en el próximo turno. En el piso superior de la escultura, personas que se veían diminutas asomaban el cuerpo para sacar una foto, mirar hacia abajo. Fernanda levantó la cabeza y sintió el mareo, el cuerpo que se salía de su eje, la pérdida de equilibrio. Se agarró del brazo de Mariano y cerró los ojos. Se sentía incapaz de subir esa cantidad de escaleras, de ir tan alto, sobre todo porque, después de sentarse y recuperarse del malestar físico, sintió el tirón de la angustia que le apretaba los pulmones, el corazón, todo lo que tenía adentro del pecho.

—¿Estás bien?

Era Mariano el que le hablaba, inclinado sobre ella. Se sintió volver desde muy lejos.

—Sí, todo bien. Un mareo. Pero mejor subí vos con Rosa, ¿dale? Yo los espero acá.

—¿Estás segura? Prefiero que nos quedemos con vos, me preocupa.

Fernanda entendió que tenía que ser enfática, o no se iban a ir.

Cambió la cara y sonrió.

—No fue nada, Mariano. Ya me siento bien. Pero capaz que allá arriba me pasa lo mismo, mejor andá con Rosa. Me da lástima que se lo pierdan.

Mariano no se quedó muy convencido, pero agarró de la mano a Rosa y volvió a la fila. Ya se estaba moviendo, les tocaba subir. Miró a Fernanda una vez más antes de entrar y le hizo una seña que debía significar "Si me necesitás, llamame", o algo así. Ella asintió.

Ni bien los perdió de vista, sintió que la dejaban a solas con su fantasma, aunque el lugar estaba repleto de gente. Se sacó esa especie de máscara que llevaba puesta, y notó cómo se relajaban los músculos de la cara. Era agotador. Miró la hora en el teléfono y maldijo ese día que pasaba tan lento, ese día completamente absurdo en el que estaba sentada entre rascacielos esperando, solo esperando. Podía esperar un poco más, aunque no estaba segura de lo que iba a pasar cuando terminara la espera. Pero al menos estar en casa, como una tierra prometida. Pensó en su cama, sus sábanas, su almohada, la mesa de luz, los libros sin leer, el lugar conocido en el que tantas veces se había refugiado para llorar y descansar. Sonó un mensaje en el teléfono; el padre le pedía fotos, preguntaba por dónde andaban. Fernanda le contestó muy breve y se paró para alejarse de la escultura y sacarle un par de fotos, lo mismo que estaba haciendo todo el mundo, con el brazo levantado, el celular apuntando hacia arriba.

Empezó a recorrer la estructura de escaleras con la mirada en busca de Rosa; de pronto se inquietó, porque no la veía. Pero quizás estaban del otro lado, claro, no lo había pensado.

Empezó a rodear The Vessel y a mirar piso por piso; los destellos de luz en el acero la enceguecían. Había pasado el mediodía y el cielo era de un azul intenso,

sin interrupciones. No encontró a Rosa, pero vio algo que la hizo olvidarse de su hija por unos segundos, los que duró ese momento fuera de la realidad en el que uno de los cuerpos diminutos que hormigueaban en lo más alto de la escultura sacó un brazo por encima de la baranda, y después una pierna, y se dejó caer. Lo vio atravesar el aire, tan rápido. No pareció real. Lo miró como si se tratara de una bolsa cayendo, aunque sabía que era una persona, lo había visto tirarse. Pero fue real el golpe que sonó fuerte a unos metros de ella, un golpe seco, un sonido que no había escuchado jamás, brutal, y sin embargo tan breve porque enseguida quedó solo el silencio y ese

cuerpo tirado ahí, en una posición imposible, una pierna doblada como si fuera un maniquí partido, la sangre alrededor, y esa pausa que duró apenas unos segundos hasta que llegaron los gritos, la confusión, la gente que se agolpó mientras otros corrían, se tapaban la cara, gritaban oh my God, trataban de protegerse, como si eso que había pasado les hubiera pasado también a ellos.

Fernanda no hizo ni una cosa ni la otra, no pudo reaccionar, solo miró hacia arriba y buscó a Rosa con la mirada y de nuevo no la encontró y en ese instante, mientras pensaba en su hija y se preguntaba qué habría visto, si estaba bien, se acercó sin darse cuenta a los que se habían amontonado alrededor del cuerpo. No solo eso, se asomó por entre los hombros de los turistas que miraban. Pensó que iba a impresionarla el cuerpo una vez más, pero lo que vio fue peor. A la vista de todos, que sin embargo no parecían verlo, algo se desprendió de ese cuerpo roto, o salió de él, y reptó hacia las personas que estaban alrededor, pegado al piso, con esos brazos fantasmales extendidos, como un lagarto. El pelo le tapaba la cara y se arrastraba con dificultad, como si acabara de nacer. Fernanda se dio cuenta de que se movía en dirección a ella y empezaba a levantar la cabeza; en cuestión de segundos iba a verle la cara. No quería ver, no lo podía soportar; ya bastante tenía con la mirada cadavérica que la seguía a todas partes. Se llevó una mano a la boca y se alejó, tropezando con la gente. Unos cuantos metros más lejos se apoyó en un banco y vio cómo todos se dispersaban mientras los guardias de seguridad, o policías, no llegó a ver, los echaban y empezaban a ordenar a los gritos a la gente que despejara la zona. Entonces es así, pensó. Así salen, de ese cuerpo que es un descarte, un desecho, y se quedan entre nosotros.

De pronto fue como si hubiera explotado una bomba; el lugar empezó a vaciarse a toda velocidad, y Fernanda se paró para buscar a Mariano y a Rosa, que estaban a varios metros, Rosa a upa del padre y con la cara hundida en su

hombro, Mariano mirando hacia todos lados para buscar a Fernanda, que se acercó corriendo y los abrazó y le preguntó si Rosa había visto algo. No, la tranquilizó Mariano, para nada, de hecho ni siquiera entendían qué estaba pasando. Fernanda sintió un alivio tan inmenso que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Vamos, por favor. Salgamos ya de acá. Después te explico.

Parecía un éxodo, confuso; todo el mundo paraba a alguien más para preguntarle de qué se trataba. Pronto rodearon la zona con una cinta

amarilla que decía no pasar. Los que llegaban se acercaban igual, por si alcanzaban a ver algo. Las caras eran de sorpresa y espanto pero igual se quedaban ahí, querían saber.

Por suerte estaban cerca de la estación de subte, y cuando la encontraron y bajaron esas escaleras mecánicas eternas Fernanda sintió que se habían salvado, aunque no podía explicar bien de qué. O sí: de que Rosa hubiera visto. La sola idea la hacía descomponer. Pero también el recuerdo de ese cuerpo roto, como esas frutas demasiado maduras que caen de los árboles y quedan reventadas en el suelo y a nadie le importa. De la misma manera habían caído otros antes que él, porque se notaba que era un chico. Un adolescente, pensó Fernanda por la ropa.

Alguien había diseñado ese lugar supuestamente maravilloso, aunque destilaba algo inhumano, y ahora la gente iba y se tiraba desde lo más alto y se estrellaba contra el piso. Parecía un acto de profanación, un golpe de humanidad rota y descarnada contra esa superficie irreal. Se imaginó otra vez una maqueta en el estudio de un arquitecto, pulcra, rodeada de inversionistas que la admiraban. De pronto aparecía en el suelo una gota de sangre.

Cuando subieron al subte Fernanda sacó sus auriculares, se los colocó a Rosa y puso música en el celular, y después le contó a Mariano lo que había visto, o al menos la parte del suicidio. Él se quedó duro y le agarró la mano; ella por fin se largó a llorar.

¿En qué momento el viaje se había convertido en esa pesadilla? Mariano le preguntó a Fernanda si quería que volvieran al departamento, pero ella se los imaginó a los tres ahí, encerrados, en ese lugar que no era casa, y no le pareció preferible. Los cuatro, en realidad. La idea le puso la piel de gallina. Y esa especie de espíritu que había salido del chico, o que se había bajado de su cuerpo… era asqueroso. Sentía que caminaba en un agua verde en la que no se veía el fondo, que se le enredaban unos pelos muy largos en los pies. Podía

pensar que estaba asistiendo a alguna especie de epifanía, pero no. Todo el mundo se preguntaba en algún momento qué pasaba después de la muerte; algunos creían en algún tipo de sobrevida, de alma que de alguna manera seguía existiendo, ¿pero alguien se imaginaría algo así? ¿Tan espantoso? ¿Por qué estaban acá, cerca de los vivos? Y sobre todo, ¿qué querían? Porque no todo el mundo llevaba prendido un muerto, como una sombra; parecía que solo algunos se quedaban.

De pronto Mariano la trajo de vuelta, le tocó el hombro para decirle

que tenían que bajarse. Fernanda había llorado con ganas durante todo el trayecto y se sentía aturdida, sentía los ojos irritados, pero no le importaba. Nadie la conocía ahí. En algún momento había que abandonarse, y ella había estado haciendo tanta fuerza.

Se dejó guiar; no se daba cuenta de dónde estaban, y en el fondo le daba lo mismo. Salieron a una calle de veredas arboladas y edificios elegantes del Upper West Side.

Antes de empezar a caminar por el barrio y buscar un lugar para comer, Mariano la agarró de los hombros, la hizo parar y la miró muy serio para decir:

—¿Estás segura? Podemos volver al departamento, si te hace falta. Lo que pasó fue horrible.

—No, de ninguna manera. No me imagino cómo puede ser mejor estar encerrada ahí, sin pensar en otra cosa. Al menos acá me puedo distraer.

Sonaba lógico, por supuesto, y Mariano no la cuestionó, porque se parecía a la verdad. Se parecía bastante. Todavía se sentía mareada, pero lo cierto era que había estado rara por un tiempo y esto solo agregaba otra capa de extrañeza, más insoportable, eso sí. Y más violenta. Pensó que quizás se sentiría mejor cuando estuvieran sentados en un lugar tranquilo. Enseguida encontraron un bar bastante íntimo en una esquina, con poca luz.

Rosa se abalanzó sobre una mesa que estaba ubicada en un rincón, lejos de la vidriera, y empezó a mirar el menú, aunque no entendía una sola palabra de lo que decía.

—No me digas que tenés hambre —dijo Fernanda, y le acarició el pelo.

—Sí, tengo hambre. ¡Subimos muchas escaleras!

—Es verdad.

Para Rosa era simplemente eso, y así lo recordaría: fuimos a un lugar, subimos muchas escaleras, después mi mamá y mi papá me llevaron a comer. Si la vida pudiera reducirse a eso, pensó Fernanda, y tuvo ganas de llorar otra vez. Estaba hecha un desastre. Sintió la mirada de Mariano sobre ella y se dedicó a traducirle a Rosa el menú, para evitar preguntas. Ella también tenía que comer algo, o hacer de cuenta que comía. Que estaba ahí con ellos, en ese bar, en ese viaje, haciendo más

o menos lo mismo que su familia. Eligió un sándwich, lo más barato que encontró, una Coca light, que ni siquiera le gustaba, jugó con la panera y empezó a doblar puntillosamente un borde del mantel mientras miraba a su hija.

—¿Qué hacemos ahora a la tarde? —preguntó Mariano—. Nos quedan dos días nada más, así que va a haber que tachar cosas de la lista. Elegimos lo que más nos interese, y el resto… adiós.

—Adiós. Tal cual —repitió Fernanda con amargura.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Adónde vamos? Estamos re cerca del Met, podríamos aprovechar. Estaba incluido en el pase.

—Sí, dale. Vamos. Todo bien.

Mariano abrió los ojos sorprendido ante la indiferencia de Fernanda; el museo estaba muy arriba en la lista de ella y pensó que no querría irse de Nueva York sin conocerlo. Pero bueno, pensó. Es cierto que es un día raro. Paciencia.

—No se te pasa, ¿no? —le dijo a Fernanda.

—Es que no sabés, Mariano. Fue totalmente irreal. Pero tengo ese sonido grabado, no me lo puedo sacar…

Se cortó en seco cuando miró de reojo a Rosa, que la miraba atenta.

—¿Qué sonido, mami?

—Este —se apuró a decir Mariano y acudió al rescate, se metió el dedo en la boca y lo deslizó sobre un cachete para hacer un ruido como de descorchar una botella. Rosa se rio encantada, y hasta a Fernanda le cambió un poco el humor.

Comieron en silencio, Fernanda sintiendo que se hundía a cada rato y que todo lo que Mariano y Rosa hacían o decían tenía lugar al otro lado de un vidrio. De este lado, ella estaba sola. Sola con su fantasma. Rosa la había visto también, pero la seguía a ella, y no era algo que pudiera compartir con una nena de seis años. Trataba de ser disimulada pero a cada rato se daba vuelta para vigilar, controlar qué había alrededor, quién estaba. Espiaba a cada persona que cruzaba la

puerta del bar, que pasaba por la calle, a ver si aparecían más. Era demasiado para ella.

Por eso cuando Rosa terminó de comer y se levantó para ir a jugar con un perrito que una señora en la otra punta del bar tenía en una especie de canasta, miró de frente a Mariano y dijo sin pensarlo:

—Hay una cosa que no te conté.

Mariano levantó la vista del teléfono y la miró intrigado. Estaba interesado, se notaba, y quizás también entusiasmado por ese acercamiento repentino de Fernanda, ese salto por encima del cerco de convenciones y frases hechas con que se habían comunicado en los últimos días.

—¿Qué pasa?

—Hoy vi una cosa, no solamente ese chico que se tiró. Cuando me acerqué vi algo.

Él no dijo nada, solo esperó. Fernanda buscaba las palabras y no sabía qué decir.

Sentía la fragilidad del momento, como si estuviera pisando una capa de hielo demasiado fina.

—No me juzgues por lo que te voy a decir, en serio. Es importante.

—Está bien —dijo él, y Fernanda entendió que tenía que decir algo, o en

cualquier momento iba a perder la paciencia.

—Mirá… Es algo rarísimo, te aviso… Estaba el cuerpo tirado ahí, horrible, pero no es eso. No voy a entrar en detalles… pero salió una cosa del cuerpo, y yo la vi. Creo que no la vio nadie más.

—¿Una cosa?

—Sí, una cosa que no era normal. O sí, no sé.

—Pero Fernanda, no entiendo. ¿Qué querés decir? ¿Que salió sangre?

—No, nada que ver, no es eso. O sea, sí, había sangre, pero te estoy hablando de otra cosa.

Era difícil soportar la mirada de Mariano, su cara de interrogación

cada vez más intensa. Pero Fernanda entendió que, ya que había empezado a hablar, tenía que seguir. Era a todo o nada. Entonces decidió arriesgarse.

—Era un espíritu, Mariano. No sé cómo llamarlo, la verdad, porque yo no creo en esas cosas. O no creía. Pero sí, era como un fantasma. No era de carne y hueso, como nosotros. Pero se movía.

Miró fijo los ojos de Mariano y esperó la reacción, pero no hubo nada. Estaba paralizado. Alrededor continuaba el ruido del bar, las voces superpuestas, el choque de los cubiertos sobre platos. Fernanda buscó con la mirada a Rosa y vio que seguía entretenida con el perro; tenían más tiempo, pero no demasiado.

—Mirá —siguió—. Te pido por favor que no me digas nada, solo escuchame.

Entonces él salió de esa especie de pausa en la que había quedado, y empezó a levantar la voz.

—Ah, no. ¿Entendés que es una forrada? Si me contás, bancate que te diga lo que me parezca. No me podés contar una cosa y al mismo tiempo pedirme que no reaccione, que no diga nada.

—No te estoy pidiendo que no reacciones, nomás que no te apures a reaccionar.

Porque te conozco.

Fernanda sintió el cambio de actitud en Mariano y entendió que había derrapado, que así no era. Ya se había puesto a la defensiva. Pero decidió, porque ya estaba jugada, terminar con el asunto y largarle todo de una vez.

—Era un fantasma, Mariano. Me tenés que creer. Algo salió de esa persona muerta, fue espantoso, me parece que nadie lo veía. Pero no es el único. Hay más. Estoy segura, porque me vienen pasando cosas rarísimas…

Fernanda estiró el cuerpo por encima de la mesa para poder bajar la voz, y dijo en un susurro:

—Vi a mi madre. Varias veces.

En ese punto, Mariano puso los codos encima de la mesa y se tapó la cara con las dos manos; enseguida las llevó a la frente y se sostuvo la

cabeza, como si estuviera a punto de explotarle. Después levantó la vista para mirar a Fernanda, justo cuando ella dijo:

—¿No me decís nada?

—¡Me dijiste que no te diga nada, la puta madre!

Fernanda se sobresaltó y miró alrededor, para comprobar si él había gritado demasiado fuerte. Rosa vino corriendo y preguntó qué pasaba.

—Nada, hija, está todo bien. Si querés andá.

Pero no, ya se había aburrido del perrito, y ahora quería que se fueran del bar. El tiempo se había terminado. Fernanda miró una vez más a Mariano, que seguía inmóvil en la misma posición, y pidió la cuenta.

Salieron a la vereda sin hablarse; Fernanda había sacado un billete cuando la moza se acercó y miró extrañada a Mariano, que no se había movido. Le preguntó a Fernanda si el señor se encontraba bien, si necesitaban algo y ella dijo que nada, que muchas gracias, agarró los bolsos y empujó a Rosa hacia la puerta.

Afuera hicieron unos metros para alejarse del bar, que era todo vidrieras, pero

enseguida se pararon y se dieron cuenta de que no sabían adónde ir. Fernanda veía que Mariano se había puesto rígido, se había cerrado, y apeló a la ternura.

Le dijo, casi como una nena y por lo bajo, para que Rosa no preguntara:

—Mariano, por favor. Creeme, aunque te parezca un delirio. Creeme porque sí.

Él no se desarmó, no se ablandó, al contrario. La frase lo hizo enojar más.

—No, de ninguna manera. ¿Qué carajo significa eso, creeme porque sí? ¿Vos te das cuenta cómo me anulás? Porque me anulás, siempre hacés lo mismo. Ahora resulta que me vas a decir lo que tengo que creer también. ¿Sabés qué creo? Te voy a decir lo que creo yo: me parece que estás loca.

De repente Mariano empezó a escalar en agresividad y no paró frente a la cara destruida de Fernanda, frente al hecho de que Rosa los

miraba, de que estaban en el medio de la calle, quizás porque por fin, por una vez en todos esos años, estaba seguro de poder ganar una pelea.

—Estás loca, Fernanda, te lo dije mil veces. Y con esta barbaridad me estás dando la razón. Sos una desequilibrada.

Ella no encontró nada más que decir. Tenía que callarse, tratar de calmar los ánimos para ganar tiempo, que era lo único en lo que podía pensar, lo único que parecía posible.

—Bueno, paremos por ahora, Mariano. Estamos asustando a Rosa. Después más tranquilos vamos a hablar.

—No, Fernanda, no, no vamos a estar más tranquilos, yo no voy a estar más tranquilo, ¿sabés por qué? Porque estás arruinando el viaje, lo estás saboteando, como hiciste desde el primer minuto. Estás decidida a arruinar todo. Cuando salimos los tres juntos siempre hay un momento en el que te alejás, decís cosas rarísimas, la mitad de los días te querés quedar sola, no sé ni qué hacés en ese departamento. Explicame para qué viniste. No importa lo que te dé, ¿entendés?

Lo querés arruinar. Porque no me aguantás más a mí, decilo de una vez. ¿O te pensás que no me doy cuenta?

Ella ya no supo qué decir. La tomó por sorpresa, sin resto para enfrentarlo, para conectar con una pelea de pareja. Estaba tan confundida que ni siquiera recordó su parte del libreto. Mariano aprovechó esa vacilación y dio por terminado el

asunto. Había ganado.

—Mirá, me voy a llevar a Rosa, porque ya veo que te estás por largar otra vez a llorar y no me dan ni ganas de dejarla con vos. Hacé lo que quieras. Nos vemos a la noche en el departamento. Ojalá que se te aclaren las ideas.

Y sin decir más, agarró la mano de Rosa y empezó a caminar con ella para alejarse de Fernanda, que se quedó mirándole la espalda, la forma en que se inclinaba para hablar con la hija. Rosa se dio vuelta para saludarla con la mano y Fernanda le dedicó una sonrisa que no se correspondió con ninguna parte de ella, ni por dentro ni por fuera. Podía haber llorado parada ahí, en esa vereda, y pensó que lo haría, pero no llegó a soltar el llanto porque una mano le subió por el hombro y la tocó, como si tratara de consolarla. De recordarle que no estaba sola.

Qué raro que no esté llorando, pensó. De pronto no sentía nada más que desconcierto. Por un momento había tenido el impulso de seguir a Mariano y a Rosa, de decirles "Por favor, no me dejen", pero sabía que iba a ser peor. Que retomarían la pelea, quién sabe hasta qué punto de violencia, y con Rosa ahí. Le pareció preferible dejarlos y empezó a caminar sin rumbo.

La pelea con Mariano le había inyectado ese poco de energía, esa dosis de bronca que necesitaba para volver a ser ella misma, o por lo menos la versión de ella misma que era últimamente. Y la enojaba la idea de ser una pobre chica, una nena a la que su madre, tan compasiva, venía a consolar. Su madre muerta.

Demasiadas veces se había sentido tentada a aliarse con ella en contra de Mariano, pero había aguantado la tentación, y eso cuando estaba viva. Con mucha más razón lo tenía que hacer ahora, y no darle motivos para quedarse con ella. Para acompañarla, de esa manera macabra en la que, le dio impresión entenderlo así, la estaba acompañando.

Cuando dejó de pensar un segundo y miró dónde estaba se sorprendió: calles arboladas y edificios elegantes, con toldos en la entrada en los que se leía la dirección en letras doradas. A pesar de que era un mundo al que no pertenecía, parecía tan conocido. Se acordó de películas en las que algún personaje llegaba a su departamento y lo recibía el portero, bien vestido, que saludaba con familiaridad. Un mundo plácido, seguro de sí mismo. En algún momento, mientras soñaba con ese viaje, había pensado que en ese lugar encontrarían la felicidad que habían tenido en otro tiempo.

De pronto la calle se abrió a una avenida y se encontró frente al Met. Miró el teléfono: todavía era temprano, quedaban un par de horas hasta que cerrara el museo. En el cielo se empezaban a concentrar unas nubes oscuras y la luz disminuía. Una fila de gente, no muy larga, se extendía desde la puerta hasta abajo de las escalinatas. La desalentó la idea de tener que pararse ahí, con otros turistas, a esperar como una tonta, pero entonces se acordó de su pase y de que, mostrándolo, se podía saltear la cola. Cruzó la calle, se compró una botella de agua mineral en uno de los carritos estacionados frente al museo, y entró. No se daba cuenta de si era mejor estar en un lugar lleno de gente o vacío, si era igual de malo, si no había manera de que la situación fuera un poco menos espantosa.

Daba lo mismo. Pero entrar al museo había respondido a un impulso, el de resguardarse, y si daba lo mismo bien podía entretenerse

mirando cuadros. Se preguntó si el fantasma la habría seguido, se dijo que por supuesto que sí, y

pensó que a la madre esa visita le hubiera encantado. O se estaba volviendo loca de verdad, como había dicho Mariano, o podía reírse de la situación y eso era algo bueno. Tampoco se daba cuenta.

El hall de entrada del museo era enorme y al principio no supo adónde ir. Miró hacia arriba; lo primero que percibió fue la claridad punzante que entraba desde el exterior y los huecos de sombra. Una empleada del museo le revisó el bolso y la hizo ponerse un sticker en el pecho; Fernanda lo leyó alarmada, pero solo tenía un código y el nombre del museo. No hubiera podido explicar qué había esperado encontrar ahí, quizás algo que la delatara. Después de dar una vuelta desorientada alrededor del hall y ver la cantidad de gente que había por todos lados, eligió subir al primer piso. La belleza de unos cuadros gigantes de Tiepolo, que la recibieron al final de la escalera, la hizo sentir bien, como si de pronto estuviera en presencia de un orden superior. Para ella, que era atea, era lo más parecido a entrar en una iglesia y sentirse frente a Dios. ¿Y si existía? Nunca se lo había planteado de verdad, no le interesaba, pero tampoco había creído en lo sobrenatural y de repente había un fantasma. Capaz que podía ir a una iglesia, humillarse y pedir que la liberaran. ¿A Dios? ¿A Cristo? ¿A la Virgen? ¿A quién se le pedían las cosas? Ni eso sabía. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración, pero entonces le volvió la noción del cuerpo, sintió el malestar, y empezó a respirar hondo para aflojarlo. La verdad era que la pelea con Mariano la angustiaba más que ninguna otra cosa, lo entendió en ese momento. No iba a ser fácil reconciliarse. Salvo que hicieran lo que habían hecho tantas veces en los últimos años: dar vuelta la página. Parecía que funcionaba, les daba alivio, pero solo hasta la próxima pelea. Y mientras tanto trataba de no mirar de frente al hecho de que estaba viviendo una vida que en otro tiempo, cuando era joven, hubiera desaprobado de una manera radical, con horror. No, no con horror: con desprecio.

Con ese estado de ánimo, empezó a recorrer las salas del primer piso. Las pinturas estaban ordenadas por épocas a partir de la Edad Media, y el efecto fue inmediato. El lugar era tan hermoso que en cada sala le daban ganas de quedarse; le encantaban los marcos dorados sobre los colores apagados de las paredes, el gris, el verde seco, el espacio alrededor de cada cuadro, la luz que entraba desde el techo vidriado, los bancos de madera lustrosos, esa prolijidad como de templo. Ahora me voy a concentrar en esto, decidió. Era reconfortante, no tenía nada que ver con lo que pasaba afuera. Le dieron ganas de sentarse en

uno de esos bancos y quedarse muy quieta, pero una puntada de miedo la hizo seguir moviéndose de una sala a la otra; quién sabe qué cosas podría percibir si se detenía.

Como era de esperarse, en esa parte del museo abundaban las representaciones de la resurrección de Cristo, de la muerte en la cruz. Una cultura entera construida alrededor de una resurrección, y nadie creía en fantasmas. La impresionó cada vez el torso desnudo de Jesús, la herida de lanza en el costado, la sangre que manaba y el supremo sacrificio de, por un último instante, ser de carne. No había en cambio representaciones del después, de Cristo en espíritu. O

mejor dicho sí, había, pero era el mismo cuerpo, ahora glorificado, con ropa más lujosa y ya despojado de todo sufrimiento humano, que subía al cielo, porque qué otra cosa podía mostrarse más que el cuerpo. Trató de imaginarse cómo sería si ella fuera una artista y hubiera pintado lo que había visto esa noche en el espejo, esa figura cadavérica, a medio deshacer, y el fulgor de otro mundo que un pintor experto habría podido reproducir como una claridad lunar, hermosa pero fría, que todo lo bañaba de una luz de muerte. Se acordó del instante en que la había mirado deslumbrada.

Lo peligroso de la luz es que siempre te atrae, pensó Fernanda. No importa de dónde venga. Y es un espejismo: detrás de ese fulgor, estaba segura, todo era negro.

Después de un rato de deambular entre ángeles con alas de pájaros y madonnas sufrientes apareció el mundo real, las frutas y botellas encima de la mesa, la cocina. Era un mundo que daba la bienvenida, que se podía habitar. Le llamó la atención un cuadro de un pintor holandés, un mercado de pescadores con una mesa de madera en primer plano donde descansaban unos salmones rosados cortados en rodajas, listos para la venta. Se acercó más. Los hombres y mujeres en el cuadro no miraban los salmones, estaban ocupados haciendo negocios, nadie los miraba. Los pescados solo estaban ahí, presentados a la vista de cualquiera que se parara frente a la obra, adentro y afuera del cuadro a la vez, mostrando que eran reales, con ese rosado tan brillante que Fernanda se sintió atraída sin poder evitarlo y cuando se paró frente a la pintura, se sintió temblar.

Nadie podía haber inventado ese color, no había podido salir de la imaginación de ningún hombre; estaba ahí porque existía, y seguía existiendo a través de los siglos como evidencia de que ese día el pescado estaba fresco, recién salido del mar. Era completamente nuevo. Qué alegría, se dijo Fernanda, mientras dos surcos de humedad

le bajaban por las mejillas.

Ella, en cambio, caminaba rodeada de sombras. Se estaba separando de ese mundo y justo ahí, como si la hubiera convocado con el pensamiento, se hizo sentir la mano, una vez más. Ese peso en el hombro, mínimo, y el roce inconfundible de unas uñas. No se asustó. Con el tiempo iba a ser una especie de compañía, como había parecido indicarle un rato antes en la calle, cuando Mariano se alejó enojado y la mano se hizo presente para decirle: estoy acá. Giró apenas la cabeza y la vio, no plena como aparecía cuando todo estaba oscuro, un poco más débil, más transparente, como si estuviera diluida en el aire, pero inconfundible. Eran las uñas de su madre. Con la piel retraída, sí, pero eran.

Cualquier posibilidad de asimilar esa presencia se esfumó tan pronto como la vio; quedó nada más que el espanto.

De pronto se dio cuenta de que se había quedado sola en la sala y se fue rápido, en busca de algún lugar donde la consolara un poco la presencia de los vivos. En el techo de vidrio de una de las salas sintió el golpe de las gotas, cada vez más fuerte; se había largado a llover. Después de recorrer en una y otra dirección el primer piso sin poder encontrar las escaleras por las que había subido, reconoció el camino y pudo bajar de nuevo al hall. Lo atravesó para asomarse a la puerta y comprobó que la lluvia afuera no paraba de derramarse sobre la calle gris. Era deprimente. Ni siquiera tenía un paraguas. Decidió quedarse recorriendo las salas del museo hasta que cerrara, y después se tomaría un subte para volver a Brooklyn. Eligió al azar, y para su sorpresa se encontró atravesando una puerta de piedra egipcia hacia un pasillo negro.

El lugar estaba adentro del museo, pero era como entrar a otra dimensión. Estaba oscuro, como en el interior de una cámara secreta iluminada por antorchas.

Había varias vitrinas con anillos, aros, brazaletes con forma de escarabajos y serpientes, y en las paredes se exhibían papiros que mostraban hombres trabajando en la cosecha, arando con animales, y luego un barco que debía transportar a los muertos, porque había varias figuras al lado que llevaban en la cabeza máscaras mortuorias, igual que las momias. Le dio impresión, pero también cierto consuelo, estar rodeada de esas reliquias de una cultura donde a los muertos se los mandaba al más allá provistos de todo lo necesario para el viaje. Detrás de otro vidrio, un sarcófago de piedra con el rostro pintado de dorado emergía de un fondo negro, como un vigilante. En una vitrina

cercana una momia, custodiada por varias estatuillas de dioses, estaba tendida con su máscara, dorada también, eternamente rígida, una especie de cruza entre un

cadáver y una estatua que sin embargo no estaba hecha para ser vista por ojos humanos, solo por los dioses, y apenas útil para transportar el corazón en su viaje al otro lado. Después lo pesarían los dioses, y solo podría salvarse si era más ligero que una pluma. Por eso vaciaban el cuerpo, sacaban las vísceras y dejaban solo el corazón, el órgano real, de carne, para que pudieran ponerlo en la balanza. Había otro sarcófago negro, de madera, con los bordes rotos, los ojos del mismo color lavado de los cadáveres cuando llevaban varios días muertos.

Sin embargo miraba fijo hacia arriba, con una fijeza que en ese momento le pareció diabólica, como si negara la muerte. Y otro más, envuelto en una funda de lienzo que parecía a punto de desintegrarse, en estado larval, con los ojos de vidrio, casi vivos, y otro sarcófago negro que habían dispuesto de tal manera que quedara abierto y se pudiera ver la momia en su interior, más chica, en su envoltura de tela. Lo que Fernanda no soportaba eran esos ojos abiertos, abiertos a más no poder, como si al otro lado de la muerte hubiera algo para mirar. Justo al revés de lo que se hacía en el mundo que Fernanda conocía, donde el último gesto era cerrar los ojos de los muertos porque ya estaba, ya no había nada para ver, porque se había terminado todo. Porque era inútil. Y el cuerpo se cerraba sobre sí mismo, se volvía una piedra… pero estaban equivocados. Ahora Fernanda lo sabía.

Era esa abertura en el sarcófago lo que era insoportable. Un agujero del que podían salir cosas, la visión del cuerpo antes que nada, pero no solo eso. La angustia de las cosas abiertas. ¿Cómo se podía hacer para calmarla?

Empezó a caminar rápido para salir de esas salas oscuras, casi vacías, hacia un lugar más iluminado. Enseguida se perdió otra vez. Atravesó otra sala egipcia donde esculturas de piedra enormes, dioses de varios metros de alto, arrojaban sombras distorsionadas sobre el suelo y las paredes, y le dieron ganas de pedirles ayuda. Siguió avanzando, hacia donde parecía que había más gente, y después de un rato salió por fin a un lugar más luminoso y poblado y se encontró de frente con un templo egipcio, completo, reconstruido al otro lado del océano, y una fuente donde se reflejaban todos los que recorrían la sala, y una pared vidriada por la que caía sin parar el agua de la tormenta, que no se detenía nunca.

Quizás era momento de irse, no podía faltar mucho para que cerrara el museo.

Pidió ayuda para encontrar la salida a la primera mujer que se le cruzó, pero no hablaba inglés. Intentó con otras personas, una coreana que le dedicó una sonrisa tan amable como inútil, un hombre que la miró de reojo y siguió de largo, un adolescente al que estuvo a punto de acercarse pero desistió cuando vio que lo

seguía algo, también. Igual que a ella. Estaba pegado al suelo, y se aferraba a las piernas del chico. Levantó la vista: alrededor todo era normal, los visitantes del museo hablaban y se sacaban fotos, pero en el techo vio otras dos criaturas, inmóviles. No entendía si se multiplicaban o era ella que empezaba, cada vez más, a poder verlas.

Entonces recordó: era la hora de las brujas. La hora en que los bebés lloraban y todo el mundo se ponía melancólico porque algo terminaba y era una muerte, pero también porque era la hora en que estaban en peligro y en algún lugar, atávico, lo sabían. En peligro porque el otro mundo no estaba en un más allá, como querían creer: estaba en este. Los rodeaba. No quedaba memoria de ese saber, solo el miedo. Solo las pesadillas. Pero eran muchos los que sabían, quizás todos, que algunos muertos no estaban en paz, que no estaban en los cementerios. Tampoco es en las casas donde están, pensó Fernanda, ¿qué pueden querer con una casa? Los ponemos ahí porque es mejor, porque es más fácil.

Podemos cambiar de lugar. Podemos irnos, e imaginar que ellos se quedan. Pero no: están acá, encima nuestro. Nos quieren a nosotros. ¿Qué van a querer, sino a los vivos?

Nos escuchan, salen de sus tumbas. Se nos quedan pegados.

Ya era casi de noche afuera; lo pudo ver por encima del hombro cuando se dio vuelta para abandonar esa sala enorme, donde el agua de una fuente producía un murmullo constante que se superponía al de la lluvia. Le pareció que varias personas empezaban a caminar a la vez en la misma dirección, y pensó: van a la salida. Se acopló a ellos. Estaba alterada, pero trataba de verse normal, de parecer una más entre los turistas que terminaban la visita al museo.

Un par de minutos después estuvo de vuelta en el hall de entrada y pudo separarse del grupo; ellos tomaron otro camino, hacia el gift shop, y ella se apuró hacia la salida. Pero mientras estaba cruzando el hall de entrada, tuvo una sensación física que la hizo detenerse y

prestar atención. Sintió que algo faltaba, que el aire se había limpiado. Era una diferencia sutil, pero en el estado en que estaba, con los sentidos alerta, le pareció inconfundible. Instintivamente se dio vuelta para entender qué pasaba y vio a lo lejos, en las escaleras ya vacías que llevaban al primer piso, al fantasma de su madre. Antes de desaparecer en el descanso que llevaba a un nuevo tramo de escalera, se dio vuelta y extendió una mano en dirección a ella, una mano de la que colgaba parte de una mortaja espectral, hecha jirones. No le pareció que estuviera escapándose, sino

invitándola, o al menos Fernanda se sintió impulsada a seguirla. No hubiera podido explicar por qué pero retrocedió sobre sus pasos, cruzó el hall y empezó a subir la escalera. Por un minuto la perdió y después, en el segundo piso, la volvió a encontrar. Iba directo hacia la otra escalera, con ese movimiento flotante. Fernanda sabía que había una terraza, aunque era de esperarse que un día como ese estuviera cerrada. Pero cuando trató de ir por el mismo camino, un guardia se acercó llamándola en voz alta y le dijo algo en inglés, mientras abría los brazos para bloquearle el acceso a la escalera y le indicaba que volviera por donde había venido.

—No, por favor, mi madre está allá arriba, my mother —dijo Fernanda nerviosa, incoherente.

Se dio cuenta de que le temblaban las manos, quizás también la voz. Se arrepintió enseguida, porque el guardia llamó a alguien más con un aparato de radio que llevaba en la mano y antes de que ella pudiera explicar que no, que nadie había subido, que se había confundido porque no manejaba bien el idioma, se encontraba con un compañero y le comunicaba algo que Fernanda no alcanzó a escuchar, mientras le señalaba la escalera.

Quizás todavía tenía una oportunidad, si uno de los dos iba a la terraza y el otro se alejaba. Mientras el segundo guardia subía la escalera, Fernanda se quedó expectante y, ni bien vio que el otro se perdía de vista, empezó a seguirlo. No duró mucho; solo había subido algunos escalones cuando el primer guardia la vio y empezó a gritarle. Fernanda no entendía nada de lo que le decía, solo un amontonamiento de palabras entre las cuales se repetía el “madam, madam” del hombre llamándola, tratando de imponerse por sobre la voluntad de ella, de ser civilizado y a la vez intimidante, pero de repente una mano fuerte que se cerró sobre su brazo le impidió seguir subiendo. Era irreal todo lo que estaba pasando, hasta ese hombre que la tocaba, le rodeaba el brazo que no paraba de sacudirse y le hablaba enojado mientras ella, sin escuchar, ya no se preguntaba por qué su

madre iba hacia lo alto, sino por qué no la dejaban seguirla.

Bajaron los dos, el guardia y ella, que miró hacia arriba y a pesar de que todo su cuerpo respondió con dolor a la imposibilidad de ir, con desesperación, no tuvo más remedio que dejar que la acompañaran hasta la salida. También tuvo que aceptar la vergüenza, que en realidad le importó bastante poco, de que la sacaran del museo del brazo de un guardia de seguridad, un hombre robótico que pareció abrir las aguas a su paso cuando la gente se corrió para dejarlos pasar,

mirándolos extrañada, y que se quedó vigilando desde la puerta mientras Fernanda salía y bajaba las escaleras. Se dio vuelta por última vez y vio que seguía firme, de brazos cruzados, expulsándola con la mirada como si fuera una ladrona, una terrorista.

Era de noche afuera, pero apenas se dio cuenta. No entendía nada de lo que acababa de pasar, y sintió la necesidad de alejarse lo más pronto posible, de ir a donde estuviera su familia. De no estar en la calle, que estaba oscura y mojada.

Ahora lloviznaba; una capa fina y pareja de agua que, más que caer, parecía suspendida en el aire. Buscó en el teléfono cómo volver al departamento; la confundió el mapa, pero le pareció que tenía una boca de subte al otro lado del parque. Había un camino que lo cruzaba derecho, no podían ser más de dos o tres cuadras. Empezó a alejarse del museo y enseguida lo encontró. Dudó por un segundo, porque se trataba de una vereda muy angosta junto a una calle por la que pasaban autos en una y otra dirección, pero al menos era un atajo. ¿Qué significaba todo lo de la escalera? ¿Se había librado del fantasma? No, ahora no podía pensar en eso, lo haría después, cuando no estuviera sola. Miró alrededor y le dio impresión la oscuridad del parque, pero eran unos minutos, nada más. Lo tenía que cruzar.

Caminó lo más rápido que pudo; el suelo estaba resbaloso. No tenía botas de lluvia ni piloto. En pocos minutos estuvo mojada, sintió frío y se empezó a poner la mano en visera sobre los ojos para tapar las luces de los autos que venían de frente y la encandilaban, le pasaban demasiado cerca. Se arrepintió de haber elegido ese camino, pero ya era tarde. Tenía que seguir, no podía faltar mucho, aunque era más largo de lo que le había parecido en el mapa. Nadie caminaba por ahí. Pensaba en eso, y en que era de noche y estaba sola, cuando volvió la mano en el hombro. Volvió la presencia, inconfundible; la sintió justo atrás, y cuando se quitaba el pelo de la cara para ver mejor sintió un empujón fuerte y perdió el equilibrio, se sintió resbalar encima de la calle mojada. De repente estuvo tirada en el asfalto mientras las luces

de un auto se acercaban a toda velocidad, y ella no alcanzaba a moverse, y el auto frenaba a unos centímetros de su cara. Algo tenía que haberse detenido, porque nunca lo escuchó. No escuchó la frenada, ni la bocina que seguramente había sonado, ni la voz del hombre que se bajó y le preguntaba con desesperación, lo podía leer en sus labios: estás bien, oh my god, ¿estás bien?

No estaba bien, pero no quiso decírselo a ese desconocido. Estaba tirada en la calle y no sentía nada. Solo se levantó lo más rápido que pudo y balbuceó una respuesta, para no tener que decirle señor, no lo escucho, no escucho nada de lo que está diciendo, sé que habla, pero no lo puedo escuchar. Había un silencio que no estaba en ella ni el hombre que trataba de ayudarla: estaba en el medio de los dos, y era inexplicable, aunque no era la primera vez que lo sentía. Por un segundo se acordó de Mariano hablándole en el acuario como en una película muda, gesticulando frente a ella. Le molestaban los faros del auto, quería que se fueran. Se paró, se sacudió la ropa embarrada, subió a la vereda y se quedó ahí, muy quieta, mientras el hombre le seguía hablando. No se animaba a moverse.

Le parecía que él le estaba preguntando si quería que la llevara a alguna parte; hizo no no no con la cabeza, y empezó a caminar fingiendo que estaba todo bien, para que él se subiera al auto y se fuera. Pero le dio terror; quería irse a toda costa y al mismo tiempo no quería quedarse sola otra vez y, cuando el auto se alejó y por fin no hubo nadie más, se dio cuenta de que estaba en shock por la certeza de que no se había resbalado, no se había caído por el piso húmedo ni por tropezarse, lo sabía bien: la habían empujado. La madre la había empujado.

Parecía imposible, pero no le quedaba ni el refugio de la duda; había sentido las manos, y la presión violenta sobre la espalda justo antes de que el auto pasara. Y

entonces entendió, como si lo estuviera mirando otra vez, pero desde otro ángulo, lo que había visto más temprano en The Vessel, cuando había creído que el alma, o lo que fuera, de la persona que acababa de morir, abandonaba el cuerpo. No, no era el espíritu que salía, no era el muerto, ni se trataba de un suicidio. Era algo más que se había tirado con él o, mejor dicho, que lo había tirado. Que lo había empujado al vacío para que se destrozara contra el piso.

Se quedó parada en la vereda oscura, abrazando su bolso, paralizada. Si hasta ahora se había preguntado por el sentido de esta aparición, de repente tenía una sospecha, y era atroz. ¿Por eso quería llevarla a la

terraza del museo?

No era una visita. Había venido a buscarla.

Siguió unos segundos ahí, sintiendo cómo el miedo la atravesaba completa, y entendiendo después que no se iría. Ni el miedo, ni el fantasma. Y cuando sintió que podía empezar a mover un pie, recobró un poco de cordura y caminó despacio en dirección al subte, tratando de cuidar dónde pisaba.

Estaba empapada cuando llegó a Classon, el pelo pegado a la cara, las manos frías. Sin embargo la luz en la calle era amable, todo estaba en calma. Sintió que venía desde muy lejos. Subió la escalera del departamento tratando de no hacer ruido, no sabía por qué, y golpeó la puerta. Mariano le abrió, le esquivó la mirada y se dio vuelta para desaparecer en la cocina. Rosa vino saltando y la abrazó pero Fernanda, aunque estaba contenta de verla, la apartó para no mojarla. Se sacó los zapatos, la campera, los dejó al lado de la puerta. Después fue hasta la pieza y se cambió la ropa húmeda, se secó el pelo con una toalla. No iba a entrar en calor hasta que se diera una ducha caliente, pero no quería. Al lado de Rosa, de Mariano incluso, aunque no le hablara, se sentía mejor.

Ellos ya habían cenado; Fernanda calentó agua para hacerse una sopa instantánea y respondió las preguntas de Rosa, que quería saber adónde había ido, mientras percibía en segundo plano cómo Mariano se movía por el departamento y la ignoraba. Finalmente él se fue a la habitación, cerró la puerta casi por completo y apagó la luz. Era raro que se acostara tan temprano; tal vez se iba a quedar en la cama mirando el celular pero quería, como había hecho tantas veces, mostrarle ostentosamente a Fernanda que se iba, que no estaba.

Sobre todo que no estaba para ella.

Fernanda se quedó sentada frente al tazón de sopa, que no conseguía tomar, y sintió como un surco que le atravesaba el pecho. Una rajadura, o por lo menos se sentía igual. Era honda y era larga. Mientras tanto Rosa no paraba de hablar, de contarle que habían estado en el parque, que habían visto los botes pero el papá no había querido subirse por la lluvia, que le había comprado donas y después una pizza. Fernanda no necesitó fingir una sonrisa; sonrió porque realmente Rosa era la única que podía cambiar lo que pasaba, que vivía en otro mundo y podía hacerla vivir ahí, aunque fuera por un rato.

Rosa le mostró fotos que habían bajado a la computadora, en las que Fernanda no estaba y ella sonreía, salía en una selfie con los brazos alrededor de Mariano, estiraba la mano para tocar una ardilla, comía un triángulo de pizza que en su mano parecía gigante. No le molestó; años atrás hubiera deseado que Mariano la pasara mal cuando estaban peleados, que sufriera, pero ahora era un alivio pensar que, pasara lo que pasara con ella, Rosa iba a estar bien con su papá.

Hacia el final de la noche, antes de irse a dormir, Rosa pidió jugar a la tablet y Fernanda le dijo que sí, porque esos eran los ratos en que ella descansaba. Se sentaron las dos en el hueco de la ventana, una en cada punta de la habitación; la

madre, donde unos días atrás habían aparecido las piedras, esas que había interpretado como un mensaje, y Rosa en el otro extremo. Fernanda prendió un cigarrillo y abrió un poco el vidrio para que el humo se dispersara.

Mariano no iba a dar señales de vida. Quizás esta era la pelea de la que no habría vuelta atrás, esa que hacía años creían, los dos, que iba a llegar en algún momento. Mientras fumaba en silencio y veía en las volutas de humo un movimiento fantasmal, Rosa, en piyama, miraba la pantalla muy seria, concentrada en algún juego súper importante que le iluminaba la cara.

De pronto levantó la vista y se quedó mirando por la ventana.

—Mami —la llamó.

—¿Qué pasa, hija?

—¿Te imaginás si los árboles estuvieran en llamas y el pasto estuviera congelado, y las flores fueran eléctricas?

Fernanda no dijo nada y Rosa siguió hablando, mientras miraba hacia afuera pensativa.

—Estaríamos en otro lugar, ¿no? —siguió.

—Puede ser.

Ninguna de las dos agregó una palabra, y la idea de Rosa quedó suspendida en el aire, como un objeto mágico que Fernanda no quería tocar para que no desapareciera.

Al rato miró el teléfono; eran más de las doce. Le pidió a Rosa que

apagara la tablet y la mandó a dormir. La angustiaba quedarse sola con el fantasma, pero

¿qué iba a hacer? ¿Escudarse en la hija?

—Cinco minutos más, mami, por favor —dijo Rosa.

Fernanda sintió el impulso de insistir con que le hiciera caso, como una respuesta automática. Todas las noches era el mismo pedido: cinco minutos más.

Ella no entendía por qué, y a veces se fastidiaba, pero Rosa siempre necesitaba esos minutos de gracia, como si se preparara por dentro para la despedida. O

quizás los disfrutaba más porque sabía que eran los últimos. En todo caso, y a pesar de que estaba agotada, Fernanda prendió otro cigarrillo y a Rosa le dijo que sí, que podía jugar cinco minutos, y pensó en todas las noches en que se habían quedado cinco minutos más, a pedido de Rosa, leyendo otro cuento, o charlando antes de ir a acostarse, y en esta noche, en esta ciudad, lejos de casa, mirando por la ventana y sintiendo la quietud alrededor, y se dio cuenta de que siempre era Rosa la que lo decía pero a veces ella también quería apenas eso, lo mismo que la hija le pedía con tono suplicante antes de volver, feliz, a sumergirse en el juego: cinco minutos más.

Se despertó confundida y no supo dónde estaba. Pensó en haber dormido mal, en una mala noche, pero no era eso: abrió los ojos, trató de reconstruir la situación en la doble oscuridad de la noche y el desconcierto, se extrañó más todavía cuando la vista se acostumbró y pudo ver algo. No estaba en la cama, en la habitación en la que se había ido a dormir con Mariano y con Rosa, sino en el comedor, tendida en el piso, doblada de una manera incómoda. Se dio cuenta de que tenía frío, que había hecho un esfuerzo por meter las manos abajo del cuerpo porque estaban heladas, como si alguien hubiera apagado los radiadores varios días atrás. No le trajo ningún consuelo poder ubicarse en el espacio, al contrario.

La hizo preguntarse, con un miedo instantáneo: ¿cómo llegué acá?

Desde la calle llegaban ruidos apagados; sintió cómo algo en los oídos se concentraba y trataba de abrirse más para adivinar su procedencia. Se paró. Era apenas una conversación lejana, nada que tuviera que ver con ella, pero por contraste la hacía percibir el silencio, la quietud absoluta en el departamento. Ni siquiera la respiración fuerte de Mariano, el goteo de una canilla, ruidos en las cañerías, nada. La

madera bajo sus pies ya no crujía. Un silencio inquietante, casi sobrenatural. Haberse despertado en el piso del living dejó de preocuparle enseguida, debía haber una respuesta no demasiado complicada para eso: un sueño profundo, un episodio de sonambulismo, que nunca había tenido, pero suponía que en cualquier momento podía pasar; tendría que averiguarlo. Lo que la ponía en guardia era otra cosa que no podía ubicar, una sensación difusa, como de no continuidad entre todo lo que había pasado antes y esta noche en la que se despertaba sola, muerta de frío y en medio de un silencio, de a poco se daba cuenta, como no había escuchado jamás. Adentro del departamento, eso era lo más raro: había silencio adentro. Afuera, y aguzó un poco más el oído para comprobarlo, los ruidos de la calle eran escasos porque debían ser las cuatro o cinco de la madrugada, pero normales. Aunque la conversación se había agotado, podía escuchar el motor de un auto, las hojas de un árbol en el viento.

Adentro, el silencio vibraba.

Es como si me hubiera despertado en otra parte, pensó. Y enseguida se dio cuenta de que era exactamente eso: se había despertado en otra parte. No era solo que no estuviera en su cama. Dio unos pasos hasta la ventana, tratando de no hacer ruido al caminar, y no hubiera podido explicar por qué. El ruido de todas formas no sucedía, pero había algo en su cuerpo que respondía a ese silencio. Separó apenas con un dedo el black out del vidrio, miró hacia afuera.

La copa del árbol de la vereda estaba iluminada con ese amarillo que ya había

visto tantas otras noches, se movía, estaba viva. Solo por contraste con esa escena sintió que adentro pasaba algo distinto. Se sobresaltó, soltó la cortina y se llevó la mano al hombro. El peso que había empezado a registrar en los últimos días no estaba más, como en el museo. Le dio miedo lo que eso pudiera significar. Mejor recurrir a algo concreto, a los cuerpos de Mariano y Rosa, que siempre, no importaba lo que hubiera pasado durante el día, dormidos le daban una sensación de paz. Empezó a caminar muy despacio hacia la puerta de la habitación, no prendió la luz. No hacía falta. Pero había otra cosa, la registró por un segundo y casi la expulsó de su mente, que la asustaba más. Había algo, en esa paz imperturbable como un pozo profundo y anómalo, que le reclamaba cierto respeto. No lo podía explicar, pero la sensación era fuerte. Como si estuviera en un lugar que ya no le pertenecía, que pertenecía a otro. Como si ella fuera la intrusa.

Era de apenas unos metros la distancia que la separaba de la pieza;

atravesó el pasillo sintiendo las paredes cerca, el estrechamiento del espacio, la puerta del baño abierta como una bifurcación amenazadora y la de la habitación cerrada, inmóvil, que alcanzó por fin con un último paso y puso la mano sobre la manija de la puerta para abrirla, como si fuera un movimiento natural. Estaba cerrada.

No solo eso: estaba inmóvil. No se trataba de que le hubieran puesto llave por dentro, no creía que Mariano hubiera hecho algo así. Era más raro todavía. No se movía la manija, no cedía ni un milímetro al esfuerzo de Fernanda por empujarla, ni siquiera parecía estar trabada sino simplemente inmóvil, inamovible, como si no fuera un objeto hecho para moverse, abrir, cerrar.

Entonces sí se asustó y empezó a golpear la puerta, empezó a gritar. Llamaba a Mariano, a Rosa, repetía sus nombres y volvía a golpear la madera con el puño, pero después de unos segundos sintió con terror la certeza de que no la escuchaban. No porque estuvieran dormidos, era algo más. Porque estaban en otro lado. Estaban en otro lugar, y a ella se la estaba tragando el silencio.

Fernanda sintió que la angustia se agolpaba en la garganta, pero desistió de golpear; se dio vuelta y apoyó la espalda contra la puerta. De nuevo sintió el desconcierto, que aparecía cada vez que cedía un poco el miedo. ¿Qué es esto?, pensó. ¿Adónde están? Y yo estoy de este lado, y no sé lo que hay. Pero no tuvo que preguntarse mucho más porque desde el fondo del departamento oscuro empezó a avanzar hacia ella el espectro, eso, cómo llamarlo, una figura blanquecina que se acercaba flotando a poca distancia del piso y en el silencio más hondo, envuelta en su mortaja que parecía rota, desgarrada, y le flotaba alrededor. La vio como no la había visto antes en el espejo, esta vez suspendida

en sus propias volutas de inmaterialidad, el pelo escaso y pegado al cráneo, el mismo que la madre había descuidado en sus últimos meses y que ella había acariciado en el ataúd, con esos dedos y uñas que hubiera podido reconocer en cualquier parte, incluso muertos. Le pareció que había una sonrisa en su cabeza ladeada.

Por un instante la miró hipnotizada y sintió el impulso de caer de rodillas, pero el espanto, esa mueca que de cerca era siniestra, pudo más y la sacó de ahí, la hizo correr, si es que corría, hasta el baño, y cerrar la puerta con un golpe detrás de ella, un golpe que quizás no existió porque no había sonado. Se quedó agazapada detrás de la puerta, prendió la luz y sintió la herida en los ojos, su propia respiración agitada, el corazón que galopaba desesperado. Se llevó

una mano al pecho. Podía percibir el movimiento adentro del cuerpo pero no el sonido, como si la hubieran borrado. Y de repente se sentía monstruoso este poder de la madre que ahora parecía extenderse alrededor, alcanzarla incluso a ella. Era eso, o estaba perdiendo los sentidos. Había algo más que la ponía nerviosa, y era estar segura de la inutilidad de sus esfuerzos. ¿Cómo podía esconderse de eso que la había acompañado, que había estado con ella o sobre ella, quién sabe por cuánto tiempo? Pero no se trataba de razonamiento, solo de actuar, y su única reacción había sido esconderse como una nena, cerrar los ojos cuando aparecía lo malo.

No tenía ningún plan, ninguna idea, ningún recurso; sí comprobó muy rápido que no estaba equivocada al pensar que no había manera de escapar, cuando algo a sus espaldas empezó a moverse y la hizo darse vuelta con horror: la cortina de la bañera empezaba a levantarse muy despacio, sin hacer el más mínimo ruido, y Fernanda siguió el movimiento que la llevó al espejo y vio cómo una mano extendida aparecía en el vidrio y alargaba los dedos y se iba acercando hacia ella, con un movimiento seguro en su perfil de esqueleto a medio pudrir.

Entonces se apagó la luz.

Estaba sola en lo negro, rodeada de una amenaza que no podía ver. Casi al borde del llanto, Fernanda tanteó nerviosa la manija de la puerta del baño y esta sí cedió, se abrió la puerta. Se tropezó al salir, y de repente estuvo de rodillas entre el baño y el pasillo, de nuevo a ciegas, preguntándose con desesperación qué quería eso que la estaba persiguiendo, aunque no hacía falta preguntarse nada porque la respuesta estaba ahí, en la superficie, porque ya lo había entendido antes en el parque: la quería a ella. La quería del otro lado.

Pero ¿cómo puede ser?, es mi madre, pensó contra toda evidencia. Y se acordó

de la crueldad, de cada vez que en sus primeros años había pensado: ¿cómo puede ser?, es mi madre. Entonces sintió que algo la tocaba, dedos en la nuca y un tirón en el pelo, que la obligaban a enderezarse. Trató de sacudirse al mismo tiempo que comprendía con toda lucidez la imposibilidad de escaparse de eso, que era más fuerte y le sujetaba la cabeza, tirándola para atrás, y en esa postura retorcida una mano espectral le abrió la boca, y entró, y antes de que pudiera siquiera entender lo que estaba pasando, y mucho menos reaccionar, Fernanda sintió que algo se rompía, algo que de no ser por el silencio hubiera hecho ruido al quebrarse, y la invadió un dolor tan agudo adentro de

la boca que la abrió a más no poder para deshacerse en un grito y no salió ningún sonido, pero sí se le llenó de sangre, y algo cayó al piso, como si adentro de la boca hubiera tenido piedras. Pero no; eran sus muelas, y cuando tanteó el piso casi a ciegas encontró una, dos, quizás más. Estaban mojadas. Le pareció que se desmayaba del dolor, se dejó caer. Sentía la boca llena de sangre, la lengua empapada con ese sabor, y le chorreaba por el cuello. Tenía estacas de dolor puro clavándose en las encías.

Después de unos minutos de aturdimiento, lo asimiló; el dolor físico no cedió ni un poco pero se hizo parte de ella. A pesar de que estaba atontada, creyó que podría moverse. Abrió los ojos. Decidió mantenerse cerca del piso, donde se sentía más segura. En la oscuridad fue avanzando hasta el comedor y buscó con la vista, barrió esa negrura para ver si captaba algún destello, mientras se llevaba la mano a la boca para sostener eso que dolía, tanto que la sensación era de que la mandíbula iba a caérsele. La envolvió todavía más el silencio, un silencio que casi se podía tocar y en el que, no podía explicar por qué, era solo una idea que le llegó de pronto, podía recostarse, ahora que estaba completamente rota.

Incluso lo quería. La contradicción se abrió en ella como una herida; se dio cuenta de que tenía el impulso de escaparse, de luchar, pero también el de dejarse ir, de acoplarse a esa calma tajante que hasta su respiración parecía perturbar. Después de todo, insistió, es mamá. Le costaba pensar en esa cosa como su madre pero sí, lo era, y se dijo una vez más: vino a buscarme.

Se demoró unos minutos recostada en el piso, ovillada sobre sí misma, y entendió que estaba dejando un espacio para que el fantasma se acercara. Le caían lágrimas, lo pudo sentir, pero estaba desconectada; hasta el dolor se había escurrido hacia otra parte. Abstraída por una atención tan poderosa como nunca había sentido, con todo el cuerpo apuntado como una flecha a percibir esta presencia a su alrededor, a sentirla y también, decidió entonces, cuando pudo bajar la guardia, a comprenderla; toda ella era un manojo de sensaciones que se desplegaban en la oscuridad, en la soledad, que eran lo mismo, para comprobar

dónde estaban sus límites. Porque en la urgencia de negarla, de que no estuviera más, de que no hubiera estado, nunca se había preguntado, hasta que las luces de ese auto se habían detenido frente a su cara, cómo terminaba, qué haría la madre, qué pasaría.

Ahora era el momento de saber. Acostada así, en medio de la noche,

esperando que la madre se acercara, tuvo una sensación muy lejana, la de una nena que se perdía en la oscuridad, en lo indistinto. Sola en lo negro, podía haber sentido que se hundía en el caos y en la noche sin fin, pero la madre venía a rescatarla, se sentaba cerca, le devolvía el cuerpo, traía con ella la normalidad, la casa. Teneme piedad, pensó, o quizás lo dijo. Se dio cuenta de que lloraba sin parar. Ella era demasiado pequeña y siempre lo sería, no quería perderse en la noche. Por eso suplicaba: teneme piedad. No quería perderse en el caos, y se había perdido tantas veces. Sintió que estiraba la mano para buscarla. Así se salía del infierno.

Algo la levantó. No podía decir qué, porque no era un cuerpo, pero una especie de fuerza la tomó y la hizo sentarse en el piso. Abrió los ojos. Frente a ella se desplegaba el espectro y parecía estar creciendo, volverse más luminoso, ya no solo un fulgor sino luz, directamente luz que la envolvía y era una luz blanca, no de este mundo, antigua como las estrellas. Pero no, no estaba exactamente frente a ella, estaba encima. Y atrás, y todo alrededor. Y con toda naturalidad ella había entrado, no en el abrazo de su madre, pero algo así. Había regresado. Estaba envuelta en ella y no había cuerpo pero sí, había regresado. Al seno materno, ese vaho de niebla que ahora la rodeaba y era difícil distinguir de un beso de la muerte, que de hecho se pareció a la muerte cuando la cara de la madre se ubicó por fin frente a ella y la boca se abrió, una vez más, para gritar, y ese grito que no salió hizo estallar el espacio y la boca se abrió más y Fernanda entendió que no trataba solo de gritar sino de hacerse un pozo negro en el que pudiera entrar ella, grande como era.

Se trataba de comerla.

No le quedó mucho resto de lucidez después de eso. Se sintió liviana, blanda por fin, en un estado que era de anestesia. Pensó en Rosa y en Mariano en la habitación, en ellos cuando se despertaran y no la pudieran encontrar. En ellos siempre. Y sintió que se quedaría sola, o no, se quedaría con ella. Estaría sola, o no estaría sola nunca más. Ya no le quedaba razón para entender la diferencia.

Pero con ellos estaba sola también, como un huevo cuando se rompe y queda apenas una cáscara. Era hora de mudar de piel.

Estaba amaneciendo cuando se despertó por segunda vez. Lo primero que sintió fue que le dolía la boca, pero no recordaba por qué. Había claridad en la habitación, a pesar de que las cortinas estaban cerradas. Apoyó un brazo para levantarse del piso y, cuando se estaba incorporando, sintió que en la otra mano tenía agarrado algo que se le

clavaba en la palma, bien guardado en el puño, que apretaba sin darse cuenta. Lo abrió para mirar: eran sus muelas, una entera y las otras partidas, por eso no entendía cuántas eran de verdad, y por más que miraba no alcanzaba a componer el rompecabezas. Estaban sucias, manchadas de sangre, y entonces vio que su mano también, y lastimada, porque se había clavado algunos de los pedazos, y el piso estaba regado con sangre y entendió que seguramente ella también. Se miró la remera, salpicada de rojo oscuro, y pensó en los primeros dientes caídos de Rosa, en cómo ella los había guardado amorosamente, aunque eran diminutos como perlas, y en algún momento había fantaseado con hacerse un collar. Pensó en los dientes nuevos de Rosa, ocultos dentro de sus encías, esperando para salir. Gracias, mamá, dijo en voz baja, y se llevó una mano emocionada al pecho. Pero tengo que limpiar esto, no puede quedar todo así. Van a venir, van a revisar el departamento, ver si está todo en orden. Tengo que limpiarlo.

Se levantó con dificultad y fue hasta la cocina. Buscó un trapo en el bajo mesada y un producto para quitar manchas, volvió al living y se arrodilló para pasarlo por el piso. Una por una fue recogiendo las gotas y manchas; primero presionaba el vaporizador y después pasaba el trapo, con cuidado, y pensaba son bellas, son preciosas, pero tienen que irse. Yo las voy a juntar. Una por una. Quitó cada mancha del piso, y después se quedó mirando cómo brillaba. Era tan fácil. No había nada más fácil que no dejar huellas, no tenía que quedar nada. Era de mala educación. Dejar un enchastre así, y en casa ajena. Cuando terminó puso el trapo en el bolso, el quitamanchas también, porque podía necesitarlo, y fue al baño a lavarse la cara, se acomodó el pelo, se miró al espejo y no comprendió bien lo que veía. Tenía un pegote de sangre en un mechón de pelo, así que agarró una tijera para uñas, se lo cortó, y lo tiró al inodoro. Después descargó el depósito con fuerza. Sacó los pedazos de dientes que se había guardado en el bolsillo para enjuagarlos. La más hermosa era la que estaba entera, no había dudas. Qué lástima que se hubieran partido las demás. Tan feas. Arruinadas. Tomó agua.

Escupió un chorro teñido de rojo, y dejó correr el agua de la canilla hasta que el color desapareció de la pileta. Por último volvió al living, se puso la campera encima de la remera manchada, agarró el bolso y salió. Se acordaba vagamente

de que en el departamento tenía que haber alguien más, pero no importaba. Era mejor dejarlos descansar. Por fin, pensó mientras bajaba la escalera. Por fin.

Era un día hermoso, pero había demasiada luz y ella no sabía dónde estaban sus anteojos de sol. Quizás podía comprarse unos nuevos. Miró la gente en la calle y no entendió cómo hacían para caminar con esa luz, tan hiriente. Por qué no llevaban todos lentes negros. Pronto sería de noche, por suerte. Siempre llegaba la noche y era un alivio.

El resto del día no supo lo que estaba haciendo. Se tomó un subte, salió a la superficie en un lugar desconocido, caminó unas cuadras, preguntó cómo hacía para volver a Brooklyn, preguntó dónde estaba. Hablaba en español y no entendía por qué se la quedaban mirando. En un momento sonó el teléfono, que había quedado en el bolso desde el día anterior, con poca batería; lo agarró y miró la pantalla, donde se leía “Papá”, y se sintió desconcertada como si estuviera leyendo otro idioma, con una grafía inexplicable. No sé lo que es eso, pensó. A la segunda llamada el teléfono se apagó, así que lo dejó encima de un asiento del subte y se bajó. Igual no servía para nada. Caminó por la ciudad; le pareció bellísima. Un lugar tan estimulante para estar. Todas las historias maravillosas, las veredas todas iguales, tan lisas. Qué fácil era caminar. Una ciudad sin baldosas flojas, sin pozos, era difícil de creer, pero era así. Y los ruidos. Los motores, los bocinazos, las personas que se saludaban, hey, man, que recorrían la ciudad como ella y muy pronto estarían todas muertas. Le pareció conmovedor. El último día acá, pensaba.

Después, cuando trataron de reconstruir el itinerario de Fernanda ese día por la ciudad, nada tuvo sentido. Las cámaras de seguridad la mostraban subiendo a un subte, y luego otro, y otro más; salía, aparecía cruzando la calle y se sentaba en una plaza y se quedaba un rato largo mirando fijo, inexpresiva, o sonreía como si la felicidad de pronto la asaltara. Fue hasta Manhattan, anduvo por el Midtown y parece que en algún momento, al atardecer, apareció en la zona de Battery Park.

La pudieron ubicar caminando por la costanera, y luego en la terminal del ferry.

Anochecía cuando se sentó en la inmensa sala de espera de la terminal y se quedó muy quieta, agarrada al bolso que tenía sobre la falda. Parecía estar esperando algo. Dejó pasar varios ferrys, que llegaban y volvían a salir a medida que la terminal se vaciaba y se volvía a llenar. La gente le pasaba por al lado; nadie la miraba. No miró a nadie ella tampoco. Pasadas las siete, cuando fue

completamente de noche, se paró y se acercó a la multitud que esperaba la apertura de las puertas para subir a la embarcación. Y eso

fue todo. No la volvieron a ver, no se pudo encontrar un solo testigo en todo el barco que dijera qué había pasado con esa mujer extranjera que subió en Manhattan pero nunca bajó en Staten Island.

Nadie la vio cuando subió al ferry y no fue a la cabina sino que se perdió sola por un pasillo que llevaba al exterior, y miró las luces de Manhattan mientras se alejaban, con la mente en blanco, ni la vieron apoyarse en la baranda y mirar fijo el agua negra que las luces del barco iluminaban al pasar. Nadie vio que había algo más ahí con ella, ni la mano en el hombro que no la abandonaba ni se movía porque estaba segura de lo que estaba a punto de ocurrir y la podía esperar, ni escuchó que Fernanda le hablaba, le decía algo entre susurros, y finalmente, con firmeza, le pidió:

—Hacelo.

No fue difícil. Le dolió el golpe del agua, y después el frío, pero un minuto nada más.

Mariano nunca iba a poder entender cómo a Fernanda, que sabía nadar, le había pasado algo así. Algunas veces se preguntó si ella lo habría hecho. Lo que no supo es que la madre la había llevado a lo profundo, donde todo era oscuridad, solo el tiempo suficiente, ni que el último pensamiento de Fernanda, en el retorno final de una lucidez ya perdida, había sido para ellos tres. No un pensamiento: un recuerdo. De una tarde de lluvia en que fueron a Riverside Park, y caminaron al lado del río. Nada más que eso. Era el peor día posible pero Fernanda quería conocer ese lugar, así que se compraron paraguas para todos y llegaron a la hora en que la tarde se volvía más negra. Los faroles del parque empezaban a encenderse y se reflejaban en el piso mojado. Había niebla; Fernanda iba última bajo su paraguas y veía la espalda de Mariano, y a Rosa un poco más atrás, haciendo equilibrio entre los charcos. El río era una mancha gris, fundido en una sola materia nebulosa con el aire y las nubes. Algunos botes y veleros tapados con lonas flotaban alrededor de un muelle, apenas mecidos por el agua. No había miedo en esa caminata a solas por un parque desierto, separado de la ciudad por una masa de árboles y el terreno en desnivel. Parecía el peor momento para estar ahí, pero Fernanda se encontró de pronto cantando por lo bajo la canción que habían escuchado días atrás en el parque, y sintió una felicidad inexplicable. Lo que estaban viviendo era mucho menos que perfecto,

pero era mejor: el mundo estaba en suspenso, y solo quedaban ellos tres, y ni siquiera caminaban juntos, ni se miraban, pero sabían que estaban ahí. Hubo un solo detalle que alteró el misterio compacto en

el que estaban envueltos: de entre la niebla surgieron dos figuras de ciclistas, los primeros humanos con los que se cruzaban en todo el recorrido, y Fernanda le dijo a Rosa que se corriera para dejarlos pasar. Eran dos hombres, llevaban cascos y ropa deportiva muy similar, como si fueran la misma persona duplicada, y fueron visibles solo un momento antes de que se perdieran de vista y la niebla se cerrara detrás de ellos. Eso fue lo último que vio.

Y después sí, hubo silencio.

Marina Yuszczuk

en Blatt & Ríos

Lo que la gente hace

¿Alguien será feliz?

Madre soltera y otros poemas

La sed

La inocencia

Para que sepan que vinimos

Marina Yuszczuk nació en Buenos Aires en 1978. Publicó Lo que la gente hace (Blatt & Ríos), Madre soltera (Mansalva), La ola de frío polar (Gog y Magog), La inocencia (Iván Rosado, reeditada por Blatt & Ríos), Los arreglos (Rosa Iceberg), ¿Alguien será feliz? (Blatt & Ríos) y La sed (Blatt

& Ríos). Con esta última obtuvo el Premio de Novela Sara Gallardo en 2021.

En 2020 publicó su poesía reunida bajo el título Madre soltera y otros poemas (Blatt & Ríos).

Es editora del sello Rosa Iceberg.

Document Outline

- Cover Page
- Cubierta
- Portada
- Epígrafe
- Para que sepan que vinimos
- Marina Yuszczuk en Blatt & Ríos
- Sobre la autora
- Créditos